

ARMAS Y LETRAS



BORNEO.—LUCHA DE UN DYACK CON UN ORANGUTAN

Folleto de gran interés



PRECIO: 60 CENTIMOS

PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

MANUAL DE IDENTIFICACION JUDICIAL

(DACTILOSCOPIA, FILIACION DESCRIPTIVA Y FOTOGRAFIA)

— POR —

Vicente Rodriguez Ferrer

Director de 1.^a clase del
Cuerpo de Prisiones

Segunda edición revisada y aumentada. Un tomo en 8.^o encuadernado en tela, de 424 páginas con 124 figuras y varios modelos de tarjetas de identidad de todos los países

PRECIO: 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias

Pedidos: EDITORIAL REUS (S. A.), Cañizares, 3 dupdo.—Madrid

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS, CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

MENA
FOTOGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identificación 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. Novedad fotográfica, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2

Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

CASA HERNANDO

Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53 H

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES

CAMBIO DE DESTINO

Con el fin de evitar la pérdida de ejemplares, rogamos a nuestros suscriptores nos avisen lo más pronto posible su cambio de destino, utilizando el boletín inserto a continuación y que pueden enviar a nuestra Administración, en sobre abierto, franqueado con sello de dos céntimos:

D. _____ empleo _____ que prestaba sus servicios en _____ ha sido trasladado _____ desde _____ donde desea seguir recibiendo los ejemplares de la Revista ARMAS Y LETRAS.



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la FAJA DE JUSTO.

Carmen, 10.--MADRID

Últimos modelos de Corsés para señoras y niños

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, roses de gala y de diario para el Ejército

ZARAGOZA, 58, COSO :-, Teléfono 752

ZACARIAS HOMES

PROVEEDOR DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55.-MADRID

TELEFONO 583

APARTADO DE CORREOS NUMERO 588



Redacción, Admón. y Talleres: Calvo Asensio, 3.

Director: Vicente Valero de Bernabé

MANCHAS DE TINTA

"La Atlántida" de Verdaguer, epopeya nacional

Es imposible evocar la figura gigantesca de Verdaguer, aquella Himalaya de la literatura catalana y gloria de las letras ibéricas, sin sentir una honda emoción que nace por aquel lacerado calvario que sufrió en su vida, cual si las circunstancias de Fray Luis de León, de Cervantes y de Milton, repercutiesen en el alma sensitiva de este sacerdote ejemplar. ¡Sí, ejemplar! Y este es uno de los puntos más transcendentales que se deben de hacer brillar en estos momentos que solemnizamos a su obra cumbre, "La Atlántida". Mucho ha sido esa serie de notas que se han publicado días ha, en el folletín de *La Nación*, del Conde de Güell, que caracteriza su forma de proceder dentro de aquel período de su vida tan turbulento, que tanto se ha tenido que hablar. Ante esa serie de notas, nacidas de la sinceridad, y vividas en la intimidad del mismo protagonista, nos declara, una realidad que no cabe menor duda, de verle flotar constantemente sobre la ruindad de condescendencias humanas, pero al mismo tiempo vemos el sello marcado de las contrariedades y envidias sociales; propias de todo genio.

Pero una vez aclarada esta duda, mejor dicho, declarada no; puesto que argumentos de más poder existen para rebatirla, así como para afirmarla; entremos en la circunstancia característica de "La Atlántida" nacida en la lengua catalana para cantar la excelsitud de la raza iberia. En todo ello fluye un acento de patriotismo, de acento español; no por la forma de las palabras o de dialéctica ni lingüística en que están trazados sus cadenciosos versos y compuestas sus estrofas; sino por la psicología que entre sus poéticos pliegos se envuelven, por el relato y la recopilación de hechos históricos. Parece que la voz del poeta nace entre el lirismo catalán para entonar un himno de gloria a Hispania: cuál si Cataluña fuese sola la que quiere la unidad nacional; como si el verbo del Perelló reconoce en épicos cantos entre la gente de España.

Los lectores españoles han sido enriquecidos por to-

das las mayores joyas de la literatura, en todos los órdenes que ésta, está compuesta. Sobre el suelo español han florecido genios que han recogido los latidos de España; pero nunca había nacido el canto épico que trocase en epopeya los históricos movimientos de las sacudidas humanas, que han removido la paz de la vieja Hesperia. Todos los pueblos poseen sus cantos epopéyicos, y algunos sus epopeyas épicas, como Grecia con la "Iliada" de Homero; Roma con la "Eneida", de Virgilio; el mahometismo con las "Mil y una noche"; la India con la "Mahabata", y otros muchos que sería prolijo enumerar. Pues los pueblos de la larga y accidentaria historia como los que acabamos de nombrar es necesario la existencia del titán épico, nacido de la turbulencia nacional. España carecía de él, si excluimos el cantar del "Mío Cid" que no es más que un rasgo epopéyico; cuando posea argumentos tan poderosos para formarse una epopeya; porque si destacamos como momentos tan poderosos y transcendentales como las guerras entre iberos celtas, la invasión de los romanos y griegos con la destrucción de Numancia y Sagunto; la destrucción del bandidismo de los bárbaros; la invasión de los árabes, con el comienzo de una Reconquista por Pelayo y concluida por la toma de Granada por los Reyes Católicos; el descubrimiento de un mundo, con su conquista y colonización; la vuelta por los océanos, entonces ignorados, por Elcano, los Pinzones y Magallanes; la torbuencia gloriosa de una guerra de la Independencia y la fratricida guerra civil, y otros tantos aspectos de nuestra Historia que desde su principio hasta su fin se halla tejida por una serie de circunstancias para las epopéyas, como si Dios la hubiera privilegiado. Y viendo la extraña coincidencia en un pueblo pródigo en genios de las letras y no menos exuberante en hechos gloriosos, careciese de un poema épico, que se denominase epopeya nacional; no nos debe de sorprender que, luego de tantos siglos sin aparecer el mesías elevado de la epopeya nacional, naciese para dar a luz de inspiración fecunda, la

justificada obra poética, que llenase el hueco de las letras hispanas o que se colocase a la cabeza de la literatura española con "La Atlántida" de Mosen Jacinto Verdaguer. ¿Qué importaba que estuviese escrita en catalán, cuando lo importante era que en sí encerraba el alma de la vieja Hesperia? ¿Qué importaba el ropaje, cuándo su espíritu germinaba del brote del naranjo arrancado de la Atlántida para que nacieran las manzanas de oro del nuevo jardín de las Hespérides? ¿Qué importaba el verbo cadencioso del Perelló, si resbalaba desde las puntas gigantes de Pirene, la antorcha encendida de Hércules rompiendo el istmo de Gibraltar para inundar el continente maldito de los atlantes, que el Eterno había maldecido, por su corrupción: después de volver aquello que quedaba inmáculo, y que había de engendrar una estirpe más poderosa que aquella, de la unión de Hércules y de Hesperia, y que para salvarla del futuro, dejaba desbordar la catarata del "Mare Nostrum", por la garganta rota del Calpe, dejando sólo el dedo del Teide para indicar, que la Atlántida fué allí, sobre las aguas turbulentas del Atlántico? ¿Qué importa la melodía y la cadencia de la "dolce perla" entre este poema "fet de ferro", si el genio de la Historia Ibérica, personificado en aquel viejo semita que frente a las cortes de "La Atlántida enforas" contempla la titánica lucha de las dos naves de guerra, genovesa y una y veneciana la otra, por ella el siglo XV, y después de estallar el polvorín, perecen al fondo del océano, hundidas por un rayo; salvándose tan sólo de aquella catástrofe un navegante genovés, que después de breve lucha con las olas, logra llegar a la costa, donde es socorrido por el anciano eremita y después de llevarlo junto a la "belma" donde está la Virgen que ora ante ella, le lleva frente a las olas del Atlántico, donde se sumergió el continente, y le cuenta toda la torbulencia de aquel reino sepultado por la ira de Dios? ¿Qué importa si del entronque mitológico del dios de la fuerza y de la Reina de las Hespérides nacen hijas predilectas como Valencia, An-

dalucía, Galicia, Cataluña, Mallorca; y más allá; como hermanadas de éstas, aquel collar islámico que coronaron la frente de la progénita Helenia, y dió la llave del Occidente del mundo en el áureo cerrojo de la nueva Hispania, levantando aquellas columnas que entre sí decían esculpido en su granito: "Non plus ultra"? ¿Qué importa que circule por las arterias de la poesía la sangre que dejó "Vifredo el Velloso" con sus dedos manchados en la herida de un pecho, en las cuatro barras purpúreas en su "derga lisa"; si del relato del anciano anacoreta germina la inspiración de aquel joven náufrago, que es Colón, de ensanchar, con su fiebre, los dominios de España y el "Somi d'Isabel" venga a dar gusto para que la paloma mensajera de su sueño, remonte su vuelo, llevando en su pico de oro de sus joyas, para arrastrar con sus alas frenéticas el carro áureo de un continente lleno de oro, que amparase el patrimonio de aquella descendiente de Hesperia, que ve de nuevo cerrarse los dos continentes separados por las columnas de Hércules, que, al derrumbarse por el vuelo colonial, vienen a gritar con un ruido: ¡Plus Ultra! ¿Qué importa su expresión catalana si en todo él es España la que se canta y se glorifica? ¿Qué importa, pues, esto, para reconocer "La Atlántida" de Verdaguer como la epopeya nacional por excelencia?

¿No sería esto lo más expresivo para glorificar a esta cumbre del arte del "Canigó" de "Montserrat" y de otras muchas obras poéticas, en estos momentos su aniversario? Cabe la respuesta a la docta corporación de la Real Academia de la Lengua española, pues ella es el primer elemento para llevar a cabo esta idea, y más ahora, cuando se tiene en ella elemento catalán para apoyarlo, bien celebrando una solemne sesión acordando nombrar epopeya nacional a la Atlántida de D. Jacinto Verdaguer, para sí glorificar a este poeta insigne y sacerdote ejemplarísimo a la par que encumbrar el honor preclaro de las letras españolas.

J. BORT-VELLA

LA RESURRECCION DE LA ROSA

Amigo Pasajero, voy a contarle un cuento.

Un hombre tenía una rosa; era una rosa que le había brotado del corazón.

¡Imagínese usted si la vería como un tesoro, si la cuidaría con afecto, si sería para él adorable y valiosa la tierna y querida flor! ¡Prodigio de Dios!

La rosa era también como un pájaro, cantaba dulcemente, y a veces su perfume era tan inefable y conmovedor, como si fuese la emanación mágica y dulce de una estrella que tuviera aroma.

Un día el ángel Azrael pasó por la casa del hombre feliz, y fijó sus pupilas en la flor. La pobrecita tembló, y comenzó a palidecer y a estar triste, porque

el ángel Azrael es el pálido e implacable mensajero de la muerte.

La flor desfalleciente, ya sin aliento y sin vida, llenó de angustia al que en ella miraba su dicha. El hombre se volvió hacia Dios y le dijo: "Señor, ¿para qué me quieres quitar la flor que me diste?" Y brilló en sus ojos una lágrima.

Conmovióse el bondadoso padre, por virtud de la lágrima paternal, y dijo estas palabras: "Azrael, deja vivir esa rosa. Toma, si quieres, cualquiera de las de mi jardín azul."

La rosa recobró el encanto de la vida. Y ese día, un astrónomo vió desde su observatorio que se apagaba una estrella del cielo.

RUBÉN DARÍO

I

Carta anónima de una desconocida a Fernando, enviándole un pequeño retrato de Carmen.

"Aunque sé lo entusiasmadísimo que estás con tu nuevo amor, si el santo nombre de Amor puede aplicarse a tus caprichos, creo será todavía de tu agrado recrearte en contemplar la carita gitana de esa pobre niña martirizada por tí. ¡Qué malos sois los hombres! ¿Qué te hizo esa desventurada chiquilla para tratarla tan mal? Quererte mucho: hacerte entrega del tesoro de cariño que guardaba en su corazón todo tuyo. ¿Y cómo correspondiste a la verdad del cariño? Después de tres años de promesas, con un "no serías feliz conmigo", "te haría una desventurada", dicho sin la nobleza y lealtad de un equivocado, sino en una carta despiadada y cruel, preparada en la sombra y a traición, para herir mejor con el menor riesgo.

Comprende lo ilógico e incierto de tu conducta. Si alguien te preguntase algún día por qué os separasteis, ¿qué contestarías? No encuentro otra respuesta adecuada a la pregunta que ésta: "Porque me quería con toda su alma." ¿Y no es este el ideal que persiguen los fieles amadores?

Haces mal, Fernando, haces mal. Estas páginas de tu vida que ahora escribes a golpes de dolor, a golpes de dolor las pagarás. Cariño como el suyo no

encontrarás en el mundo y acaso cuando lo comprendas sea muy tarde.

Esto que te escribo y que ella ignora no lo creas censura, ni siquiera reconvención: es pena... es experiencia de vida. El sentimiento, cuando de amor se trata, siempre tiene razón, y esto no es más que eso: impulsos de un corazón que sufre viéndola sufrir, corazón que oculto en la sombra hubiera latido gozoso viéndoos felices.

Una amiga.

II

De Fernando a Carmen, enviándole el retrato y la carta anónima.

"Carmen: Quisiera que tus ojos que tan amorosos me acariciaron siempre, posasen su mirada en estas líneas escritas por mi torpe mano.

He pensado y soñado mucho antes de escribirte, pero ya no puedo resistir más. Hace unos días recibí el anónimo y retrato que te envió, y como según se desprende del escrito, eres completamente ajena a ello, no queriendo tener en mi poder nada que no venga por su camino verdadero y menos contra la voluntad de su dueña, te la envío para que este episodio de nuestra vida, nacido en la sombra, vea por mi propia mano la luz.

Ahora, Carmen, por piedad, escúchame, siquiera por esta vez, ya que es mi alma quien te escribe.

Sé que no te merezco. Me diste un amor, un santo amor al que debí poner altar en mi corazón, y no lo hice: debí prolongar las horas buenas de aquel ideal amor y rompí en una hora de locura la dulce cadena que me ataba a tí: dejé la flor en el rosal cuando más amorosamente me brindaba las dulzuras de su aroma. No he sabido más que martirizarte. Sin saber cómo, he ido de locura en locura apartándome de la verdad que eras tú. Aunque te quiero con toda mi alma, aunque daría la vida entera por estar un instante a tu lado, comprendo que no puedes creerme, pero escúchame...

Ese retrato que te envió tan noblemente cuando podría guardarlo, de tal forma, que al enviártelo me parece que pongo en tus manos mi destino, algo ha de decir a tu corazón.

Yo te suplico, Carmen, que ese retrato me lo des tú.

Le guardaría para mí solo, como un pedazo de lo más íntimo del alma, y acaso él fuera bálsamo de consuelo, senda para emprender nuevo camino. En ese retrato veo en tus ojos, en esos divinos ojos en que tantas veces se miraron los míos, una sombra de doloroso sentimiento. ¿Quieres, Carmen, que vuelvan otra vez, ahora para siempre, las horas buenas?

Siento en mi alma un anhelo muy grande, comprendiendo cuán torpe ha sido mi proceder contigo, de verte tan feliz como mereces.



ARMAS Y LETRAS

Si guardar todavía un resto de cariño para quien tan mal pago te dió, déjate llevar del corazón y perdóname...

Fernando.

III

De Dolores a Carmen.

"Bienaventura sea, Carmen, la hora feliz en que puedo serte útil. ¡Cuán lejos de tu pensamiento recibir esta misiva mía! Ha sido preciso el acicate de un temor, el de creerte en peligro, para atreverme a escribirte. ¡Tanta vergüenza me daba!

Pero no en vano he pasado a tu lado muchas horas de mi vida, sin duda las mejores. ¡Cuántas veces he echado de menos el reposo, el bienestar, la paz que en tu casa se respiraba! Y al pensar que huérfana y tan niña, habías sabido tú sola labrarte el porvenir y defenderte tan bien, sentía repugnancia de mí misma.

¿Te acuerdas, Carmen, de tu antigua oficiala? Reía yo del extraño sonido de un viejo reloj que sobre la cómoda descansaba, y a tal extremo llegaba la locura de mi risa, que tú, entristecida, me dijiste: "Ríe ríe cuanto quieras, pero ese viejo reloj, único recuerdo que poseo de mi padre, es el más fiel guardador de mi honra. Reía yo como tú un día y mi padre que le profesaba gran cariño, acaso porque le hablaba de cosas idas, me dijo: Hay tres cosas en la vida que, como eslabones de una cadena, están fuertemente enlazadas entre sí y son: El tiempo, la historia y la conciencia: el reloj mide el tiempo, el tiempo escribe la historia, y la conciencia nos recuerda, para nuestro orgullo o remordimiento, las páginas de nuestra historia, que escribimos en el tiempo. Así, piensa bien que cada minuto que malgastes del viejo reloj, es un átomo de vida que se va para no volver, y si en él escribiste una página de maldad o de vergüenza, como el tiempo no puede detenerse, la página subsistirá, porque la historia queda escrita; y acaso después sea imposible encontrar la hora de la reparación. Ten presente, pues, que si es verdad que un minuto es bastante para perder la existencia, también es verdad que a veces un solo minuto bien aprovechado vale por toda una vida."

¡Cuánto me he acordado de estas palabras cuando ya no tenía remedio! Si hubiera aprendido bien su significado, hoy no estaría sin honra y madre de un niño que no tiene padre.

¡Consérvate pura, Carmen de mi alma, encastillada en tu torre de marfil! Te escribo porque te acecha la maldad. Fernando no te quiere, pero te codicia. El domingo en un alarde de vanidad, ante varios amigos y otras desdichadas como yo, mostró un pequeño retrato tuyo, jurando con la mano puesta en el corazón, que se le habías enviado. Yo no lo creí: no lo hubiera creído ni aun diciéndomelo tú; y aún llegó en su maldad hasta a mofarse de tu virtud, afirmando que en cuanto se lo propusiera, serías suya.



El irá a tí, pero no le escuches, que será tu perdición.

Acuérdate de mí, y tú que eres más fuerte, sabrás guardarte mejor que tu desventurada amiga,
Dolores.

IV

De Carmen a Dolores.

"Dolores querida: Cuántas lágrimas me ha hecho derramar tu carta, y cuánto agradezco tu noble advertencia. Acaso sin ella, empujada por la fuerza de un desdichado amor que aún vivía, me hubiese dejado engañar. Hiciste bien en no creer. He podido querer con locura, pero no con tanta ceguedad que me llevase, con quebranto de mi propia estimación, a atraer a quien tan voluntariamente se separó de mí. En carta que de Fernando he recibido me envía el retrato de que me hablas y me explica cómo ha llegado hasta él incluido en una carta anónima. Mis retratos están repartidos entre mis oficiales. Acaso alguna pensando hacer bien, hizo un mal. La carta en que me envía el retrato, y en que me suplica se lo de yo, me parecía escrita con el corazón. Jamás hubíera creído que con esa carta tendiese un lazo a mi honra. Sus palabras escritas, se grabaron en mi corazón, y desde el subían a los labios desgranándose en sollozos de alegría y de perdón; y era que el altar del cariño de que él me hablaba estaba en mi pecho y en él tenía yo encendidas luminarias de esperanza que a'umbraban mi vida. ¿Comprendes cuanto dolor ha de causarme verlas apagadas por un soplo de maldad? ¡Cuánta sangre bruta

V

De Carmen a Fernando.

"Como es tu deseo te envío el retrato que debes a la excesiva bondad de alguna amiga, a quien agradeciendo su buena intención deseo ilumine Dios mejor en otra ocasión.

Te lo envío, no "como bálsamo de consuelo" ni como "senda para emprender nuevo camino", sino para que puedas mostrarme como galardón ante tus amigos, en la seguridad de que este alarde de valentía mía, en parangón con el alarde de cobardía tuyo pretendiendo hacer verdad de una mentira, no ha de servirte de nada, pues los que me conozcan no han de creerte y los que no me conozcan, para hacerme justicia bastara que te conozcan a tí. Pero aunque de nada te sirva ya es bastante la intención.

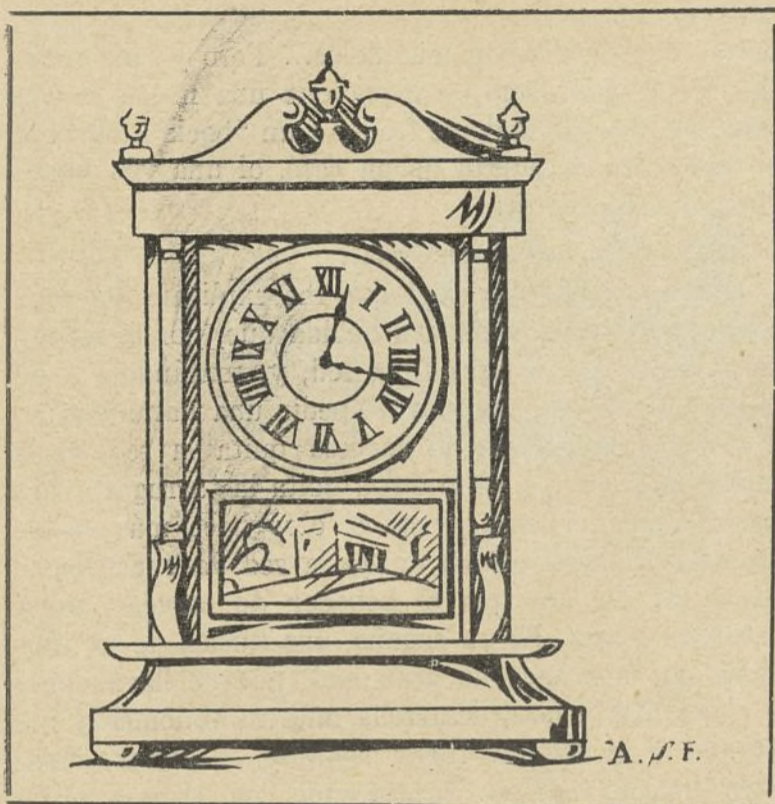
Puedes creer que siento hoy una inmensa satisfacción al hacer esta locura; porque si la mala vida a que te has entregado ha logrado arrancarte del corazón todos los buenos sentimientos, puede también haberte dejado un resto de conciencia, y si esto es así, ese retrato en tu poder será tu remordimiento y mi justicia, pues al mirarle ha de recordarte que de mujer **viniste**, que madre **tienes** y hermanas, y que no es dable exigir de otro la continencia y respeto que tú quebrantaste; aparte de que no hay razón en el mundo que justifique la necesidad de escarnecer un amor verdadero, ni la injusticia de herir a una mujer que ningún daño te hizo en lo único que tiene suyo, tan sólo para darse la satisfacción de un alarde de vanidad innecesario.

Había puesto yo muchos sueños en aquellos desdichados amores y ahora comprendo cuán grande ha sido mi equivocación.

Lo que tú pedías a mi vida no era el corazón, ni el amor: era la muralla de vergüenza que guarda la pureza, único tesoro de la mujer. Hiciste bien en alejarte de mí. Yo guardo honra y vida para el esposo que me dé su nombre y la suya, y será... amor de mis amores.

Carmen.

Carmen.



del corazón al arrancar de él un amor verdadero!... Pero... ya pasó... El llanto que riega esta carta es la última ofrenda a un amor que muere, y la primera a la amistad que vuelve.

Déjame ahora que piense un poco en tí. ¡Gracias, Dolores, y no temas por mí! Veo que a pesar de tu azarosa vida, sigues siendo buena; y pues con tanto detalles recuerdas mis consejos, piensa que en ese "minuto" puedes comenzar a rehacer tu vida y que nunca es tarde para encaminarse hacia el bien.

No tengo que decirte que te abro los brazos, porque no se cerraron nunca para tí. Ven cuando quieras con tu niño y a mi lado encontrarás trabajo honrado, cariño y... al viejo reloj.

ORIGENES RAROS DE ORDENES

Pese a la respetable antigüedad de la Orden del Toisón de Oro, esta es la fecha en que los eruditos no han llegado a ponerse de acuerdo acerca de los motivos que impulsaron a Felipe III de Borgoña a elegir como emblema el vellocino conquistado por los argonautas en su famosa expedición. Suponen unos que el áureo carnerillo significa que, la misma constancia demostrada por Jasón y sus compañeros en dicha empresa, fué la que Felipe tuvo para conquistar el amor de la infanta Isabel de Portugal, y así parece probarlo el haber fundado la Orden en cues-

tién al contraer matrimonio con ella. Considerando, sin embargo, que el duque no manifestó jamás verdadero amor a Isabel, prefieren otros autores creer que el vellocino alude a la riqueza que para los estados del duque constituían las lanas. Hay, en fin, quien opina que Felipe fundó la Orden en honor de su amante, María de Cumbrugge, que por tener el pelo rojo y rizado dió pie a ciertas burlas de los cortesanos, que se permitieron comparar al duque con Jasón. "Está bien—dijo Felipe al saberlo—, yo haré que codicien el vellocino de oro los que ahora se ríen de él."

Tenía yo el defecto y todavía lo tengo, en parte, como lo tenemos casi todos los españoles, que, fáciles a la sugestión, nos dejamos arrastrar por los imperativos de la moda o de la costumbre—aunque ésta nos siente como un susto en plena digestión o como una pedrada en la espinilla—de aceptar como bueno todo lo extranjero, por el hecho de ser importado de allende las fronteras, y de rechazar como vulgar, ya que no como malo, todo lo español.

Y en todos los órdenes de la vida buscaba aquello que llevase el marchamo de una nación que no fuese la mía, aunque chocase, como general y brutalmente chocaba con mi carácter, con mi temperamento y hasta con mis gustos. Pero era extranjero. De fabricación extranjera, o, por lo menos, de procedencia inicial extranjera, aunque se hiciese, fabricase o compusiese en España. Lo extranjero... ¿Qué español no ha sentido la debilidad de creerse superhombre por rendir pleito homenaje a lo extranjero?... Si hay alguno, que levante orgulloso la cabeza, que es digno de orgullo su gesto de patriota. Pero la mayoría, la inmensa mayoría, no podemos hacerlo, porque somos o hemos sido vasallos de lo extranjero.

Y digo somos, porque ahora mismo serán muy pocos los que no toman, rindiendo un homenaje a lo extranjero, por ejemplo..., cerveza...

¿Y en qué cantidades? ¿Y de qué forma?... Parece, efectivamente, que saborean un néctar... Y, sin embargo, no les gusta. A la mayoría de los españoles no nos gusta la cerveza. Pero procede del extranjero, hemos visto a los extranjeros que hundían en sus voluminosos vientres cantidades fantásticas, y, por espíritu de imitación, por parecer cosmopolitas, la hemos empezado a beber.

Como los chicos que fuman su primer cigarro (generalmente de 0,20 y en un día de fiesta), al probarla hemos torcido el gesto, hemos sentido el calambre de la náusea, se nos ha rebelado violentamente todo nuestro organismo, que repugnaba aquella ingurgitación; pero nos hemos dominado para no desentonar... Y hemos bebido y seguimos bebiendo, aunque no podamos vencer totalmente nuestra repugnancia, aunque desarrolle y abulte nuestro abdomen, aunque se cargue nuestra cabeza y se entorpezca nuestro cerebro.

La bebemos porque es extranjera. Mejor dicho, la beben, porque yo, gracias a un amigo, espíritu culto, hombre verdaderamente cosmopolita, selecto, pero español, españolismo hasta la médula de los huesos, ya no la bebo... ¡Ni la beberé!... ¡No; por mis manes!... No la beberé... La lección fué bastante dura para que no la aproveche.

El patriótico amigo que sustenta la teoría, hoy ya compartida por mí, de que en España tenemos lo mejor de lo mejor, lo que nuestro temperamento, nuestro gusto y hasta nuestra fisiología requiere, combatía siempre y decididamente mi extravagante afición a todo lo extranjero, y sus palabras eran como cata-

pultas que derribaban mis ídolos... Pero yo me resistía. Me resistía siempre hasta que una noche de verano que, encontrándome frente a un "bock", tomando el fresco, en la puerta de un café, oí una voz imperiosa que me decía:

—¡No beba usted cerveza!...

Era mi amigo. Le exigí que me explicara por qué sentía aquel odio hacia una bebida que, por lo menos, tenía la virtud de apagar la sed, y, sentándose a mi lado, me contestó después de pedir una naranjada:

—En primer lugar la cerveza quita la sed de la misma manera que el arsénico quita las arrugas: para hacerla más violenta, como el otro hace más visible la vejez. La cerveza no apaga la sed, la enciende, la exaspera. De ahí que el bebedor de cerveza no se satisfaga nunca. Es un engaño, una ilusión de los sentidos que nos hace un gran mal, porque llevándonos a beber más y más, desarrolla nuestro abdomen y nos atonta. Y si esto no fuera bastante, la cerveza tiene otro defecto capital, capitalísimo, en el que pocas personas han parado mientes: la cerveza desarrolla nuestras orejas. ¿No se ha fijado usted nunca? Pues fíjese. Todo bebedor de cerveza las tiene desarrolladísimas.

—¡Esa es una broma!...—contesté sonriendo. Pero al mismo tiempo me llevé las manos a las mías, y rechazé rápidamente el "bock" de cerveza.

—Quizás sea—continuó diciendo mi amigo—una ilusión óptica; pero yo recibo esa sensación siempre que miro a una persona que bebe cerveza... Y no puede extrañarnos que tal suceda; pues sabe usted bien que esa bebida se hace con cebada, y la cebada...

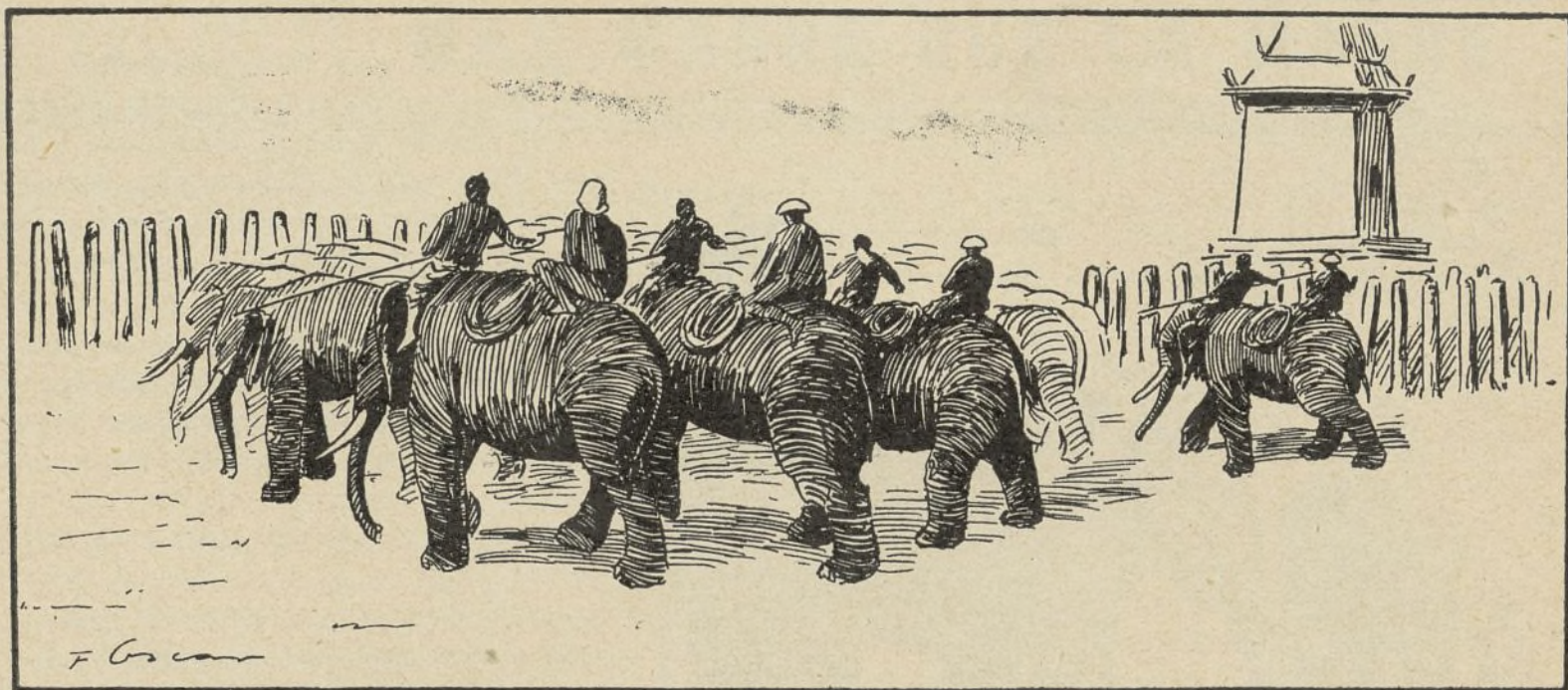
—¡Hombre!... No creo yo que la cebada, bebida...

—La cebada produce sus efectos de todas formas... Pero aunque ésta no fuera la razón única para dejar de beberla, debía bastar la de ser españoles, es decir, la de ser ingrata a nuestro paladar... y la de tener bebidas tan deliciosas como nuestra manzanilla, pongo por ejemplo... ¿Ha visto usted algo más sano, más grato al paladar y, al mismo tiempo, más refrescante que una botella de buen vino, previamente hundida en el hielo? Eso es lo español, lo nuestro, lo que admite y hasta exige nuestro gusto. Eso es lo que bebían nuestros abuelos, que eran patriotas y eran hombres fuertes como robles. Y eso es lo que debemos beber nosotros, y no esos brebajes, que estropean el estómago, nublan la inteligencia y nos dan un aspecto, con el vientre desarrollado voluminoso, y las orejas largas, verdaderamente lamentable...

Aquella noche, al volver a mi casa, corrí al espejo, y, efectivamente, me pareció que mis orejas habían crecido.

Desde entonces no he vuelto a beber esa bebida extraña, y siempre que veo a un hombre frente a un "bock", le miro las orejas... Y tiemblo...

SEGUNDO DEL CAMPO



LA CAZA DEL ELEFANTE

Los bosques siameses están profusamente poblados de elefantes; en el Norte y en el Centro del gran reino Indochino, los enormes paquidermos viven en completa libertad, en rebaños, aun más numerosos que los del Congo.

Una de las causas de esto es que en el último país nombrado, los comerciantes en marfil realizan frecuentes razias, al paso que en Siam, la caza del elefante, está casi reservada al Rey.

Alguna que otra vez, los particulares se apoderan de uno de dichos animales, para utilizarlo como transporte, lo que resulta muy fácil por la docilidad de la especie.

Pero las grandes batidas, sólo el Soberano las realiza, siendo su objeto capturarlos y no darles muerte para utilizar sus colmillos.

En las cuadras del Rey de Siam, ha de haber siempre alguna docena de elefantes. Cuando su número disminuye, se organiza una batida para completarlo.

No puede haber solemnidad oficial sin que aparezcan los enormes y pacientes animales, fastuosamente enjaezados, llevando sobre el lomo lujosos palanquines en los que toman asiento el Soberano y los altos dignatarios de su corte.

Cuando el Rey decide proveer sus cuadras de elefantes la Corte se traslada a Ayuthia, antigua capital del reino más próxima que Baugkok a las selvas del centro y del nordeste del país donde los paquidermos viven.

Cuando el Soberano y su séquito están ya instalados en la mentada ciudad, salen los ojeadores con elefantes por completo amaestrados hacia la selva, en busca de las piearas salvajes.

Su primer trabajo consiste en obligar a huir a los machos adultos, que serían muy difíciles de capturar y más aun de domesticar.

Poco a poco van reuniendo hembras y piezas jó-

venes, empujándolos hacia el sitio que se les ordenó, lo que no siempre resulta fácil.

El elefante tiene tal afición a la familia, que con frecuencia no hay medio humano de separarle de la hembra y de sus cachorros, sin que quede otro remedio que admitirle a él también en el rebaño.

Paralelamente a un río hay un recinto vallado, triangular, de 150 metros de lado (los de tierra) dividido por dobles barreras en tres compartimentos cada uno más estrecho que el anterior.

Dicho cercado, en la parte del río, tiene una puerta muy ancha y el vértice comunica o da paso a otro recinto cuadrangular de cien metros de lado que llaman en el país Kraal.

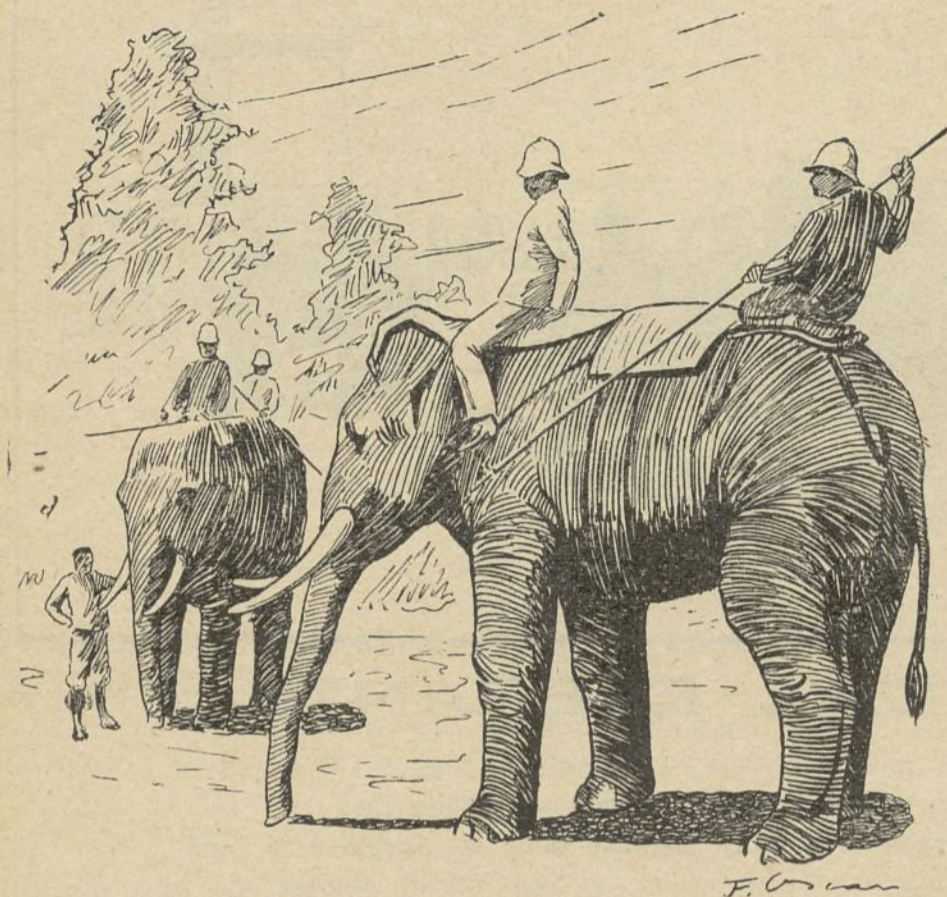
Este último recinto está fuertemente construido y en el centro, sobre una empalizada que hace el oficio de bunadero, hay una pagoda con una imagen del dios Buda; enfrente está la tribuna del rey, y a derecha e izquierda las del séquito e invitados.

De trecho en trecho hay en la empalizada abrigos para colocarse hombres armados de lanzas, que tienen por misión rechazar a las piezas que intenten pasar o derribar el vallado.

A una señal del Soberano los ojeadores, que ya están en la otra orilla del río, con sus gritos y el empuje de los elefantes amaestrados, obligan al rebaño a cruzar la corriente de agua, lo que hace, no sin alguna resistencia.

Al llegar a la puerta del cercado, un secreto instinto hace detenerse a los paquidermos salvajes; algunos, forzando el círculo de semejantes que les envuelve, repasan el río y desaparecen en la selva del otro lado.

A fuerza de cercarles se consigue que vayan pasando de uno a otro compartimento y por fin al Kraal, donde a veces penetran cuatro o cinco cientos de



cautivos, que al darse cuenta de que lo son, nerviosamente, recorren el recinto en que están encerrados, no faltando alguno que intente salvarlo.

Entonces se inicia la doma arrojándoles, desde el otro lado de la valla, grandes cantidades de yerba escogida y fresca.

Cual si tuviesen parecidos sentimientos que los humanos, los hay que ni siquiera miran a lo que perdidamente se les ofrece; la mayoría, sin duda, para que la comparación subsista, se ponen tranquilamente a comer.

Con esto termina la primera parte de la caza, que

pasa la noche en el Kraal, haciéndose a la idea de que perdió para siempre la libertad.

A la mañana siguiente, ocho o diez hombres, sobre elefantes domesticados, llevando un lazo cuyo extremo va sólidamente sujeto al cuerpo de su cabalgadura, entran en el Kraal.

La caza individual, por decirlo así, ofrece tales peligros, que los pesados ganchos se encomiendan con fervor a Buda, siendo éste el motivo de que se ponga en el centro una Pagoda.

Arremetiendo con las lanzas a los salvajes, los ponen en movimiento, y en la primera oportunidad que encuentran lanzan el extremo libre del lazo a una pierna, y cuando el aprehendido empieza a dar muestras de conformidad, reunidos varios, los llevan al río, donde, dejándoles que se bañen a gusto, suelen dejar su ardor.

De allí van a las cuadras, en las que lentamente, quizá en gran parte por el ejemplo de los ya domesticados, aprenden que cambiaron la libertad por una buena y segura alimentación.

Lo expuesto no siempre se realiza sin accidentes de varias clases que producen grandes aporreamientos y hasta heridos pero rara vez muertes.

Al cabo de tres o cuatro días de repetir la operación, sólo quedan en el Kraal los ejemplares más indómitos que suelen ser los más robustos, a éstos los reducen las más de las veces, tras de cruentas luchas algunos soberbios ejemplares diestramente amestrados y dirigidos.

VARIEDADES

LA ÚNICA JOYA

Cruzando el desierto un viajero inglés vió a un árabe muy pensativo sentado al pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos, por lo que el viajero comprendió que se trataba de un mercader de objetos de valor, que iba a vender sus joyas, perfumes y tapices a alguna ciudad vecina.

Como hacía mucho tiempo él no conversaba con nadie, se aproximó al pensativo mercader, diciéndole:

—Buen amigo, ¡salud! Parecéis muy preocupado. ¿Puedo acaso ayudaros en algo?

—¡Ay!—respondió el árabe con tristeza—. Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¡Bah!—replicó el otro—. La pérdida de una joya no puede ser gran cosa para vos, que lleváis tesoros sobre vuestros caballos y os será muy fácil reponerla.

—¡Reponerla! ¡Reponerla!—exclamó el árabe—. Bien se ve que no conocéis el valor de mi pérdida.

—¿Qué joya era, pues?—preguntó el viajero.

—Era una joya—le respondió el interlocutor—como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la vida y había sido hecha en el taller del Tiempo. Adornábanla 24 brillantes, alrededor de los cuales se agrupaban 60 más pequeños. Ya ves cómo tengo razón al decir que joya alguna podría reproducirse jamás.

—A fe mía—le dijo el inglés—vuestra joya debería ser preciosa. Pero ¿puede hacerse otra análoga?

—La joya perdida—respondió el árabe volviendo a quedar pensativo—era un día, y un día que se pierde no vuelve a encontrarse jamás.

RABINDRANATH TAGORE

DEL SOLAR
ARAGONES

MAS MADRE QUE LA MADRE

Marujeta, sin que ella misma se lo explicara, era la muchacha más feliz del pueblo, admitiendo, cual algunas alparceras envidiosas decían, que una mujer de treinta y pico de años pueda ser muchacha.

¿Qué sabrían ellas? Como si eso de la muchachez verdad, fuera cosa de años.

Más de una jovenzuela conoció ella que tenía tanto de vieja como las que por años lo eran.

Si todos estaban conformes en aquello, puesto que lo decían, ¿por qué no había de haber viejas que pareciesen jóvenes aún?

Ella podría tener los años que pasaron desde que nació, sin dejar uno solo, pero que se sentía aún más mujer que cuando era una mañita, eso nadie mejor que ella lo sabía.

Y si la apuraban mucho diría que alguno más debía saberlo, ¿por qué, si no, la pusieron en la puerta de su casa al que ella puso el nombre de Colásico, el mismo del hombre que después de enamorarla la abandonó?

Bien hicieran los que pensaran la mala obra que supone abandonar a un recién nacido: de hacerlo, más valía que lo hubiesen hecho así, regalándolo a quien era tan madre como mujer.

Dios no hacía las cosas como los hombres; daba siempre algo de lo que le pedían con el alma puesta en la petición.

Ella soñó muchas veces con tener un chiquete que pudiera llamarle padre a él, a Colás, al que desde muy chiquiticos le daba las más bonitas flores que en el pueblo se criaban, los primeros macolotones, las primeras claudias.

¿Qué no podía ser eso? bueno; que lo vieran; no puso ella poco empeño en enseñarle el retrato y el nombre del ausente, diciéndole que era su padre.

Las gentes que dijese lo que quisieran; pero, así como el chico no tendría nunca más madre que ella, tampoco llamaría padre a nadie más que a él, a su Colás, al hombre único a quien se sentía capaz de querer.

Eso lo decía ella y era como si lo hubiese dicho alguno de los que estaban con el señor Palafox, aquel año que tanta sangre aragonesa corrió.

Ya sabía que las alparceras del pueblo, en bastante número por cierto, cuando del crío hablaban, solían decir: "¡A saber quién será el padre de la criatura!"

Y lo que son las casas; por una vez las chismorreras no parlaban todo lo que podrían hablar, pues lo mismo pegaba a frase para el padre que para la madre.

Trabajo no pequeño le costaba a Marujeta aplicar la misma palabra que ella se aplicaba, a la que, teniendo muy suya aquella preciosidad, fué capaz de dársela a otra.

Al pensar así, recordaba la madre de afición, con honda y casi santa comp'acencia el momento en que un llorar dulce y angustioso a la vez la hizo levantarse de la cama y bajar presurosa al portal.

Era una noche de calor y la luna alumbraba refugiente: al abrir el balcón de la sala, vió en el dintel de su puerta, como un envitorio blanco del que salían los gemidos.

Por la calle nadie pasaba ni era probable que lo hiciese nadie: echando sobre sus hombros una pañoleta, bajó rápida.

Al crujir la puerta, quizá temeroso, acaso sorprendido, calló el angelito allí puesto por manos que lo mismo podían ser infames que caritativas.

Una carita blancamente sonrosada y unos ojos muy abiertos, que sin duda el reflejo del cielo hacía de un azul muy bonito, hicieron sentir a Marujeta una emoción más dulce que triste.

Rompió a llorar la criaturita con silencioso gimoteo que apenaba más a la mañita, arrebolada su cara, sintiéndose invadida por intensa ráfaga de ternura cogió el envitorio y a poco, de rodillas ante un Cristo



que en la cabecera de su cama tenía, musitaba suplicante: ¡me le envías para mí!, ¿verdad, Señor?

Pasaron unos meses: en el pueblo el hecho produjo la natural sensación; abundaban los comentarios de todas clases, pero Marujeta los oía como oye la lluvia quien no tiene campos que segar, sosteniéndola en su decisión la oportunidad con que el señor Cura salía al paso de los comentaristas, diciéndoles, más de una vez, si era que sentían envidia y rabia por no ser capaces de la abnegación que Marujeta demostró.

Después de hablar con ésta, decidieron ambos prescindir de cuanto pudiera parecerse a investigación sobre el origen del niño, que sin temer a lo que los maliciosos pudieran decir, fué bautizado con el nombre del novio de Marujeta.

Como ella, según varias veces pensara, no podía tener chicos que no fueran de él, no pensaba poner otro nombre al que la Providencia le enviara.

Cuando llevaba un año haciendo de madre, orgullosa por lo bien que lo hacía, supo que Colás, en vez de venir del extranjero, a donde se fué para ganar muchos cuartos, por tocarle ser soldado, había decidido seguir allá, pensando que en la guerra con el moro nada se le había perdido a él.

Entonces, al recibir lo que para ella fué puñalada alevé, comprendió Marujeta lo bien que hizo aceptando al chico y cómo Dios empezaba a pagarle la buena obra.

La ternura que el pequeño le iba dedicando, fué a modo de bálsamo, que no cerró la herida, pero que hizo no le doliese casi nada.

Claro es que al divulgarse por el pueblo el segundo suceso en que la chica era personaje principal, se reforzaron los comentarios maliciosos, pero ella, con la inconsciente energía de quien está limpio de culpa, que tanto convence, los hizo si no cesar, poco menos.

* * *

Pasaron algunos años: nadie hubiera podido decir dónde había más fuerza, si en el chico cuando llamaba madre a Marujeta o en ella al decirle dulcemente ¡hijo mío!

Sin olvidar ni un momento a Colás, desdeñando sin la más pequeña vacilación los ofrecimientos que se la hicieron, en no pequeño número, para dar nombre al chico, llegó Marujeta a la edad en que las mujeres guapas, por haber sido madres se transforman en hermosas.

Sin más preocupación que la de hacer del mañico un hombre de provecho, recordándole, cuantas veces había ocasión, que sólo a Colás debía llamar padre, vivía casi contenta la madre que llegó a serlo sin ser esposa.

Una mañana al salir de misa, llamola el señor Cura a su casa y con visible satisfacción: tengo que darte una buena noticia—le dijo—; Colás se acogió a un indulto y viene a dar al Rey el servicio que antes debió darle y dice que como quiere hacer todo lo

bueno que de joven pudo hacer, en cuanto se ponga el uniforme vendrá a que le case con la Marujeta, si, como desea, está libre aún.

La chica, sentía un gozo tan grande en lo más íntimo de su alma, que no supo qué decir. El buen Mosén, prosiguió:

—Como comprenderás, le escribí enseguida y aunque estuve un buen rato diciendo cosas buenas de tí, seguramente no llegué a decir todo lo que mereces: sin embargo, no debo ocultarte que no le he dicho nada de Colasico y me preocupa la idea de que por ese lado pudiera venir algo no agradable.

—No conoce usted a Colás—interrumpió Marujeta con vehemencia que hacía sospechar si querría convencerse a sí misma.

—Le conozco quizá más que tú; sé hasta donde llega su hombría en todos los aspectos, pero, los dichos de los maliciosos, cuando son muchos y tienen como fundamento un hecho real, pueden hacer mucho...

Marujeta ante los temores de aquel buen señor que ella tenía por un santo, sintió dentro de sí algo que frío de muerte semejaba ser: mirándole fijamente y poniendo en sus ojos la energía de un alma inmaculada, dijo temblorosa:

—¿Es que usted, señor Cura...?

—Nada—interrumpió aquél con viveza—yo, me preguntan cual es tu sitio y te pongo en el altar, junto a la Virgen, pero... no basta con que sea yo quien así piense.

—Creo que ofende usted a Colás sin que esté delante.

Eso no te preocupe: cuando venga ya le pediré perdón, pero, dime: si mis temores llegaran a ser un hecho real...

Pos mire usted—respondió Marujeta con la misma decisión que si hubiera pensado mucho en el asunto—yo, por Colás y su cariño doy la vida, sí... pero, ¡a Colasico no!

El Mosén, presintiendo un problema material-espiritual de los que no siempre pueden resolverse, decidió esperar a que se presentara, dando por terminada la conversación, con media docena de frases afectuosas y optimistas.

* * *

Llegó Colás al pueblo: prevenido, casi en el momento de llegar, por las comadres, al verse frente a Marujeta, mientras ésta, arrebolada de satisfacción por lo majamente que le caía a su novio la ropa de militar, no hacía sino mirarle, él, señalando al chico, decía, irónico:

—Y esto, ¿qué?

—Pos ya lo ves: una preciosidad de criatura que te dice padre, y que parece mentira no te lo hayas comido a besos ya.

—¿Que me ice padre a mí?—repuso, casi asustado, Colás.

—¡Otra! ¿A quién se lo va a icir, llamándome madre a mí? ¿Es que pueo yo tener chicos que no sean de

tu querer?—Y mimosa, echándole los brazos al cuello en ademán de suprema felicidad, le decía muy bajito: —¿Por qué, si no, había de llamarle como tú?

Puso la mañita tal expresión en sus ojos al decir aquellas ternuras, que el apuesto soldado comenzó a sentir un íntimo convencimiento, que pocas horas más tarde se hacía firme en el despacho del Mosén.

Al anoecer de aquel mismo día, encantado Colás de la criatura y de los dos amores que tan tiernamente le acogieron, contemplaba sonriendo maliciosamente a las muchas mujerucas que fueron a pasar por delante de la casa de Marujeta, sin duda para ver cómo se arrullaban sentados en el poyo de junto a la puerta.

—¿Sabes—dijo él de pronto—que el señor cura me dijo esta mañana que a lo mejor podían aparecer los padres de éste y...

Se detuvo, al ver lo pálida que Marujeta se ponía.

—¡Bah!—añadió—. ¿Te crees tú que yo hago las cosas por la mitad?

Y entre palabras dulzonas, teniendo al chico sobre sus rodillas, contó a su amada cómo había dicho al Mosén que antes de irse al extranjero había pasado una noche en el pueblo, y como se querían tanto, pues... ¡cosas de jóvenes!, allí estaba el chico para decir lo que ocurriera.

—Pero el Mosén—añadió ella, sin saber si reír o llorar, de contenta que estaba—no te habrá creído.

—Claro que no; mas como se lo dije poniéndome muy serio, tuvo qu'apuntalo en el libro de la Parroquia, y...ya lo sabes, allí lo ice: Colasico es hijo de



Colás y de Marujeta... ¡No te lo quitarán, no! Tendría que ver; como si no fuese tú más madre que la madre.

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

TITIRIMUNDI

—¡Ah!, ¿usted es el joven que me recomiendan? ¿Cómo es su nombre?

—Juan Auszeichmmugencugteki.

—¿Cómo se deletrea?

—Como se pronuncia.

—¿Me hace usted el favor, señora, de separarse un minuto de donde está apoyada?

—¿Por qué?

—Porque voy a colgar este letrero: "Recién pintado".

El juez.—¿Dónde le he visto a usted antes de ahora?

El acusado.—He tenido el honor de dar lecciones de canto a su hija.

El juez.—¡Cincuenta años de trabajos forzados!

—Veo que es usted aficionado a viajar, caballero; seguramente, conocerá la ciudad de Mumville.

—Sí, señor; me detengo allí con frecuencia.

—Me alegro; yo, en cambio, no he estado nunca y le agradeceré me diga en qué hotel debo parar.

—En el Majestic.

—Y usted, ¿para siempre en ese hotel?

—No; no he parado nunca; pero he estado en todos los demás.

El amigo.—Es interesante ese "Libro de los sueños" que has comprado.

Aroldo.—Sí, es maravilloso; por ejemplo, dice que cuando se sueña con toros es seguro que le toca a uno la lotería.

El amigo.—¿Es que has soñado alguna vez con toros?

Aroldo.—No; pero tampoco me ha tocado la lotería.

El doctor.—¿Con qué intervalo se repiten los dolores que usted padece, señora?

La paciente.—Cada cinco minutos.

El doctor.—¿Y cuándo ha tenido usted el último?

La paciente.—Hace un cuarto de hora.

El Valle donde viven los muertos

[La declaración de un moribundo.—El grito angustioso.—Cómo viven los muertos.—La lucha eterna.—¿Existe realmente el Valle? ~]

—No me van ustedes a creer—nos dijo el doctor Parmelle, célebre por sus estudios geológicos, que aquella tarde se reunía con nosotros en el Club de los "Treinta" en Nueva York—; no me van ustedes a creer y, sin embargo, ahí están, en la Sociedad de Exploradores, la comunicación que envié a raíz del hecho que les voy a narrar. Pero es tan raro, tan absurdo y al mismo tiempo tan maravilloso, que yo mismo, cuando lo recuerdo, me pregunto en lo íntimo de mi conciencia si puede ser posible.

Y mientras todos, en un silencio expectante nos acercábamos en círculo al célebre doctor y geólogo, éste nos preguntó a quemarropa:

—¿Creen ustedes que pueda existir un valle donde viven los muertos?

La pregunta no obtuvo contestación, pero exacerbó nuestra curiosidad y puso una inquietud en nuestros espíritus. Creíamos sentir, en la tibieza del salón, algo así como un aliento frío que nos daba en plena nuca.

—¡El valle donde viven los muertos!—murmuró alguien. Y las palabras tenían una rara entonación.

—Es un caso tan absurdo, que muchas veces me he preguntado si aquel hombre, normal al parecer, no sería un desequilibrado...

Hizo una pausa y prosiguió:

—Pero vamos al hecho. Hace unos años, pocos, realizaba yo estudios biológicos en Chicahoochie. Saben ustedes que es una región casi inexplorada, a la que atraviesa un macizo de montañas, en cadena, verdaderamente inexpugnable. Un día encontramos en las últimas estribaciones de la montaña a un hombre moribundo. Lo recogí, ayudado por los hombres que me acompañaban y fué trasladado a nuestra tienda. Y de sus labios oí la estupenda historia.

—He pasado a través del valle donde viven los muertos—me dijo apenas volvió en sí—. Mis ojos han visto lo que Dios no quiso que los hombres vieran y por eso voy a morir. No puedo con el peso de lo que sé y tengo que quitármelo de encima antes de irme a lo desconocido. Sólo hace cinco días que dejé Jamison y me parece que han transcurrido cinco siglos.

Le miré fija y persistentemente. Quería convencerme de que aquel hombre no era un loco. Lo estudiaba y sólo me parecía hallarme ante un semejante extenuado por el cansancio, enfermo y débil, pero normal.

—No puede ser—le contesté—. Hay algo imposible o erróneo en sus palabras. La ruta más directa por las montañas es el Paso de Chicahoochie, y la distancia por ese camino de aquí a Jamison es de 150 millas; estamos a 25 de junio; un hombre normal no puede hacer ese viaje en tan corto espacio de tiempo.

Aquel hombre, imagen viviente de la impotencia física, sonrió con cierto desdén.

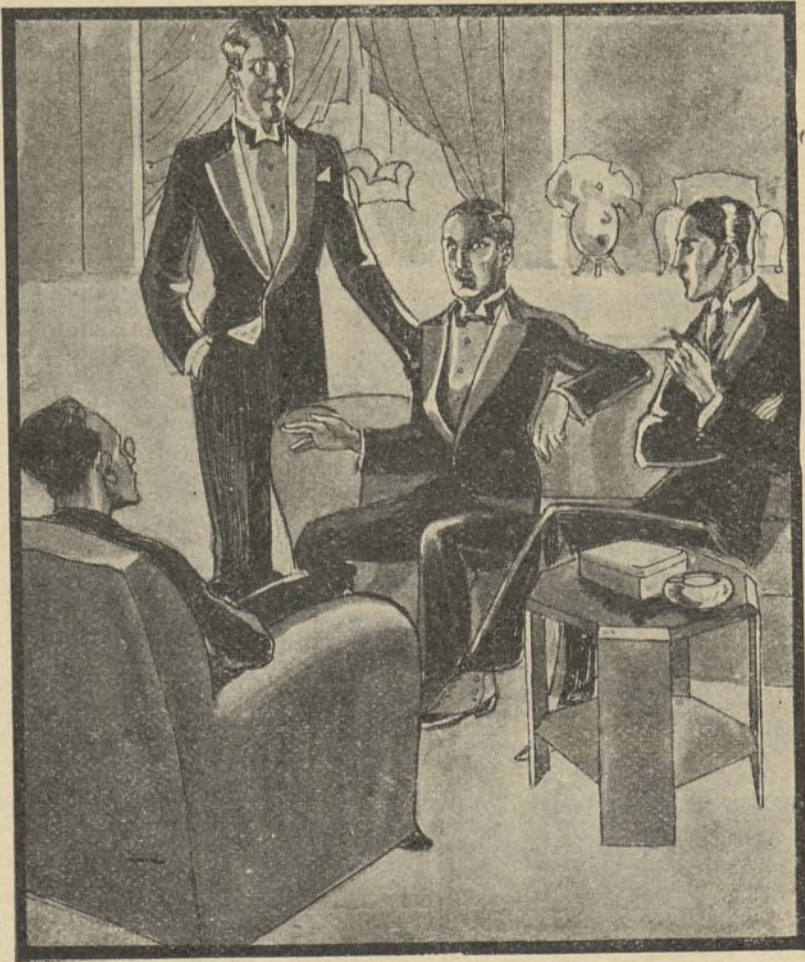
—Fíjese, doctor, en que sus palabras corroboran lo que he dicho. He encontrado un camino desconocido, a través de las montañas; el camino que conduce al valle donde viven los muertos. Ese camino no puede estar lejos de donde me han recogido. Sé que me dirá que estoy trastornado si le afirmo que he visto a los muertos vivos... y, sin embargo, es cierto. Son muertos que no saben que están muertos... Los he visto por miles de miles. ¿Y cómo? Luchando, chocando entre sí, despedazándose, lanzándose a las gargantas como fieras enloquecidas...

Confieso que dudé una vez más de la razón de aquel hombre y que sonreí un poco escéptico.

—Quisiera, doctor, que diera usted más crédito a mis palabras. Estoy muy enfermo y dudo que pase del día de hoy; pero usted que es hombre de ciencia, puede trabajar para descubrir este misterioso y terrible enigma. ¿Quiere usted darme un poco de ese brandy?

Levanté su desfallecida cabeza y puse en sus labios una copa de coñac. Luego, rodeado de los hombres que me acompañaban, escuché este relato.

—Usted me va a creer el hombre más embustero del mundo—empezó diciendo con firmeza—, y, sin embargo, todo cuanto voy a decirles es la verdad



...nos acercábamos al célebre doctor y geólogo...

absoluta. Por otra parte, mi mente nunca ha estado más clara que hoy. Escuche la historia de mi vida. Cuando estalló la gran guerra quise alistarme voluntario, pero me rechazaron por mis condiciones físicas. Al fin conseguí que me admitieran en la Cruz Roja, y allí fui. Una vez me envenenaron con los gases asfixiantes; otra recibí un casco de granada. Al volver a los Estados Unidos era yo una verdadera ruina física. Los médicos me enviaron a las montañas, y me dediqué a vagar solo, en completa libertad, haciendo una vida semisalvaje. Así he vivido hasta ahora. Hace una semana próximamente llegué a Sardonagh Jamison, después de subir siguiendo el curso del río. Allí estuve tres días, y seguidamente manifesté el deseo de lanzarme a través de las montañas. El dueño del hotel hizo cuanto pudo para disuadirme, diciéndome que, según una leyenda india, en el centro de la cordillera existía un valle donde residían los espíritus—"El valle donde viven los muertos", como ellos le llaman—, y agregó que, según la leyenda, nadie que entra allí sale con vida.

No le voy a dar detalles de mi viaje. Partí el día 20 de junio; pronto pude introducirme por un pequeño cañón que se abre entre las rocas. Según avanzaba sentí un frío espantoso, y un rumor sordo, largo y continuo, llegó a mis oídos.

Súbitamente, después de andar a ciegas durante dos horas, me encontré al final de una estrecha senda que, en violentísima cuesta, se inclinaba hacia un precipicio. La senda estaba cubierta de nieve y rodeada de elevados picachos que me cerraban el paso por ambos lados.

Hasta mí, del fondo del abismo, llegaba un ruido de trueno, algo sordo y retumbante que lo llenaba todo.

De repente...—y el hombre calló un segundo cerrando los ojos, como si quisiera ahuyentar una visión espantosa—, de repente el viento trajo a mis oídos un grito, un alarido de agonía. Era el grito de angustia de una mujer aterrorizada e indefensa. Una vez y otra dudé, creyéndome víctima de una alucinación; pero al fin me lancé al borde del precipicio, buscando instintivamente un cañón que me permitiera salvar a aquel ser que pedía.

Corrí por la angosta cornisa empuñando mi rifle, y... perdí el pie... El fusil se escapó de mis manos y bajé... Me parece que descendí millas y millas por aquella capa de nieve tersa, blanca, fría. No podía sujetarme a ningún sitio, porque todo era hielo, liso como una porcelana. Al fin choqué con algo, tan fuertemente, que perdí el sentido...

Al volver en mí, sonaba en mis oídos un "rá-tá-tá-tá", como si fuera el redoble de un tambor. El aire era una masa de humo acre. Me incorporé, apoyándome en los codos... Y vi..., vi el terreno cubierto de cadáveres. Aquello era una página del infierno del

Dante. ¡Qué cadáveres! Transparentes, cristalinos, hasta el extremo de poderse ver a través de ellos como si fuesen de cristal. ¡Horrible! Y además, sangre; muertos de vidrio entre charcos de sangre. Oí cien quejidos, gritos atroces de lucha, de rabia, de dolor.

Frente a mí funcionaba una ametralladora, lanzando sus balas por encima de mi cabeza. La servían tres hombres que se movían con toda naturalidad; pero eran como los otros: muertos, de una transparencia lívida.

Allá lejos, a la derecha, sin que pudiera verlos, tronaban los cañones. Y hacia la izquierda, se alojaba un nido de ametralladoras. ¿Estaba soñando? ¿Era víctima de una horrible pesadilla en la que, lo inconsciente de mi ser hacía vivir escenas de las que fui actor? Pensando en esto temblaba lleno de un terror sobrenatural. Pero no, estaba despierto y vivo. Me di cuenta de la horrible verdad: la leyenda de los indios no era una ficción. Me encontraba en el valle donde viven los muertos. Allí iban los hombres que no podían romper los lazos que los ataban a la tierra, a luchar, a gastar las últimas energías de sus cóleras y de sus odios, condenados a ser actores de la tragedia final de su existencia.

En medio de aquel valle cubierto de nieves se repetían millares de escenas como las que yo tenía cerca de mí, y en todas ellas figuraban muertos como si fueran hombres. Los cañones parecían verdaderos, como aquellos incansables monstruos que yo vi en Flandes, y verdaderas las balas. Y a pesar de eso, las armas y los hombres no eran más que fantasmas. El fundamento de aquellas batallas eran las iras terribles que animaban a los hombres cuando encontraron la muerte.

Cuando habían luchado, cuando un grupo de aquellos seres sobrenaturales había tomado una trinchera, había sido destrozado por una explosión, rechazado a bayonetazos o entre aludes de balas, todo volvía a comenzar. Y así una vez, y otra, y siempre.

Me faltan palabras: aquello no tiene descripción posible: era como una pesadilla, una locura de ruidos y de confusión; una fantasmagoría con dos colores sólo: nieve y sangre. Muerte, muerte. Sobre kilómetros y kilómetros de tierra, muertos de cristal manchados de sangre coagulada. ¡Y qué expresiones en aquellas almas que sin descanso representaban el acto de matar, haciendo prodigios de valor, para ser muertos después y volver a matar!

Los prodigios de valor que presencié—porque sin saber cómo recorrí distintos lugares de aquel infierno de nieve—no eran humanos. La historia no tiene actos de bravura fría, implacable; de gestos magníficos, maravillosos como aquellos. ¡Si hubiesen ustedes visto bajar del cielo los aeroplanos fantasmas, atacar a ras de tierra y subir verticalmente entre gigantescos balones envueltos en llamas que parecían prendidos

en lo alto como incendios que se desarrollasen en las nubes!...

¡Y aquellos tiradores que derribaban un hombre en cada tiro con regularidad terrible y luego volaban, al roncar de una granada, desapareciendo entre una ola de fuego para reaparecer otra vez en el mismo sitio y volar otra vez con la misma explosión espantosa!...

¡Aquello quería decir, con su repetición, que no había descanso para los que habitan en el valle donde los muertos viven...

No había tregua: se expiaban los odios, los sentimientos atroces, las bárbaras crueldades. No había compasión ni bondad. Los grupos de muertos, blancos de nieve y rojos de sangre muriendo y resucitando, se atacaban como bestias feroces, con las balas, con las bayonetas, con las culatas, con piedras, con los dientes...

Yo estaba hipnotizado, sujeto a algo que no podía romper. No dormí, no podía dormir, porque allí no se vivía. No puedo decir tampoco el tiempo que estuve en aquel valle de todos los horrores. Dice usted que cuatro días; pero mire mi pelo: se ha quedado blanco. Cuando dejé Jamison era negro; no tengo más que treinta años... Tampoco sé cómo he llegado hasta aquí. Evidentemente encontré una salida de aquel valle. Mi secreto es suyo; usted es un hombre de ciencia que hará cuanto pueda por encontrar el camino que conduce al lugar de donde vengo...

* * *

—Ahora, amigos míos—continuó el doctor después de una pausa durante la cual intentamos todos los oyentes ahuyentar el terror de nuestros espíritus y de



Los muertos se atacaban como bestias feroces con balas, bayonetas...

nuestros ojos—, sólo puedo decirles que después de muerto mister Blake, que así se llamaba aquel hombre, supe que era cierto que el 20 de junio salió de Jamison. ¿Cómo pudo andar aquel hombre débil una distancia tan enorme e inexpugnable en cinco días? ¿Qué camino siguió?

Yo pasé una semana en compañía de los miembros de la expedición científica, investigando la montaña con la esperanza de hallar el camino que condujera al valle descripto; pero mis trabajos fueron infructuosos. Sólo pude recoger un dato: el rumor de una tempestad, incesante y lejano, de procedencia inexplicable, porque es un absurdo creer que pueda haber una catarata en el centro de la cordillera...

V. SARABIA

LA INDECISION

La indecisión viene de causas diversas: en ciertos casos, de una enfermedad del espíritu y de la voluntad. La dificultad que tienen algunas personas para tomar una resolución o sencillamente para resolver los pequeños problemas de la vida diaria, es una de las manifestaciones más penosas de la cortedad de espíritu.

Ciertas personas son irresolutas por desconfianza innata, por una pusilanimidad que las hace dudar siempre que se trata de tomar una decisión. No sólo recelan engañarse a sí mismas, sino que creen que todo el mundo trata de explotarlas; consultan a la gente, a todos piden consejo para el arreglo de sus asuntos morales; y son víctimas de todas las opiniones contrarias que oyen. Pierden sus creencias, pues si por desgracia oyen o leen algo subversivo, ya no sabrán de qué lado poner su fe; si es en negocios financieros, tanto preguntan, tanto piensan, tanto des-

confían, que, por lo regular, cuando toman una determinación ya es demasiado tarde.

En cuestiones morales, los resultados de la indecisión son aún más fatídicos. ¿Quién es capaz de sentir como el propio corazón? ¿Para qué pedir consejos? En la mayoría de los casos sólo serán perjudiciales; indecisiones terribles que matan la dignidad lentamente, indecisiones que transforman el curso de una vida, indecisiones que desbaratan felicidades.

Una persona indecisa vive en continuo martirio; todo el día agitada por su resolución, todo le parece malo, sufre y hace sufrir a los que la rodean; cada acontecimiento adquiere a sus ojos una importancia exagerada, formando en su imaginación verdaderos y complicados dramas. Para la vida, tanto son nocivas las decisiones tomadas rápidamente, sin el tiempo necesario para reflexionar, como la morosidad, pero ninguna tan perjudicial, tan desmoralizadora, tan antipática y fatal como la indecisión.

(Conclusión.)

Sublime Puerta estaba agregado el bey, le contestaron que no tenía oficina alguna y que era periodista.

La madre replicó, despechada, que no daría jamás a su hija, ¡Dios la guardase de ello!, a semejante individuo sin puesto en las oficinas, ni profesión; mejor la daría a un tornero de Auzoun Charchi que a un hombre como aquel.

Y luego, ¿qué prisa tenía? ¡No por eso su hija sería desgraciada! Maridos no la faltarían... Lo conveniente era dar a su hija a un hombre que conociese el valor de una mujer.

Y Seniha, desde la vecina estancia, oía a su madre razonar de esa manera y pensaba en su edad... Para las "keurodji" y las intermediarias tenía diez y seis años, pero en realidad había cumplido los diez y ocho.

Desde hacía cuatro, todos sus deseos habían florecido, para marchitarse al fin, y de nuevo florecían para marchitarse otra vez en la silla de las "keurodji".

Ya empezaba a cansarse de tanto esperar, de tanto adornarse estérilmente, y a lo lejos veía levantarse el pálido rostro de la desesperación.

* * *

Durante un año no se presentó ninguna otra "keurodji". Seniha estaba de tal manera fatigada de las emociones que aquellas visitas le ocasionaban y de las angustias que no la encontraran bonita y de la lástima fingida de Hadjer, que se sintió satisfecha de semejante tregua.

La risa de sus catorce años, que antes buscaba cualquier ocasión para estallar, había huído ya de sus labios, y sus brillantes ojos, que antes resplandecían de curiosidad por cualquier cosa, estaban ahora llenos de tristeza.

La joven no sabía lo que quería ni trataba siquiera de precisar sus deseos, mas, a pesar de todo, vivía en una dicha relativa, en la que había algo de desesperado fatalismo.

Hacia el fin de su décimonoveno año, Seniha fué nuevamente pedida en matrimonio.

Era el pretendiente un hombre barbudo, de treinta y cinco años que acababa de divorciarse. Seniha estaba dispuesta a aceptarlo, solamente para librarse de aquel

vergonzoso peso y de la condición de muchacha casadera a quien nadie quería.

Pero aquella vez también la madre hizo objeciones.

¡Cómo! ¿Su hija única, que hasta entonces había vivido con sus padres, tendría que entregarse, sin temor de Dios, a un hombre divorciado?...

Cuando Seniha cumplió los veinte años, la madre empezó a sentir alguna inquietud. ¿No se debería aquello a que la tonta de su hija no sabía mostrarse debidamente a las "keurodji"? ¿No sería conveniente adoptase una actitud más distinguida?

Una vez pasada la cólera, la madre comprendía muy bien cuán irrisorias eran las palabras dictadas por su amor propio herido. Su ternura le hizo llamar a numerosas intermediarias, a las que prometió gratificaciones, y hasta llegó al extremo de avisar a las encargadas de los baños.

Estas promesas facilitaron mucho las visitas de las "keurodji". A la sazón acudían mujeres de todas categorías.

Seniha, de noche, lloraba en su estancia a causa de aquellas humillaciones, que soportaba resignada, pues ella había soñado evarse cada vez más.

Todos sus deseos, todas las aspiraciones de su juventud debían parar en obligarla a sentarse ante aquellas mujeres que decían cosas absurdas para que descubriese sus dientes o que formulaban esta pregunta:

—¿Cómo son sus ojos?

Al oír las, la joven sentía deseos de saltarles al cuello.

Su madre había abdicado ya de todo orgullo.

Ella, que no había dado a su hija ni al oficial de las gafas azules ni al altivo periodista, consentiría ya, en caso necesario, en la separación.

Cuando la interrogaban acerca de ello contestaba:

—¡Cúmplase su destino!... ¡Dios la libre de caer en manos de un mal sujeto! Lo demás nos es igual.

Sí; esto había contestado a las "keurodji" delegadas por un perdido, a quien el empleo de algunos días, en una administración del Estado, permitía presentarse com



un personaje. Tal respuesta desgarró el corazón de Seniha.

La pobre muchacha se consumía cada vez más, y los médicos decían:

—¡Cásenla y se curará!

¿Cómo se podría forzar al Destino?

Los padres de Seniha se dirigieron a los santos; hicieron peregrinaciones a los lugares sagrados, prometieron cirios al "Padre generoso"; visitaron al Emir Sultán; tres veces gritaron ante el pozo de Tocmacli Dedé: "¡Oh, Destino, ven!"; rezaron en el Turbé de Véfa; se hizo venir tierra de la tumba de "Sin orejas" a Kasim Pachá...

Y la madre, que antes cerraba la boca al marido que exigía el casamiento de la hija sin tardanza, contestándole que "la cabeza de Seniha no llegaba apenas a la chimenea" y que "no era un trozo de carne podrida colgada de la pared", la madre, repetimos, era la primera en esperar, con supersticiosa impaciencia el resultado de todas aquellas tentativas.

Un día, el Destino, para darles gusto, mandó dos mujeres de clase baja acompañadas de una criada de los baños. Pero querían una muchacha redondita y blanca como el fruto del avellano, y Seniha, por el contrario...

La joven tenía una belleza misteriosa que no impresionaba a todas las miradas. Ella lo sabía y se explicaba que muchas no la encontrasen bonita. Para el encanto de su rostro había de ser un poco poeta.

Y una noche, a solas, antes de volver a los pensamientos dolorosos que habían reemplazado en su mente a la bella sombra del oficial de las gafas azules, se miró al espejo más tiempo del que tenía por costumbre. Examinó cuidadosamente sus ojos negros y soñadores; sus labios, carnosos y rojos como cerezas maduras; su delicada nariz, la graciosa barbilla y el óvalo puro de su rostro. Miróse el cuello, largo, redondeado y blanco; la figura esbelta, graciosa elegante, y luego sus brazos, sus pies y sus manos, fueron objeto de igual examen.

Seniha se encontró bella y decidió quedarse soltera, si era necesario, antes que entregarse a un hombre de baja estofa o a quien mandara "keurodji" de aspecto desagradable.

Tal decisión le dió alguna tranquilidad.

Cuando llamaban las "keurodji", según su aspec-

to se les contestaba si las "Hanoum" estaban o no en casa.

Así pasaron algunos meses, en triste calma, pero sin dolores muy vivos.

Durante las largas noches del invierno, en su habitación, jugaba con el chispeante fuego, empuñando las tenazas con una mano y fumando con la otra finos cigarrillos, o leyendo novelas y obras teatrales.

A veces, al ver el fuego cubierto de ceniza, se decía que aquella era la imagen de su destino. Imaginábase, removiendo la ceniza, el tiempo en que habrían muerto ya sus padres y estaría sola y vieja, entregada a dolorosos recuerdos...

* * *

Seniha soñaba aún en su estancia, con la novela sobre las rodillas.

Acudió la criada, jadeante, con una noticia que hacía ya algún tiempo no había oído:

—¡Las "keurodji"!

Maquinalmente Seniha se levantó, se vistió y fue a sentarse en la silla de costumbre y en la misma estancia que debía de estar cansada ya de verla desde hacía tantos años.

Aquella misma mañana Seniha había encontrado un cabello blanco en su cabeza oscura. Sin mirar siquiera a las "keurodji", se quedó pensativa, mientras a sus oídos llegaba el ruido que hacían las visitantes al tomar el café.

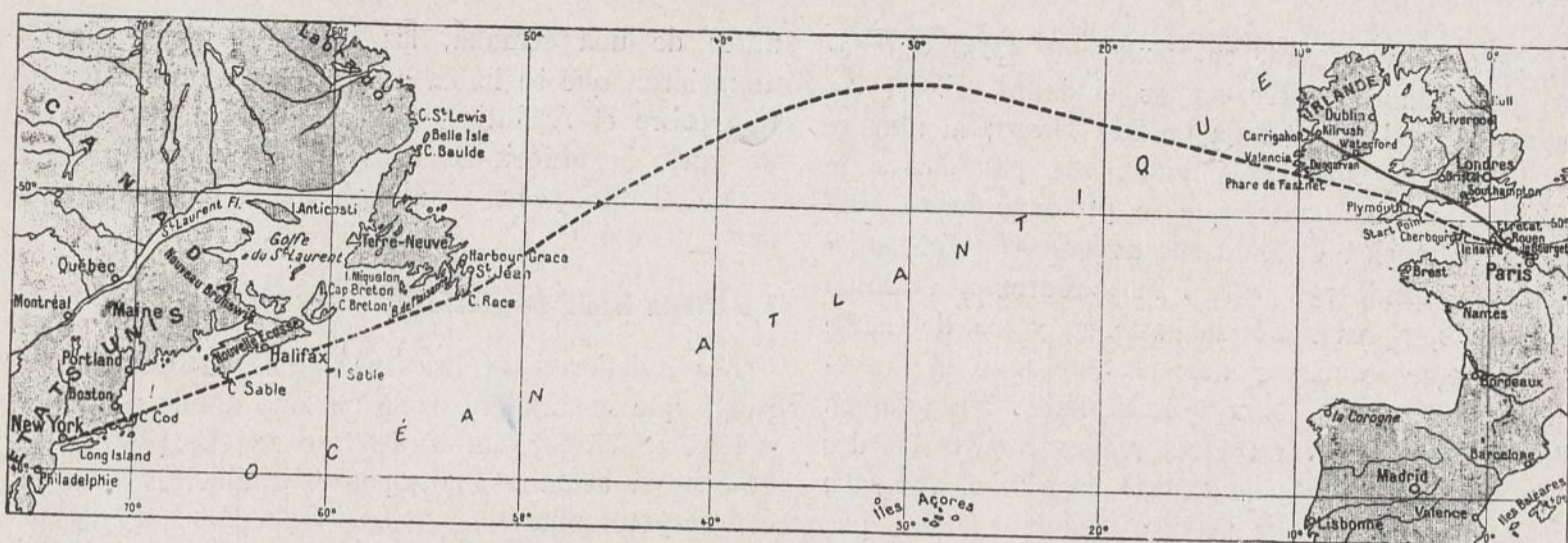
De pronto, sin embargo, el sonido de la voz de una de las visitantes impresionó su cerebro, despertando uno de sus recuerdos. Miró maquinalmente, y con la mayor sorpresa vió a las mismas "keurodji" que años atrás habían casi llegado a aceptarlas como esposa del joven oficial de estado mayor y que la rechazaron únicamente a causa de no haber sido bueno su "istiharé".

Su mirada expresó claramente que las reconocía, y las "keurodji" sonrieron a Seniha, la cual experimentó la sensación de que resucitaban en su corazón todas sus ilusiones.

Y, en efecto, por fin, su destino se había cumplido en mostrársele agradable y compasivo, y la muchacha, que ya se había entregado a la desesperación, resignándose a la vejez y a la pérdida de todas sus ilusiones, sintió en su pecho el himno triunfal de su esperanza pronta a convertirse en realidad.



LAS GRANDES HAZAÑAS DE LA AVIACION



Croquis del vuelo Nueva York-París, llevado a cabo por Lindberg

EL VUELO NUEVA YORK-PARIS DEL AVIADOR LINDBERGH

La hazaña de Lindbergh señala una época en la aviación mundial, y el vuelo Nueva York-París, realizado después de una serie de fracasados vuelos transoceánicos, ha tenido la virtud de reanimar la fe pública en el más genial aparato que la mente humana ha sabido crear. ¿Qué puede encontrarse de extraordinario en este júbilo popular y en el hecho de que se den narraciones detalladas del vuelo formidable? Cualquiera que sean los progresos futuros de la aviación, el vuelo de Lindbergh será recordado con admiración.

¿Quién es Carlos A. Lindbergh?

Nadie es profeta en su tierra, y puede decirse que Lindbergh lo ha sido en la suya todavía menos que otro cualquiera. Vivía en San Luis, muy lejos de Nueva York, y consiguientemente, apenas si nadie le conocía, fuera de los que habían sabido apreciar su pericia en el mando del avión postal que se le había confiado. No era, seguramente, uno de esos pilotos, eternos visitantes de las salas de redacción, que constantemente anuncian la realización de hazañas que jamás se les ve efectuar... Lindbergh era un hombre oscuro, que sólo pretendía que se le dejase hacer sus preparativos tranquilamente, sin curiosos, sin inoportunos. Procedía del mismo San Luis; su padre, diputado, falleció el año último, y su madre explica una cátedra de Química en una escuela superior de Detroit. Hace pocos años, Lindbergh, apasionado por la aviación, consiguió convencer a sus padres para que le permitieran hacer su aprendizaje. Sus instructores llegaron a estimarle rápidamente, y veían en él un piloto de porvenir, por la seguridad de sus movimientos y por el dominio del aparato. Alcanzó el grado de capitán, y se le asignó el mando de la aviación de reserva en el estado de Missouri.

Afecto a los servicios postales, hacía el recorrido

aéreo Cleveland-Chicago-Cheyenne, y después el de Cleveland-San Luis. Le llamaban "the safe mail", el correo seguro. Cuando había mal tiempo, o era preciso cumplimentar una misión difícil, Lindbergh era el primero en estar dispuesto para arrancar. El 16 de septiembre último, para experimentar un nuevo tipo de paracaídas, se lanzó desde el aparato, haciendo un descenso sin incidentes. Otro día, y esta vez no era ensayo, el 4 de noviembre de 1926, el aparato de Lindbergh sufrió un accidente en pleno vuelo; no llevaba paracaídas, y era la catástrofe segura. Salió ileso. Sus camaradas le llamaban "Carlitos, el de la suerte"...

Pero ésta le reservaba otro nombre mejor. Poco después de esos accidentes se supo que este iluso sin historia conocida aspiraba al premio Orteig. ¿Quién era? ¿Qué hazañas podía alegar? ¡Sólo veintiséis años! ¡Y sin beber más que agua!... ¿Que no se había divorciado ninguna vez? ¿Y tampoco había interpretado ninguna película? ¿Qué clase de sujeto podría ser! ¿Y su aparato? ¡Todavía estaba en la fábrica! Nada, nada: un embustero, o un loco...

Se construye el avión

Algunos negociantes e industriales de San Luis, mejor enterados que los de Nueva York de quién era el "fool flyer", habían puesto su confianza en Lindbergh. Constituyeron un Comité que no se preocupó sino de proporcionarle los medios económicos necesarios para el éxito de la empresa. El 20 de febrero último encargaban a la fábrica Ryan un aparato de determinadas características; el 20 de abril el aparato estaba listo para hacer los primeros ensayos. Tiene, como el "Bellanca", un motor de 200 caballos, Wright-Whirlwind, enfriado por corriente de aire. Se bautizó el aparato con el nombre de "Spirit of Saint-Louis".

Para darse cuenta del valor del aparato que había de utilizar, Lindbergh lo sometió a una prueba dura. Fué desde San Diego hasta Nueva York en

ARMAS Y LETRAS

recorrido de velocidad, cubriendo los 4.200 kilómetros de distancia entre ambas ciudades. El 11 de mayo, el "food flyer" salía de San Diego; al atardecer llegaba a San Luis, donde sus partidarios le ofrecieron un banquete, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Cuando sus amigos se retiraban a descansar, Lindbergh volvió al aeródromo, examinó su aparato, aprovisionó de gasolina, y sin detenerse para procurarse mayor descanso continuó la travesía. Al aterrizar en Nueva York había rebajado en cinco horas el mejor recorrido realizado entre las dos ciudades. Acababa de demostrar no sólo el valor de su aparato y el de sus propias cualidades, sino que, además, dió un magnífico ejemplo de resistencia, manteniéndose sin reposo durante cuarenta y ocho horas y totalizando 4.200 kilómetros de recorrido en veinticuatro horas de vuelo. Pero esto no era más que una prueba sencilla...

Una preparación metódica y segura.

A partir de esto, Nueva York se preocupó de Lindbergh como de un competidor, respecto del que había que estar prevenido. No obstante su timidez y su falta de locuacidad, la ilimitada confianza que demostraban sus escasas palabras, sin ostentaciones, sin nada de exageración, continuaba pareciendo extraordinaria, y hacía que se empezara a confiar en él. El futuro héroe trabajaba todo el día en su hangar, pues es tan buen mecánico como fino piloto y extraordinario navegante. No se prevenía de instrumentos complicados e inútiles; escogía lo necesario, pero bien elegido. Se ha dicho que sólo disponía de una brújula de bazar, que tenía que orientarse a mano. No tanto... Tenía aparatos muy seguros. Lindbergh sabía exactamente dónde iba, lo que había de ver y tenía anotados los menores detalles. No es un hombre que cuente con el azar para el éxito de sus empresas. Sabe lo que quiere y lo que hace, y no emprende nada mientras que no se halla seguro de haber puesto todos los medios en juego. Los héroes no se improvisan; se forman por sí mismos. Pero Lindbergh se acompaña de una audacia, de una temeridad tales, que le permiten decidirse inmediatamente después de disponer todas las probabilidades. Podría decirse que es un impulsivo que reflexiona.

Al día siguiente de llegar a Nueva York dijo: "Estoy dispuesto para volar". Era el 13 de mayo. Algunos sonrieron. Aguardó que mejorase el tiempo. Poco

antes de una semana, los boletines meteorológicos anunciaron que se había afirmado el estado atmosférico sobre el Atlántico, y Lindbergh se decidió. En un vuelo de tanteo, Byrd dijo que había encontrado niebla. Tanto peor. Lindbergh había dicho que saldría, y salió.

La salida hacia la gloria

Los aviadores de Roosevelt Field aconsejaron al piloto que se dirigiera hacia un lado donde no habría peligro de chocar con las casas o con los postes telegráficos si tardaba en despegar. Lindbergh les escuchó respetuosamente, y mandó colocar su aparato en la dirección que se le había indicado como peligrosa. ¿Por espíritu de contradicción? No; conocía las posibilidades de su avión, y sabía que a pesar de la carga de los 1.950 litros de esencia que llevaba, despegaría antes de llegar al sitio peligroso.

A las 7,52 (hora americana), no obstante los augurios y la niebla, Lindbergh dió la señal de salida. Al subir a su aparato pronunció estas palabras: "Entro en la celda del condenado a muerte; si llego a París, es que me han indultado". Y comiéndose un "sandwich", único alimento ingerido antes del interminable vuelo, y sin haber dormido más que dos horas, después de pasar la noche en un

cine, antes de empezar a preparar su avión, dijo a su mecánico, que le contemplaba lloroso: "¡No sé por qué lloras, muchacho!". Finalmente, cerró la puerta y dijo: "¡Hasta la vista, y gracias a todos!".

El "Spirit of Saint-Louis" rodó unos 600 metros de manera impecable. Aunque no veía por delante sino utilizando un periscopio, Lindbergh seguía su dirección sin el menor tropiezo. A poco, el aparato despegó, volvió al suelo y, de un arranque irresistible, emprendió el vuelo. Rozó los hilos telegráficos, subió a 30 metros y se dirigió hacia el Norte.

Lo que fué el viaje

La salida oficial se hizo a las 7,52 (hora americana), que corresponde con las 12,52 del meridiano de París. A continuación publicamos el horario del viaje, según la hora europea:

	Horas
Viernes, 20 de mayo:	
Nueva York.....	12,52
East Greenwich (isla de Rhode).....	14,5



Midelboro (Massachusetts).....	14,15
Halifax (ídem).....	14,40
Situate (ídem).....	14,55
Meteghan (Nueva Escocia).....	17,25
Springfield (ídem).....	18,25
Milford (ídem).....	18,50
Mulgrave (ídem).....	20
Marin-à-Dieu (isla de Cabo Bretón).....	20,5
Cabo Race (Terranova).....	23,55

kilómetros por hora. El *record* mundial de distancia, detentado por Costes y Rignot, con 5.396 kilómetros, sobre Breguet 19-Hispano, quedaba batido por el pronto.

El aparato

El avión sobre el que Lindbergh realizó su proeza es un derivado del monoplano comercial Ryan, de alas semiespesas, sujetándose el "fuselaje" con su base por



Brillante aspecto de la bahía de Nueva York en el recibimiento hecho a Lindbergh a su llegada a los Estados Unidos

Sábado, 21 de mayo:

San Juan de Terranova.....	0,50
Valence (Irlanda).....	14,50
Smerwick-Harbour (ídem).....	17,20
Goleen (ídem).....	17,50
Saint-Germans (Cornouailles).....	19,20
Crawle Point (Devonshire).....	19,45
Cherburgo	20,25
Ousstreham	20,45
París	22,22

Los 6.000 kilómetros del recorrido se habían hecho en treinta y tres horas y media exactamente, a una media horaria de 179 kilómetros. Los primeros 1.400 kilómetros, desde Nueva York a Cabo Bretón, en que se separó del territorio americano, los hizo Lindbergh en ocho horas ocho minutos, o sea a más de 175

dos pares de tiras reforzadas. El tren de aterrizaje sin eje, comprende dos amortiguadores perfilados. El "fuselaje" es de construcción mixta y de sección rectangular, muy ligero; va recubierto de aluminio por su parte anterior, y de tela por la parte central y por la posterior. El motor se soporta en falso hacia adelante.

Las alas son de madera y tela, con una envergadura de 14 metros y medio, próximamente. Las aletas, sin compensar, van embutidas en las alas. Los mandos de dirección y de profundidad son, relativamente, pequeños.

Este aparato, utilizado en las líneas postales de Norteamérica, ha sido preparado especialmente para este vuelo. El puesto de mando se ha colocado por detrás de un depósito de esencia, que impide al piloto ver hacia adelante. La visibilidad lateral queda ase-

gurada mediante unos ventanos recubiertos de mica; un periscopio móvil que asoma cuando es preciso por el ventano de la izquierda permite la observación por delante del aparato.

¿Quién ha realizado la más meritoria proeza?

El vuelo de Chamberlin, realizado inmediatamente después del de Lindbergh, no ha eclipsado, en nuestra opinión, la magnífica proeza de éste. Exigencias de espacio nos vedan consagrar al salto espléndido de Chamberlin la información que merece. Pero para que los que discuten respecto al valor de ambos vuelos puedan hacerlo con conocimiento de causa, reproducimos los datos que siguen, y que permiten establecer la comparación justa entre lo hecho por los dos héroes americanos, por Lindbergh en el "Espíritu de San Luis" y por Chamberlin a bordo del "Miss Columbia":

Comparación entre ambos aparatos:

Chamberlin.—Monoplano, Bellanca; envergadura, 14 metros; motor, Wright 400 cv.; peso total, 2.460 kilos; esencia, 2.250 litros; velocidad por hora, 180 kilómetros.

Lindbergh.—Monoplano, Ryan; envergadura, 14,05 metros; motor, Wright 220 cv.; peso total, 2.350 kilos; esencia, 2.230 litros; velocidad por hora, 200 kilómetros.

Comparación entre las distancias y los tiempos principales de recorrido:

Chamberlin.—Distancia, 6.100 kilómetros; tiempo, 42 horas; Plymouth, 34 1/2 horas.

Lindbergh.—Distancia, 5.600 kilómetros; tiempo, 34 horas; Plymouth, 31 1/2 horas.

Resulta, por lo tanto, de esta comparación que la hazaña de Lindbergh es notable, sobre todo desde el punto de vista de la velocidad, mientras que la de su compatriota se distingue por la duración y resistencia tanto del piloto como del aparato.

EL «MISS COLUMBIA» VA, SIN ESCALA, DE NEW-YORK A KLINGE

:-: :-: :-: (ALEMANIA) :-: :-: :-:

Antes de que se cumplieran los quince días de la hazaña de Lindbergh, otro aviador norteamericano, Chamberlin, llevando como pasajero a M. Levine, salió del aeródromo de New-York, proyectando llegar en un vuelo a Berlín.

Prescindiendo de comentarios, entre otras razones por ser aplicables casi todas las de la expedición anterior, resulta, sin embargo, muy remarcable la circunstancia de haber quitado mucha importancia al hecho la prensa francesa, sin otra razón que la de haber aterrizado en Alemania el segundo transatlántico.

Al decir de aquélla, Lindbergh se detuvo en París porque su objeto principal era ganar un premio de 25.000 dólares, ofrecido por M. Orteig para el primer aviador que sin escala fuera de Nueva York a París.

Por lo demás, al descender en el aeródromo de La Bourget, llevaba esencia suficiente para llegar bastante más allá de donde llegó Chamberlin.

Dejando a un lado apasionamientos que no tenemos por qué sentir, es justo consignar que el último aviador nombrado batió el "record" de distancia, para un solo vuelo, a pesar de llevar un pasajero cuyo peso significa esencia para dos horas y media de vuelo.

El mecanismo de éste fué como sigue: el 4 de junio, a las once y cinco horas despegó el "Miss-Columbia" del aeródromo de Roosevelt-Field (Nueva York), señalándose su paso por Halifax (Nueva Escocia) a las diecinueve y cuarenta, y por el extremo occidental de Tierra Nueva, a las veintitrés cincuenta.

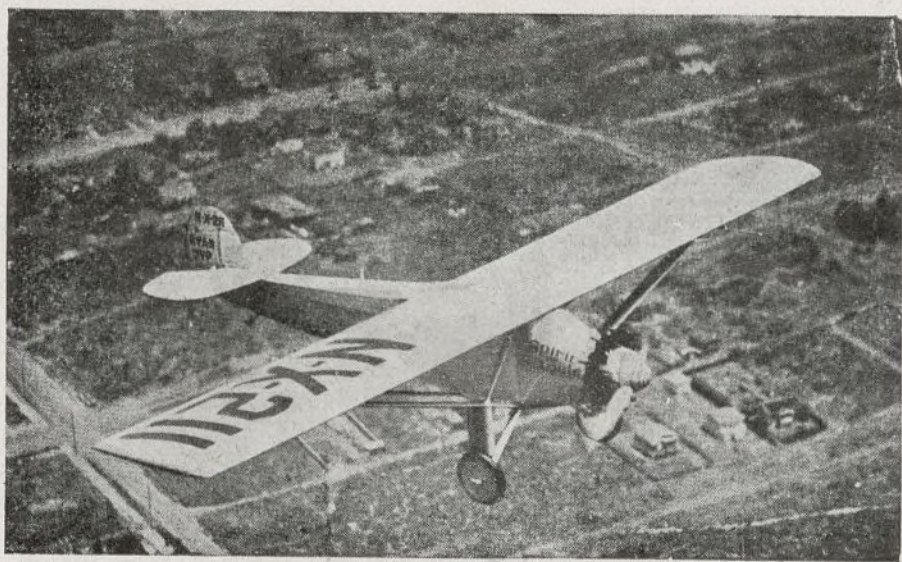
A partir de este momento, mientras duró el "salto", no se tuvo noticia alguna del avión; al siguiente día, 5, a la caída de la tarde, la estación de radio del transatlántico "Mauritania" lanzó la noticia de haber visto al "Columbia" cruzar al S. O. de Irlanda, a muy buena marcha y en dirección Este.

A las 21,30 del mismo día, fué visto desde Plymonth (Inglaterra), calculándose, por los tiempos y distancias, que hasta dicho punto llevó una media de 155 kilómetros por hora.

A las cinco de la mañana del día 6, aterrizó el au-



El aviador Chamberlin y su pasajero Levine



El "Miss Columbia" en pleno vuelo

daz aviador en Bischoferode, pudiendo observar una importante desviación con referencia a Berlín, nada rara, por la bruma y las nubes bajas que poblaban el espacio.

Después de proveerse de esencia, remontóse de nuevo el "Columbia", y desorientado otra vez, repasó la capital alemana, aterrizando en un terreno pantanoso, cerca de Kottbus, en el que sufrió algunos desperfectos la hélice.

En dicho punto terminó el vuelo, que tuvo unas cuarenta y tres horas de duración, para una distancia aproximada de 6.500 kilómetros, resultando, sensiblemente la media antes apuntada de 155 kilómetros por hora.

El aparato empleado por Chamberlin, al igual que el de Lindbergh, si acaso, en mayor escala, no fué construido para el raíd; se trata de un aparato de la aviación comercial que llevaba un año de servicio.

Equipado con un motor de 200 cv., refrescado por el aire, sus condiciones le permitían un recorrido ordinario de 1.000 kilómetros en seis horas (167 por hora) llevando seis pasajeros.

La única preparación consistió en poner en la cabina de pasajeros un gran depósito de esencia

Entre los técnicos franceses, han producido gran sensación los vuelos descritos, lamentándose de que las exigencias militares priven a la aviación francesa de realizar hazañas como las reseñadas que, según

dicen, son de gran importancia para el alto comercio mundial.

El tercer vuelo transatlántico.

Conste que dicho número de orden es, contando sólo los que hasta la fecha tenemos por realizados sin escala, pues en lo que a cruzar el Atlántico se refiere, el primero fué español y a los demás hay que correrles un puesto.

El comandante norteamericano Byrd, acompañado de otro piloto, un telegrafista radio y un mecánico, a bordo del monoplano "Miss-America" con tres motores, capacidad de vuelo de cincuenta y cinco horas y un peso de 14.500 libras, emprendió el 29 de junio último el tercer vuelo Nueva York-Europa, sin escala.

El día antes, a cuantos le acompañaban en el aeródromo, mientras realizaba los últimos preparativos, anunció su propósito de ir y volver en avión para hacer el más rápido viaje de ida y vuelta a Europa

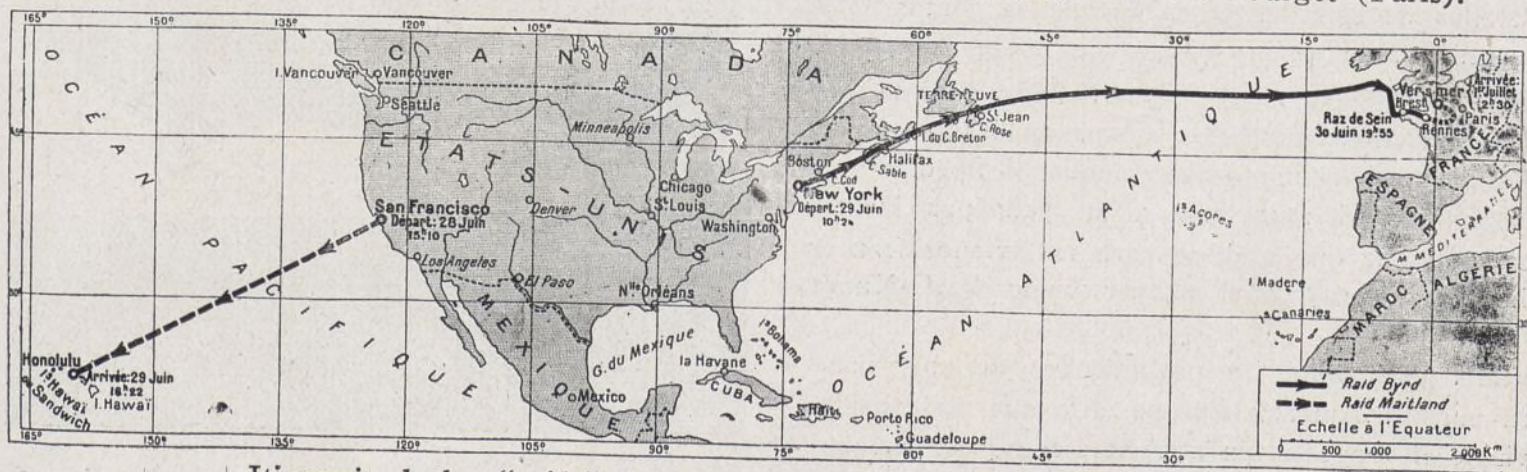
El viaje comenzó saliendo del aeródromo de Roosevelt-Field (Nueva York) el día 29 a las cinco y veinticinco horas, no habiéndolo hecho antes, como se proyectara, por ser poco favorables las noticias que sobre la bondad estable del tiempo transmitían los observatorios.

Sucesivamente, fué señalado su paso por Yarmouth (Nueva Escocia), a las nueve y veinte; Halifax y Sherbrooke, a las seis y cuarenta.

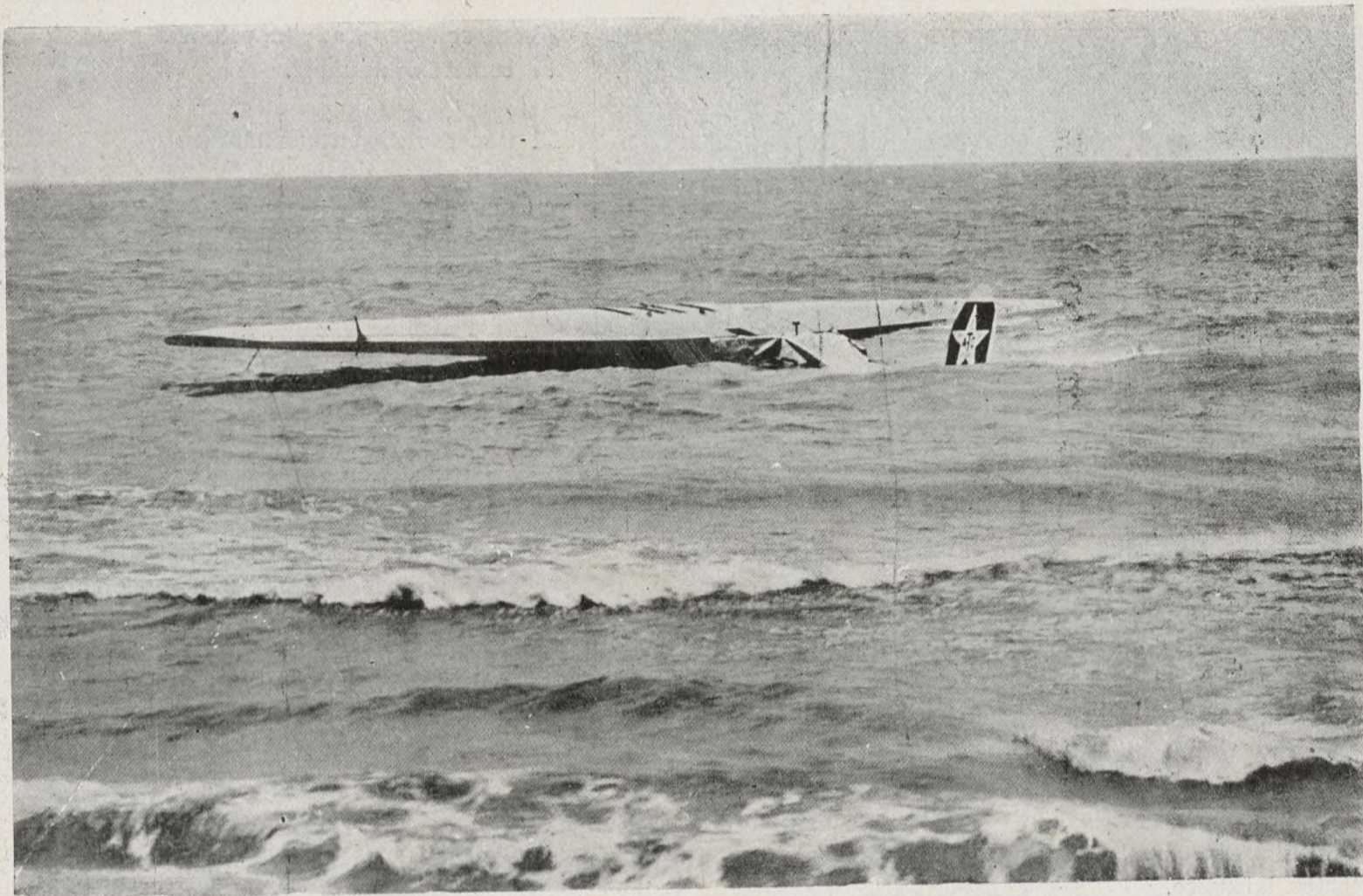
Lanzado sobre el Océano, se recibieron noticias a las ocho y quince del día 30, de que se encontraba a los 40° 23' de latitud N., y a los 19° 48' de longitud Oeste.

A las once y treinta de la misma mañana, fué señalado a 300 millas al Oeste del Cabo Valentía, punto obligado de referencia en estos viajes y que, como seguramente recuerda el lector, se encuentra al Sur de Irlanda.

A las ocho y media de la tarde pasó sobre Brest y a las nueve y veinte minutos sobre Saint-Brieux, llegando a la una de la madrugada del 1.º de julio a la altura del aeródromo de La Bourget (París).



Itinerario de los "raids" San Francisco-Honolulu y Nueva York-París



El avión "América" en la playa francesa Yer-sur-Mer, después de su aterrizaje

Sin embargo, ni las luces, ni la comunicación por la telegrafía sin hilos, pudiendo decidir a los aviadores a dejarse caer a través de las nubes, que les impedían ver, como desde el aeródromo les indicaron repentinamente.

Según dijo un periódico, una discrepancia que degeneró en discusión violenta, entre los tripulantes del América, hizo que cayesen aquéllos por parejas, destrozándose el aparato, a las dos horas treinta minutos de la madrugada del dicho día 1.º de julio, en la playa de Yer-sur-Mer (Francia).

El vuelo duró cuarenta y dos horas, y como la distancia cubierta es la de Lindbergh, más el trayecto de París a la costa, viene a resultar una media de 141 ó 142 kilómetros por hora.

Detalles de este vuelo, en el que se demostró la gran utilidad de llevar aparato de telegrafía sin hilos, que merezcan comentarse, hay dos que tienen algo de pícaros, fundados ambos en frases que la prensa francesa atribuyó al comandante Byrd.

Preguntado si regresaría a su país por la vía aérea, dijo que quería dejar para un aviador francés el honor de realizar el primer vuelo París-Nueva York.

Interrogado sobre las posibilidades de una línea aérea normal, América-Europa, dijo que no consideraba viable el proyecto sin aterrizar, como escala, aunque sea corta, en San Juan de Tierra Nueva. ¿Expli-

cará esto por qué los tres que hasta ahora vinieron, dejaron la línea recta, prefiriendo la quebrada, New-York-San Juan-Valentía-París?

Más vuelos y más proyectos

Los tenientes Maitland y Hegemberger, de la aviación norteamericana, realizaron el viaje San Francisco de California-Honolulu (Islas Hawai), cuyo recorrido se calcula en 4.000 kilómetros tardando veinticinco horas, lo que supone una media de 160 kilómetros por hora.



El "América" en el momento de emprender el vuelo

Indudablemente, se trata de un entrenamiento para ver de atravesar el Océano Pacífico en tres etapas, hacia la línea San Francisco-Yokoama, pues cuanto más se descienda, aumenta considerablemente el ancho de la enorme llanura marina que algunos autores denominan Gran Océano.

Es de anotar, como detalle curioso, que varios diarios extranjeros y nacionales, al mentado viaje le pusieran por título "Travesía del Pacífico".

De proyectos, los más notables, entre los que se dieron a la publicidad, son de origen yanqui.

Uno de ellos ha sido concebido por el teniente retirado Pond, que se propone ir de Nueva York a Manila o Tokio, sin más que una escala intermedia.

El otro proyecto tiene también como objeto el Pacífico, cual si se quisiera demostrar en los Estados Unidos que el Atlántico, ya en calidad de obstáculo a pasar, es un pretérito.

Propónese un constructor de aquel país hacer un avión, que pueda estar en vuelo setenta y dos horas, pudiendo, por tanto, recorrerse en él la distancia San Francisco-Yokoama, de un solo vuelo, a 180 kilómetros por hora, o cosa así, que no es ningún extraordinario, sobre todo, si el viento ayuda, como parece ocurrir de allá para acá.



El Comandante Byrd y sus tres compañeros después de su dramático aterrizaje en las costas francesas

LEONES Y RATONES

Deseando comprobar el famoso domador Philadelphia si es verdad lo de la supuesta amistad entre el león y el ratón, hizo una vez el siguiente experimento: en la jaula de un magnífico ejemplar leonino de la Nubia introdujo a uno de esos simpáticos roedores, que tanto asustan a las mujeres.

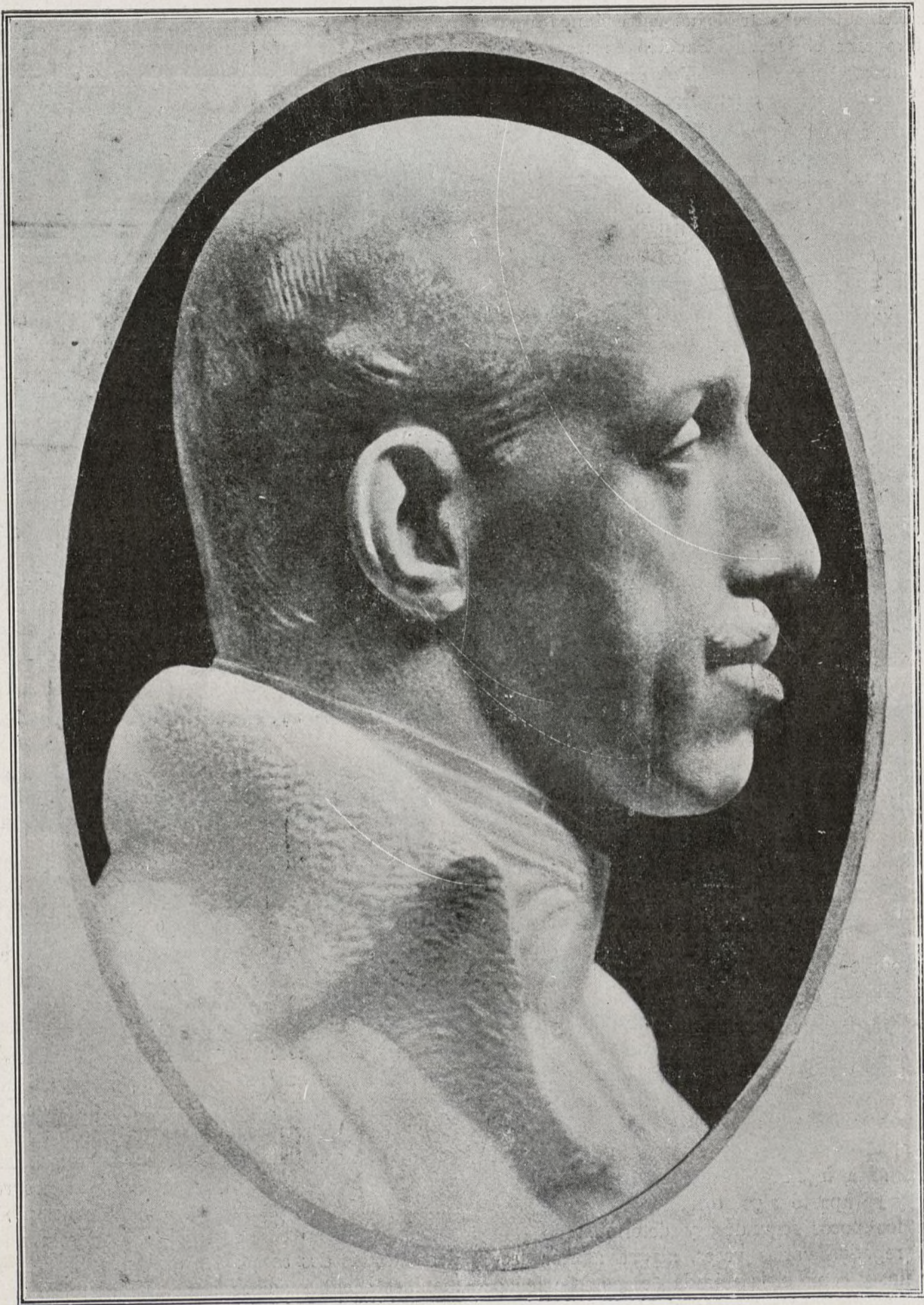
El león vió al ratoncillo desde antes de que éste hubiese acabado de pasar los barrotes de la jaula, mientras el roedor, atemorizado con la presencia del rey del desierto, avanzaba desconfiado, lanzando de vez en cuando agudos chillidos. Sin embargo, el ratón se acercó al terrible huésped, quien al advertir cerca de sí al visitante, irguió su poderosa cabeza. Asustóse el roedor, y se apartó algo, tornando a aproximarse al león a los pocos segundos, y determinando esta maniobra, repetida varias veces, alguna alarma leonina. Por fin, y como si la mirada del potente felino hubiese magnetizado al ratoncillo, detúvose éste al alcance de la garra formidable, temblando y chillando.

El león continuó examinando con visible interés al visitante, hasta que de improviso levantó la manaza

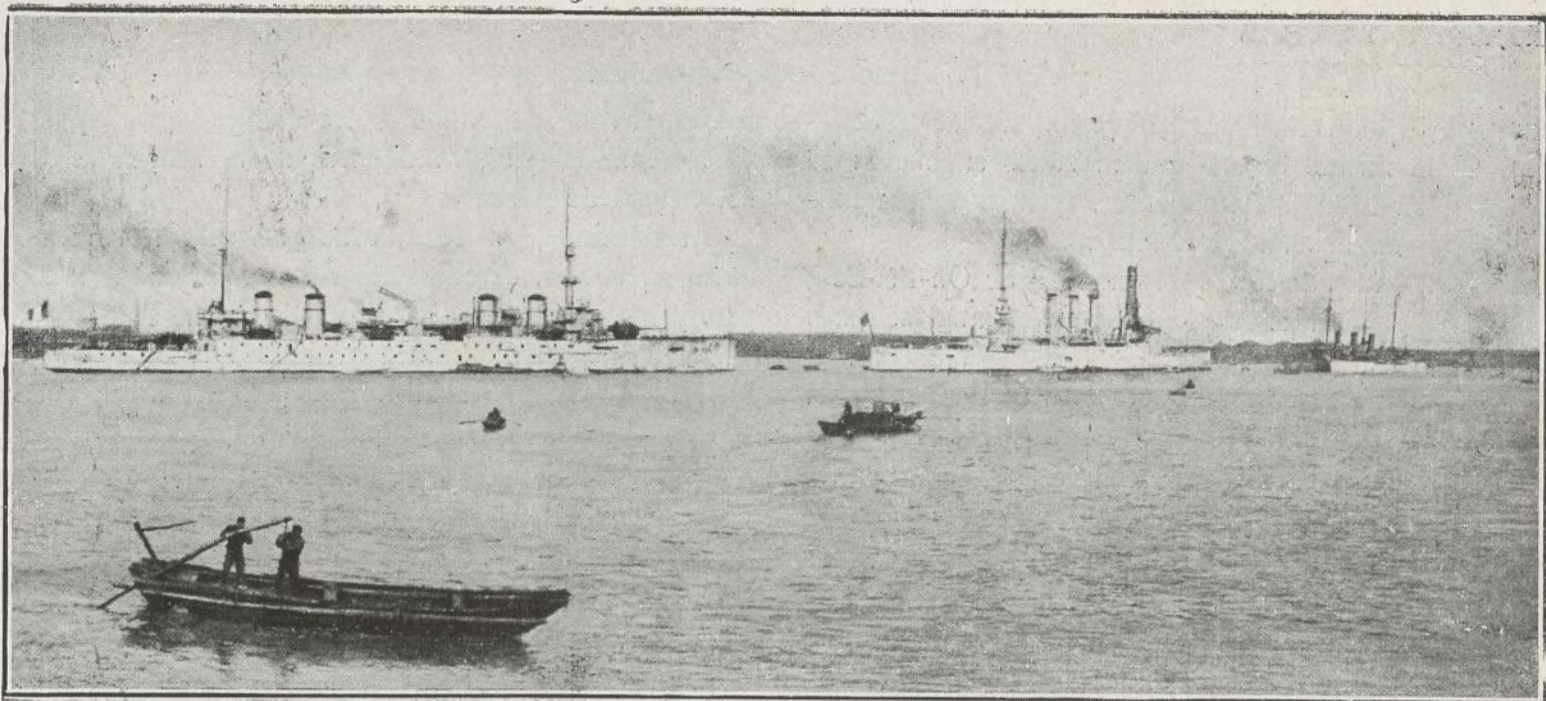
y la puso de plano sobre el ratonzuelo; mas lo hizo con tanta suavidad, que no produjo al mísero capturado ni el más leve daño. Acto seguido empezó a jugar con su prisionero, dejándole escapar unos cuantos pasos y volviendo a echarle encima la zarpa antes de que se distanciase.

Viendo el ratón que le era necesario variar de táctica si quería libertarse del peligro de morir aplastado, a la primera vez que quedó libre, dió un salto vertical y se plantó sobre la cabeza del león. Atemorizándose éste, retrocedió hasta un rincón de la jaula, empujando con toda su fuerza los barrotes. Entonces abrió las fauces y prorrumpió en horribles rugidos, mientras el ratoncillo, aprovechándose del pánico de su amigo, escapaba de la jaula. Con esto quedaron demostradas dos cosas: 1.º, que, si no hay enemistad manifiesta entre ambos animales, tampoco existe la supuesta amistad; y 2.º, que el valiente león se asusta del minúsculo e inofensivo ratoncillo, circunstancia esta última que pueden invocar las mujeres para justificar su miedo al simpático roedor.





La popularidad y simpatía de nuestro Monarca, se ha puesto de manifiesto en su reciente viaje a Londres. La figura de don Alfonso ha alcanzado un relieve mundial, que se afianza de día en día. La iniciativa de la "Ciudad Universitaria" en cuya empresa ha puesto todo su entusiasmo, honra a España y es galardón de un reinado



Una vista del puerto de Shanghai, en donde aparecen varios acorazados extranjeros

LOS SOVIETS EN EL CAOS CHINO

Resulta de actualidad decir, con el personaje de una ópera antigua, que la China es un país encantador; se dice pronto, soportar una guerra más de cuatro años, que como civil, maltrata más que las otras.

No le es fácil a un europeo, ni puede que a un chino, penetrar en las interioridades de una guerra, acaso de las más complicadas que afligieran a la humanidad.

Contribuye, no poco, a tal desconocimiento, lo difícil que es para la memoria, retener los nombres complicados de los principales protagonistas, además, muy parecidos todos ellos, ocurriendo lo propio, con los nombres de lugares en que las hostilidades se desarrollan.

No es tampoco pequeña la dificultad que supone, la rapidez kaleidoscópica, con que se modifica la situación, haciendo pensar con frecuencia, si se tratará de un juego en que los contendientes, de modo alternativo, jugarán al gana-pierde.

Tal población, hoy en una situación desesperada, al siguiente día, nada tiene que temer de la guerra.

Dos generales, ayer enemigos, son hoy aliados; tal personaje, segundo de un caudillo, le traiciona sin fundamento aparente y se va con el contrario.

Es evidente, que la mentalidad China, no resulta comprensible: sólo prescindiendo de los acontecimientos y estudiando los hechos, que significan un rasgo, un carácter, resulta probable, no segura, una buena orientación.

Ante todo, hay que percatarse de que, a pesar de encantarnos en el segundo cuarto del siglo XX, la China está todavía, en plena Edad Media.

El espectáculo que al mundo ofrece, no se diferencia mucho del que Europa tenía, en los siglos XIV y XV, cuando el Renacimiento comenzó a librar positivas batallas contra el feudalismo.

Cual entonces ocurriera en la mayor parte de los Estados europeos, China, hoy carece de una autoridad central, capaz para imponer el orden y la paz.

En tales condiciones, el que dispone de alguna fuerza, a poco osado que sea, se hace dueño de una región o de un país entero.

El poder, solo puede estar en manos militares que, frecuentemente aprovechan las apariencias del deseo de gobernar bien, para, dejando de ser subordinados, hacerse dueños de la situación.

Todos, o casi todos los jefes de uno y otro bando, proceden de la clase de aventureros: su tipo perfecto es Tchang Tso Lin, rey, sin corona ni constitución, de la Manchuria.

Oriundo de familia campesina, fué primero jefe de bandidos y estableciendo en su banda una disciplina que las tropas imperiales desconocían, llegó pronto, a contar con un verdadero ejército.

El gobierno, que no disponía de numerosas ni buenas fuerzas, utilizó las suyas, nombrándole general, primero y enseguida Mariscal o sea General en Jefe.

Hombre de valor, enérgico y muy inteligente, llegó pronto a ser un verdadero prestigio y en el curso de los años que siguieron a la guerra, estableció su autoridad, muy sólidamente, en Manchuria.

Como él, hicieron otros jefes militares; Ou Pei Fou, se hizo dueño de la China central, instalándose, también muy sólidamente, en las regiones comprendidas entre los ríos Hoang-Ho y Yang-Tse Kiang.

Hará como unos tres años, ambos caudillos pensaron dominar en toda la China, y en 1924 y 1925 se batieron por alcanzar la soberanía en el valle del río Amarillo y obtener la supremacía en la capital, donde radica el Presidente de la república, con muchísimo menos poder que cualquier reyezuelo de las Indias antiguas.

Sin embargo, se batieron sin encarnizamiento, sin

nada que se le pareciese; más bien parecían concur-
santes a un mismo objeto que mortales enemigos: se
vió claro, en todos los momentos, que no tenían nin-
gún interés en hacerse gran daño.

El año 24, uno de los lugartenientes de On-Pei-Sou,
el llamado general cristiano, Feng-Yu-Hsiang, se pasó
al otro bando.

No es fácil concebir una personalidad tal original
como la del nombrado caudillo, recién convertido al
cristianismo por los misioneros americanos.

Metodista convencido, hacia bautizar a sus solda-
dos, sin duda para terminar antes la tarea, haciéndoles
pasar por delante de una manga de riego, obligando
a los oficiales a entonar cánticos religiosos que él mis-
mo les enseñaba.

Después de su defección, que pareció haber realiza-
do en provecho de Tchang-Tso-Liu, llegó a constituir
en Pekin, de cuya ciudad era dueño, y sus alrededores,
un tercer principado, en el que gobernó más de dos
años, teniendo poco menos que secuestrado al Presi-
dente de la república, Tsao-Kun.

El general cristiano, dispuesto, según él mismo dijo,
a ser un Washington chino y librar a su país de la tu-
tela extranjera, no tuvo inconveniente en iniciar nego-
ciaciones con el gobierno de los Soviets.

Una fuerte ofensiva de Tchang-Tso-Liu obligó al
tercer caudillo a salir de Pekin, refugiándose, primero
en Mongolia y más tarde en Rusia.

Después volvió a su país, moviéndose y levantando
gentes en otras regiones; con gran sorpresa, supo que
los antiguos rivales, Tchang-Tso-Liu y Ou Pei Fou, se
habían reconciliado y unido sus fuerzas.

La sorpresa, como muy acertadamente dice un cro-
nista francés, no tenía razón de ser; los antiguos enemi-
gos se unieron ante un peligro común: la fuerte ame-
naza de las tropas cantonesas de conquistar la China
del Norte.

Este nuevo aspecto de la cuestión existe desde tiem-
po inmemorial; siempre en el imperio Chino fué un
rescodo, nunca apagado, la rivalidad entre el Norte
y el Sur.

Por su clima, por la estructura del terreno, por los
recursos de vida que ofrece, por la diferencia, las re-
giones rivales son completamente distintas; es una se-
paración geográfica que tomó en la Historia múltiples
formas.

Para que el Sur aceptara el yugo del Norte, fueron
precisas muchas y muy sangrientas guerras; sólo la
aparición, a través de toda la Edad Media, acepta-

ron en el Sur el dominio de los mongoles y después el
de los manchones, fundadores de la última dinastía
del Celeste Imperio.

Ultimamente, en 1911, estalló la chispa revolucio-
naria en el Sur, extendiendo sus llamaradas a todo el
país y hundiéndose para siempre el trono Manchón.

El jefe de tal movimiento fue el Dr. Sun-Yat-Sen,
que, voluntariamente desterrado algunos años, volvió,
y tras de una activa propaganda, quiso hacer de la
China una república, cuyo Código fundamental fuese el
Evangelio.

El Norte rechazó tales ideas, eligiendo un Dictador;
a través de diversos acontecimientos, fue acentuando
la separación, y la intervención del bolcheviquismo hizo
que de hecho quedaran completamente independientes
la China del Norte y la del Sur.

No conformándose con lo obtenido, el Sur quiso im-
poner al Norte una supremacía que allí se considera
indispensable para lo que llaman "Liberación de
China".

Tomando como elementos las rivalidades de las po-
tencias extranjeras y lo opuesto de sus intereses, que
les impide hacer una política mancomunada, se echaron
al campo los Surdistas, haciendo el caso raro
en el país de que sus fuerzas, a pesar de ser rebeldes,
estén bien organizadas y casi disciplinadas.

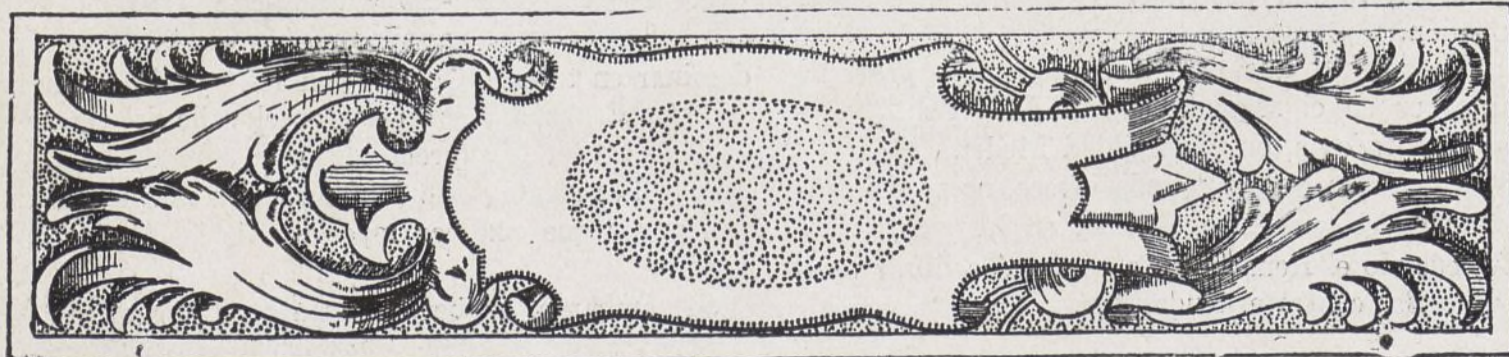
Sólo así se explican sus éxitos en lo que va de año;
sería temerario cuanto se dijera sobre qué bando
será el vencedor.

Lo único que puede afirmarse es que la guerra des-
troza materialmente a su país que podía ser muy
próspero y entre otras razones, porque, según tra-
dición, el ejército vive sobre el país y lo devasta.

Lo mismo ante uno que ante otro de los bandos,
huyen los pobladores de las ciudades y pueblos, for-
mando en los caminos tristes cortejos de hambre y
miseria.

Varias regiones, antes pobladas y alegres, se con-
viertieron en trágicos desiertos; la mayor parte del
país se arruinó para muchos años; es muy posible
que la generación actual no consiga ver renacer la
prosperidad; son muchos años los que para ello han
de pasar sin que pueda predecirse cuando empezará
esa época que los humanos deben desear.

¿Comprenderán los bandos rivales que los Soviets
que parecen ayudar al país no son sino un extranjero
más? ¿quién sabe si en tal comprensión estará la so-
lución.!



CURIOSIDADES
DE LA AVIACION

UNA PANNE INTELIGENTE

En una conocida revista francesa, el periodista que en asuntos de alto deporte hizo prestigioso el pseudónimo Titayna, refiere una aventura aviatoria, muy curiosa y de gran enseñanza, que vamos a trasladar al lector.

A 1.600 metros de altura—dice el aludido escritor—el motor rehusa seguir funcionando. El piloto, el teniente Thoret, conocedor de las experiencias de vuelo a vela, técnico audaz, que el pasado invierno abasteció al observatorio del Monte Blanco bloqueado por la nieve, intenta aterrizar; numerosos obstáculos se oponen a ello: las características del país, el bosque, las líneas eléctricas.

Con sangre fría, sólo comparable a la ciencia del aire que posee, busca el aviador el accidente atenuado, la panne graduada que, a cambio de una insignificante pérdida material, salve la vida de dos seres humanos, conservando intactos la hélice y el motor.

A consecuencia de una pasada del motor, un avión tuvo que aterrizar en pleno campo, en los alrededores de Tolosa; los tripulantes resultaron ilesos."

Cuántas veces un suelto análogo hizo que un lector dejase la lectura de un diario acostumbrado, murmurando: "¡Estos periódicos! no tienen nada que leer".

Cuando más natural hubiese sido, que pensando

un poco en el asunto, dijese su exclamación: "decididamente, la aviación, dejó de ser peligrosa. Si no ha llegado a ser inevitable la panne, por lo menos, se la regula, se adapta; el viaje es interrumpido, no puede negarse, pero los pasajeros nada sufren.

Nunca será demasiado el esfuerzo para hacer comprender al público que, en los momentos actuales, la aviación ofrece una seguridad casi absoluta.

Casi todos los accidentes tienen lugar en ensayos de aparatos nuevos o durante el entrenamiento de pilotos; fuera de estos casos, con aviones contratados y pilotos prácticos, el porcentaje de accidentes alcanza una cifra muy pequeña.

En lo que a mí concierne, tengo en mi activo seiscientas horas de vuelo y ni una sola contusión. Es cierto que una vez caí sobre el mar Negro, en la costa de la Tracia oriental, porque el piloto temía el incendio del motor.

Tampoco puedo negar que en otra ocasión, caí sobre las calles de Budapest y días antes, en los Alpes, sobre un campamento de Tziganes y más tarde, piloteando yo el aparato, destrocé un hangar en Villacoublay.

Pero, ¿qué significa todo eso junto a mis andanzas aéreas, París-Angora, París-Varsovia-Dantzing



DON GILBERTO CENDRA SENDRA
Capitán médico de la columna Ostáiz, muerto heroicamente con este jefe al ir a socorrer la posición de Tabarrant (Ketama)



DON ANTONIO GARCIA DE LA SERRANA.—Alférez de Regulares de Melilla, muerto gloriosamente en Igsut, y propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando

ARMAS Y LETRAS

París-Marsella- Casablanca, Antibes-Tunez y tantas más?

Aun hay *pannes*; cierto, como antes dije; pero son manejables, puede la inteligencia transformarlas y en pocas líneas voy a convencer de ello al lector.

Una mañana, sobre las ocho, el piloto Thoret, quien sólo conocía de nombre, se presenta en mi casa y con frase suelta y breve me dice:

—Parto dentro de tres días para Chamonix, con un avión Farmón, proyectando aterrizar hasta en el Monte Blanco, para lo que llevo un tren de Skis. Dicho tren de aterrizaje, se ha usado ya en Finlandia, donde la abundancia de nieve y hielo, si pendientes ni obstáculos de ningún género, suprimen toda dificultad. Si yo llevo mi avión a los Alpes, aterrizar allí sobre Skis, es un poco más serio; posarse en el mismo Monte Blanco o, por lo menos, en los alrededores del Observatorio, no lo hizo nadie todavía y ofrece mayores peligros que abastecer a los que en él habitan por medio de un paracaídas.

—Aceptado—contesto—¿la partida?

—El martes a las ocho del aeródromo de Bourget.

Llega el 25 de enero; en una mañana extremadamente fría, el avión, inmóvil sobre el terreno helado, parece sentir el rigor de la temperatura y del aire cortante.

* * *

Revistado todo, provistos de cuanto la ciencia aconseja llevar para los viajes por regiones en las que el acero del termómetro significa verano, penetramos en la cabina.

A poco trepida el motor; la hélice va desplazando el aire; las alas tiemblan como los hígares del caballo que siente cerca la espuela.

Suenan las últimas órdenes; fotógrafos que tiran placas; manos que se agitan en gesto de despedida; voces que dicen igualmente adiós; partimos, nos elevamos.

La niebla parece embotar mi pensamiento; el frío entorpece mis miembros; aflojo el cinturón de mi paracaídas que llevo a la espalda, y olvidando la falta de confort, me entrego al placer del movimiento.

Su golpe en la espalda me saca del éxtasis: me vuelvo, no sin trabajo, para ver a Thoret, que me señala un mar de nubes grises y compactas que, colocadas entre nosotros y el suelo, nos impiden ver éste.

Imposible distinguir Dijón, punto obligado de etapa, para completar el abastecimiento de esencia. A París no podemos volver; está ya muy lejos.

Trazando círculos, cada vez más bajos, descendiendo el avión en busca de terreno favorable. Pasa un tren cerca de nosotros y los viajeros, asomados a las ventanillas, nos miran con curiosidad y quies sabe si con lástima.

Alrededor de la vía numerosas praderas, evidencian con pálidos reflejos de luz, la tristeza de un suelo pantanoso.

Nos dirigimos a una meseta próxima y, después de rodearla, dando frente al viento, aterrizamos en un campo, no lejos del túnel de Blaisy-Bas, en espera de una clara; si ésta no llega, habremos de pasar allí la noche.

Convencidos de esta necesidad, atravesamos las rocas y charcos de aquel país hostil, al que el sol rara vez otorgará sus caricias.

* * *

Transcurrido el día en telefonar al Observatorio de Dijon y agenciarnos hospitalidad en el pueblo, al llegar la noche, yo en el Meson y Thoret, en una casa de los alrededores, nos entregamos al descanso.

Al amanecer, atacamos a pie las heladas y resbaladizas pendientes rocosas que conducen a la meseta, donde el avión nos aguarda.

Gracias a la precaución de Thoret, que vertió prudente cantidad de glicerina en el radiador, no está el agua congelada.

Un caballo a gran precio conseguido, arrastra el aparato, mientras nosotros, suspendidos de las alas, contribuimos al movimiento guiando. Colocados en dirección favorable, un muchachito, a costa de grandes esfuerzos y con gran temor, pone la hélice en marcha; gestos de asombro, tímidos adioses y nos remontamos.

Diez minutos más tarde, llegamos a Dijon; aterrizados, en un hangar, completamos la provisión de esencia y luego de llenar de agua el radiador, reanudamos el viaje, mientras un capitán nos grita: —¡Hasta la vista!, ¿dormirán esta noche en Ginebra?—Si Dios quiere—responde Thoret.

Al poco rato, el radiador comienza a expulsar el agua glicerizada y el viento la lleva hasta nosotros, cegándonos y poniendo perdidas nuestras vestiduras.

Interrogo con los ojos al piloto, a modo de protesta, y aquél, sonriendo, me aconseja paciencia. En efecto, la contrariedad cesa pronto; asomándome a un lado y a otro, admiro el aspecto liliputiense que ofrecen los montes del Sura.

* * *

De pronto, con mucha más fuerza, el radiador, nos ataca; Thoret se da cuenta de que el motor, recalentado, perdió el contacto, quedándonos sin su acción a 1.600 de altura.

¡Sensación inolvidable! el avión flota silencioso, resbalando sobre el aire, en el que le sostienen sus grandes alas: por debajo de nosotros, cruzan rápidos multitud de vallecitos que seguramente nos acogerían hospitalariamente.

Más allá, montañas, que me parecen tanto más hostiles cuánto más nos acercamos a ellas: estamos ya en muy poca distancia del suelo, que semeja avanzar hacia nosotros.

Admiro la pericia de Thoret, especialista en el vuelo a vela, que si bien no le sirve para proseguir el

ARMAS Y LETRAS

viaje, le da una maestría asombrosa para manejar el aparato privado de propulsión.

Pasamos sobre un pueblo; sus habitantes, apiñados en las calles, miran aquel pájaro silencioso como a un cadáver: no puedo menos de reirme ante el aspecto que denotan sus gestos y ademanes.

Evitamos los tejados de las casas, el campanario de la iglesia y algunos árboles de gran talla: caminamos a pocos metros de la tierra a la que fatalmente vuelve todo lo que ella crea.

plen la orden y oponiéndose al paso de las alas hacen el papel de potente freno.

El avión toca el suelo con el extremo de la carlinga que al partirse en dos, deja intacta la hélice y el motor, que quedan mirando al cielo como si le reverenciaban.

* * *

Entre el estrépito de la caída, nuestras voces preguntan:



El rey de Egipto, acompañado del de Inglaterra en su viaje a Londres, a cuya estancia se le ha concedido una importancia suma para las relaciones entre ambos países

Su misma hostilidad va a sernos provechosa: el viento nos lleva junto a una línea eléctrica de alta tensión. Seguimos sus hilos, a poco más de tres metros de distancia.

Por debajo de nosotros marcha un camino que bordea el curso de un arroyo, entre sauces de melancólico aspecto y regular altura.

—¡Bien!—me grita Thoret—los sauces serán nuestra estación de término.

A 80 por hora atravesamos el camino, siendo milagroso que no decapitemos a un viandante que no nos vió llegar.

Con increíble serenidad, Thoret mete el aparato entre dos sauces y lo encabrita... los árboles, cum-

—¿Ileso?

Ambos lo estamos, sin haber sentido otra cosa que un fuerte latir del corazón de esos que hacen cerrar los ojos un instante.

[En menos tiempo que se dice, su fuerte puño, ayudado por el caminante que estuvo a punto de ser decapitado, rompe y aparta astillas, hierros doblados y ligaduras improvisadas.

En cuanto salto a tierra me dice:

—Ocupaos del aparato; voy a telegrafiar a las casas Farman y Salmsan—y a grandes zancadas parte hacia el pueblo.

Ayudado por numerosos campesinos que acudieron, retiro del aparato todo lo salvado y convenien-

temente puesto en un carro, me encamino a la oficina de telégrafos.

Al dar cuenta a Thoret de la recogida, se limita a preguntarme si me ocupé de ver si corría la esencia.

Una hora después, sentado en un café próximo a la estación de Lous-le-Sancier, escribo una carta mientras llega el tren.

—De modo—digo a Thoret—que el accidente...

—Nada de accidente—interrumpe, casi airado—se trata sólo de un incidente.

—Bueno, admitido; la panne del motor...

—¡Nada de panne!, motor recalentado, que no es lo mismo.

* * *

A la mañana siguiente, en Chamanix, en vista de que no pudimos llegar en el proyectado avión Skis, nos entregamos al deporte, sintiendo la alegría del vivir, acaso con más intensidad.

El salvamento fué bien cierto, gracias a la sangre fría, a la ciencia y a la iniciativa del piloto: bebimos un sabroso Champagne conmemorativo y queda terminado el incidente.

Puede servirle de moraleja la afirmación de que los accidentes, podrán no ser evitables, pero, la aviación es una buena amiga, que no está, de modo fatal, a merced de los acontecimientos y de los elementos.

Cosas con y sin importancia

MÁS INSIDIAS CONTRA FRANCO

El espíritu nacionalista es fuerte cosa, y cuando se aplica a estas de los deportes suele actuar de anteojeras....

El magnífico raíd del comandante De Pinedo, hecho sobre aparato construido en Italia y con motor "Asso", de la Isotta Fraschini, es merecedor de todo elogio, y la Prensa española no ha sido parca al tributárselos. Lo cual nos parece bien. Como estimamos justificadísimo el júbilo de la nación italiana.

Claro que ya no nos parece tan bien que en los periódicos de la península hermana, para destacar más el valor de su héroe, se lancen insidias contra otros aviadores, en este caso concreto, contra el comandante Franco. Otro comandante italiano, Moro de apellido, comenta el raíd de su compatriota en los términos elogiosos que merece y sostiene que el de De Pinedo "ha sido el más bello vuelo trasatlántico". Como esto es materia opinable, tampoco tendríamos nada que decir contra semejante aseveración. Pero dejemos al comandante Moro el cuidado de fundamentarla.

"A pesar de la desgracia que ha perseguido continuamente esta primera parte del raíd, el "Savoia 55" ha realizado el más largo vuelo sin escala para hidroplanos de gran raíd.

Hasta ahora, el más largo vuelo transatlántico para hidroplanos, naturalmente preparados con aparato para raíds, había sido efectuado por el español Franco con su vuelo desde la isla de San Vicente (Cabo Verde) a Fernando de Noronha.

Hasta se puede poner en duda que este vuelo transatlántico se haya realizado sin escala y sin ayuda a lo largo de la derrota, como se quiere hacer creer.

A decir verdad, hay muchos puntos oscuros en el raíd de los aviadores españoles, que hasta ahora no ha conseguido nadie esclarecer.

La salida no se realizó en Porto Praia, donde el aparato llegó desde Las Palmas; fué llevado a remolque por un buque de guerra español hasta una localidad desierta de la isla de San Vicente.

La llegada a Fernando de Noronha la hicieron también remolcados por otra nave.

En estas condiciones es difícil poder decir si durante el vuelo se ha desenvuelto todo regularmente. Ciertamente el "Dornier Wall", con motor "Napier", adoptado por los aviadores españoles, no debía tener, probablemente, un tan gran radio de acción como para poder recorrer sin aprovisionamiento un tan largo espacio."

¡Y para qué seguir! Del comandante Moro hemos leído en el propio "L'Auto Italiana" trabajos meritorios que no permiten creer que lo transcrito es obra de la ignorancia. Las insidias que quedan recogidas son el resultado de llevar, incluso al tratar de ver cosas de este tipo, que tienen, después de todo, una transcendencia científica, las anteojeras del nacionalismo "chauvin".

Que un aviador fracasado haya querido justificar su falta de capacidad o de suerte arrojando todo a la cara de otros compañeros triunfadores, está mal; pero es cosa demasiado humana para que nos extrañe.

Mas que un cronista técnico incurra en este mal hábito por chauvinismo deportivo, no creemos que deba permitirse sin protesta.

La forma vaga, imprecisa, llena de reticencias que adopta el comandante Moro, lejos de ser una atenuante, nos parece que contribuye a agravar el lamentable gesto.

DE LAS ARMADAS EXTRANJERAS LANZAMIENTO DE UN CRUCERO

La paradoja, en realidad, no lo es; el lanzamiento del crucero francés Suffren, realizado en el arsenal de Brest en el presente mes, no es otra cosa que una reproducción, pues con el nombrado son seis los barcos de guerra que con el mismo nombre formaron parte de la escuadra francesa desde 1789 a la fecha.

En el año nombrado se botó al agua el primero, que tenía nada menos que 74 cañones; encontrándose en Canele, bahía de S. Malo, cuando la revolución, recibió su comandante la orden de sustituir el pabellón blanco flordelisado por la bandera tricolor.

La tripulación, considerando que el nombre, que era el de un famoso almirante, resultaba algo aristocrático, lo borró, llamándole "Redoutable".

Con este nombre, enarbolando la insignia imperial, en octubre de 1805 tomó parte en la batalla de Trafalgar, partiendo de él la bala que hirió al almirante inglés Nelson, que navegaba en el "Victory".

El "Redoutable" acercóse a aquél para iniciar el abordaje, pero la llegada del "Temerario" en auxilio del "Victory" hizo imposible el intento, siendo hundida la fragata francesa con cuantos la tripulaban.

El segundo Suffren fué botado en 1801, hundiéndose, efecto de un temporal en 1816, sin haber tomado parte en ninguna acción militar, pero constituyendo un avance de importancia en la construcción naval.

El tercero, construido en 1829 y desarmado en 1861, poseía noventa cañones y arbolando la insignia del almirante Príncipe de Joinville, tomó parte en el combate de Mogador, el 15 de agosto de 1844.

El cuarto Souffren, botado en 1870 y puesto en servicio tres años más tarde, era una fragata protegida, de 87 metros de largo por 17 de ancho, con planchas de 24 centímetros, a cargar por la culata y seis a cargar por la boca.

Con sus homólogos Ocean, Marengo y Solferino, formó una escuadrilla que de haber tenido ocasión habría mostrado su valor naval-militar.

El quinto, lanzado en 1899, fué un hermoso acorazado de 12.750 toneladas: en 1915, durante la Gran Guerra, fué hundido por un submarino alemán, con todo su personal, al rendir viaje de Gibraltar a Lorient.

El últimamente botado con arreglo al tratado de Washington, que trazó los límites de la construcción naval, desplaza las 10.000 toneladas permitidas, con un largo de 185 metros y un ancho de 20, que le dan un calado de seis metros, poco más.

La potencia de las máquinas es de 120.000 caballos en total, producida por tres árboles y otras tantas turbinas, que accionan sobre igual número de hélices.

La velocidad posible es de 33 nudos, o sea de 61 a 116 kilómetros por hora.

El radio de acción es de 7.000 millas: 5.000 a 15 nudos, 1.100 a 19 y el resto a la velocidad máxima. El armamento consiste en ocho cañones de 203 milímetros, colo-

cados en cuatro torretas, alternativamente superpuestas en una de sus paredes; otros ocho cañones de 75 milímetros contra aviones; doce ametralladoras y dos tubos lanzatorpedos aéreos de un calibre de 500 milímetros.

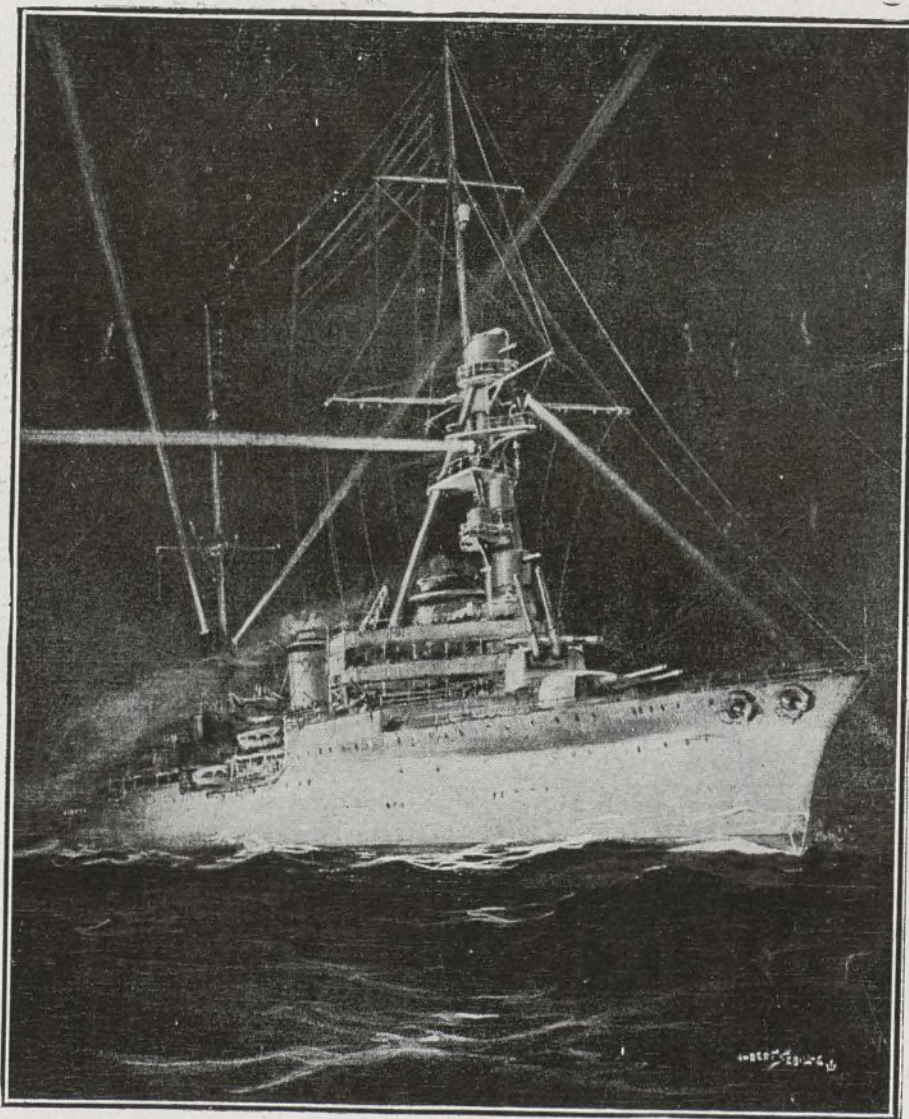
Entre otros elementos lleva dos hidroaviones de alas plegables y lanzamiento de catapulta, para el servicio de explotación.

La tripulación es de 30 jefes y oficiales y 575 clases, contraalmirantes y marineros.

Los servicios eléctricos son dobles para garantizar su funcionamiento en todo caso.

La telegrafía sin hilos comprende tres puestos corrientes y uno de radiogonometría.

Finalmente, el emplazamiento de la maquinaria va protegido por una ligera cintura acorazada.



El nuevo crucero Suffren, con todos sus reflectores encendidos



Estampa en que nos muestra el original aspecto de la votación por Riego

Era en los tiempos de aquel ingenuo revolucionario que al venir a España los cien mil hijos de San Luis levantó bandera por la libertad, sin que nuestro pueblo, indudablemente adormecido, le diese el calor que era de esperar.

Un caudillo de los varios que en aquella época cambiaron de opinión, hizo que varios cuerpos en quienes se mantenía incólume el sentimiento de la dignidad nacional, se negase a aceptar ciertas capitulaciones.

Puesto al frente de tales disidentes el que la historia llama pundonoroso general Zayas, emprendieron la marcha a Málaga para reunirse a D. Rafael del Riego, que simbolizaba el movimiento revolucionario.

Poco después de salir de Granada, en Alhama, el insigne jefe, aleccionado por las decepciones, tan frecuentes entonces, quiso saber a ciencia cierta cuál era el modo de pensar de aquellos soldados y hasta dónde podría contar con ellos.

Es prudente decir, en obsequio a su honradez, que él creía el menor de los males adherirse a la capitulación origen de que el ejército se dividiera.

Sin embargo, aclamado como jefe por aquellos tozudos, uno de tantos símbolos de la raza, quiso prescindir de su opinión personal y llevarlos a donde quisieran ir.

El saber esto último no se presentaba tan fácil como a primera vista pueda parecer: desvanecer temores muy naturales y que al sentir verdad de cada uno fuera el expresado, sólo en una votación secreta podría conseguirse.

Alguien concibió la idea peregrina y pareciendo muy

bien al general, procediose inmediatamente a llevarla a la práctica.

Con su estrépito bélico, ordenaron los tambores formar: colocadas las tropas sin armas en los tres lados de un cuadro, en el otro se puso una tosca mesa, sobre la que había dos morriones invertidos que iban a hacer el papel de urna.

Detrás de la mesa el general y los jefes principales presenciarían la operación, cuidando de que fuese ordenada y por completo espontánea.

Como preliminar indispensable, los sargentos repartieron a cada individuo una judía y un garbanzo.

Hecho el reparto sonó un toque de atención y un jefe a quien Zayas ordenara hacerlo luego que hubo callado el tambor, dijo a todos:

—¡Soldados! Vuestra voluntad va a decir lo que debemos hacer; si queréis que prosigamos la resistencia comenzada, poned la judía en el morrión de la derecha; si por el contrario creéis que procede capitular con los franceses, como ya lo hicieron otros, dejad el garbanzo en el morrión de la izquierda.

Iniciado el desfile pudo comprenderse pronto que la exaltación iba a ganar el sufragio; en los dos morriones cayeron legumbres, pero al hacerse el recuento con la más escrupulosa imparcialidad, vióse que había muchas más judías que garbanzos.

Aceptado por todos lo que la votación presentó como más conveniente, la pequeña división emprendió la marcha hacia a donde llegó maltrecha y muy mermada, uniéndose a los soldados que en dicha población había con Riego.

PROGRESOS DE LA AVIACION

La actividad de los Estados Unidos en materia de elementos de guerra ha adquirido de poco tiempo a esta parte un desarrollo y una actividad que parece poner en duda las intenciones pacíficas de las grandes potencias.

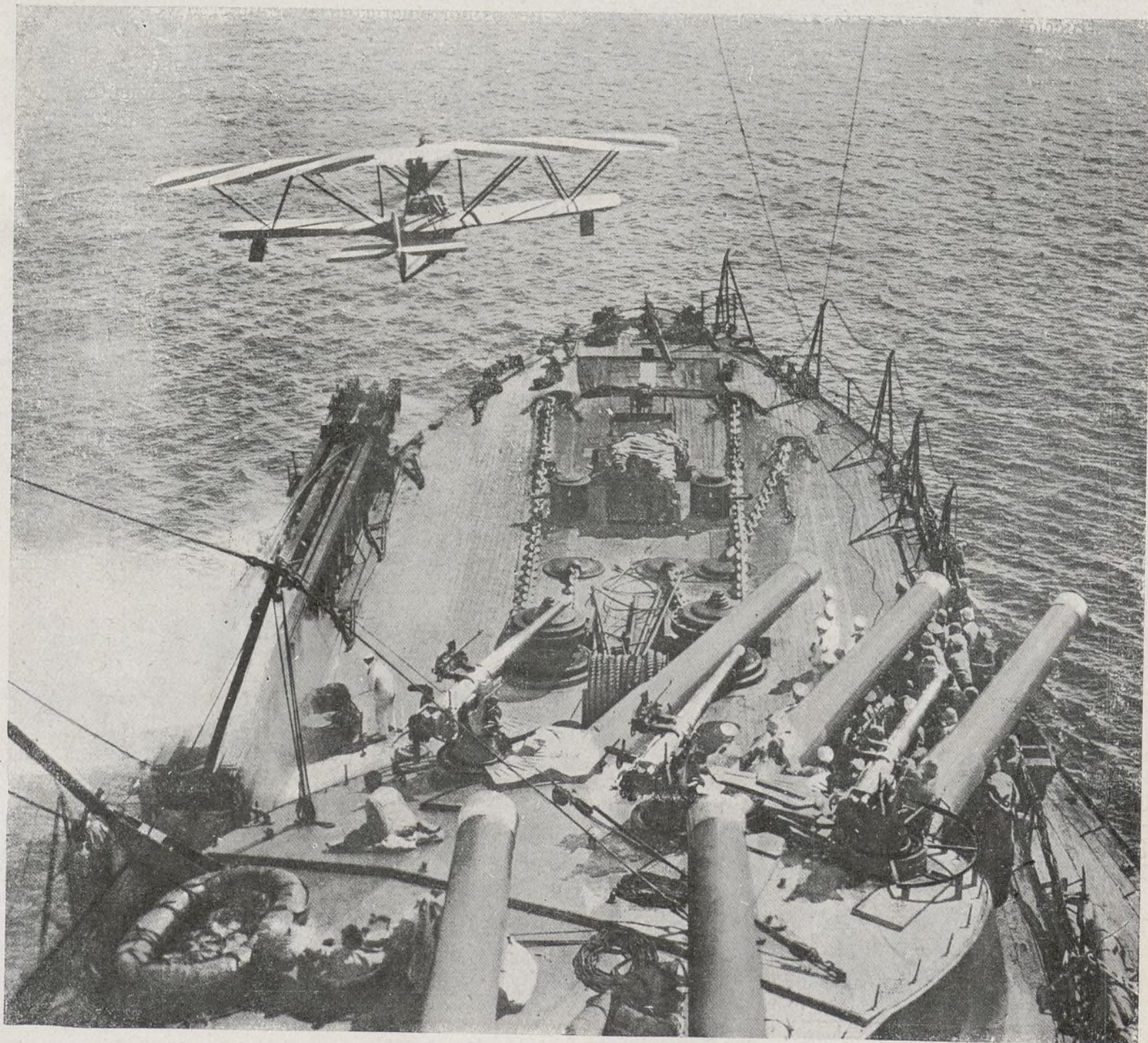
Después de unas pruebas, con éxito, de un nuevo avión de bombardeo, compuesto de seis torretas metálicas con ametralladoras y dos motores de 600 HP. pudiendo llevar un peso total de 8.000 kilos, se han verificado las de barcos lanza-aviones, cuya eficacia práctica hace esperar excelentes resultados. Los diversos ejercicios llevados a cabo con estos barcos mere-

cen un detenido estudio, porque viene a resolver puntos prácticos en la aeronáutica naval.

Una plataforma metálica con un dispositivo lanzador ocupa un costado del barco, sobre cubierta.

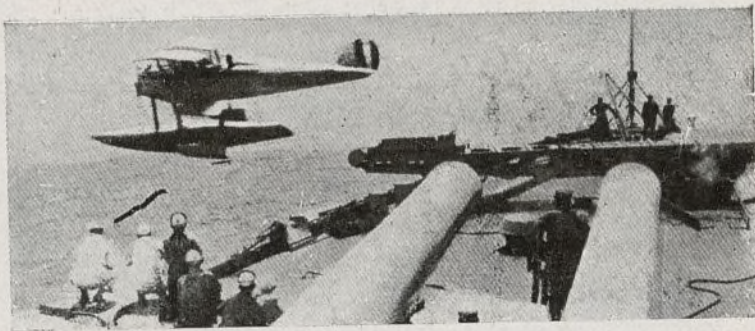
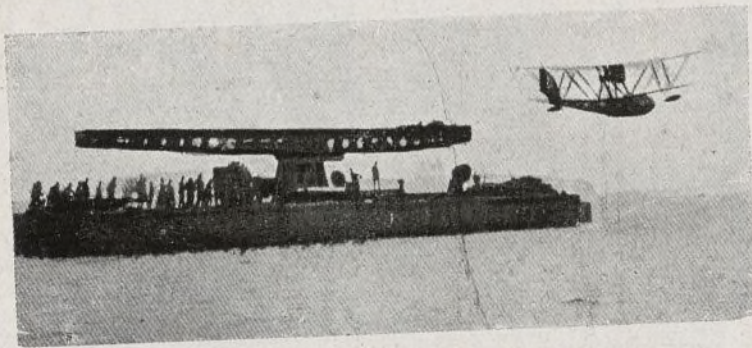
Puestos los motores en marcha, al deslizarse el aparato por la rampa es impulsado con fuerza, de forma que el avión se despegue fácilmente y emprende el vuelo. La operación de reintegrarse el aparato a su base requiere una pericia y práctica especial.

Dado el éxito con que han sido llevadas a cabo, puede decirse es un paso para que todos los grandes navíos puedan ir provistos de su correspondiente aparato auxiliar de la potencialidad del navío.



Acorazado con el dispositivo especial lanzaaviones, en el momento de despegar un aparato para emprender el vuelo

ARMAS Y LETRAS



Dos interesantes pruebas verificadas por el dispositivo lanzador de aparatos a bordo de un buque portaavión y un acorazado

LA FLOTA JAPONESA

El Imperio del Sol Naciente cubre el tercer lugar de la grandes potencias navales.

Tiene hoy 237 buques de guerra construídos, 46 en construcción y 30 proyectados, o sea un total de 313.

Las 237 unidades construídas son:

Acorazados y cruceros de combate, 10; cruceros, 36; buques portaaviones, cuatro; contratorpederos, 109; submarinos, 58; dragaminas, cuatro; buques diversos, 16. Total, 237.

Los 46 barcos en construcción son:

Cruceros, seis; buques portaaviones; uno; contratorpederos, 18; submarinos, 19; dragaminas, dos. Total, 46.

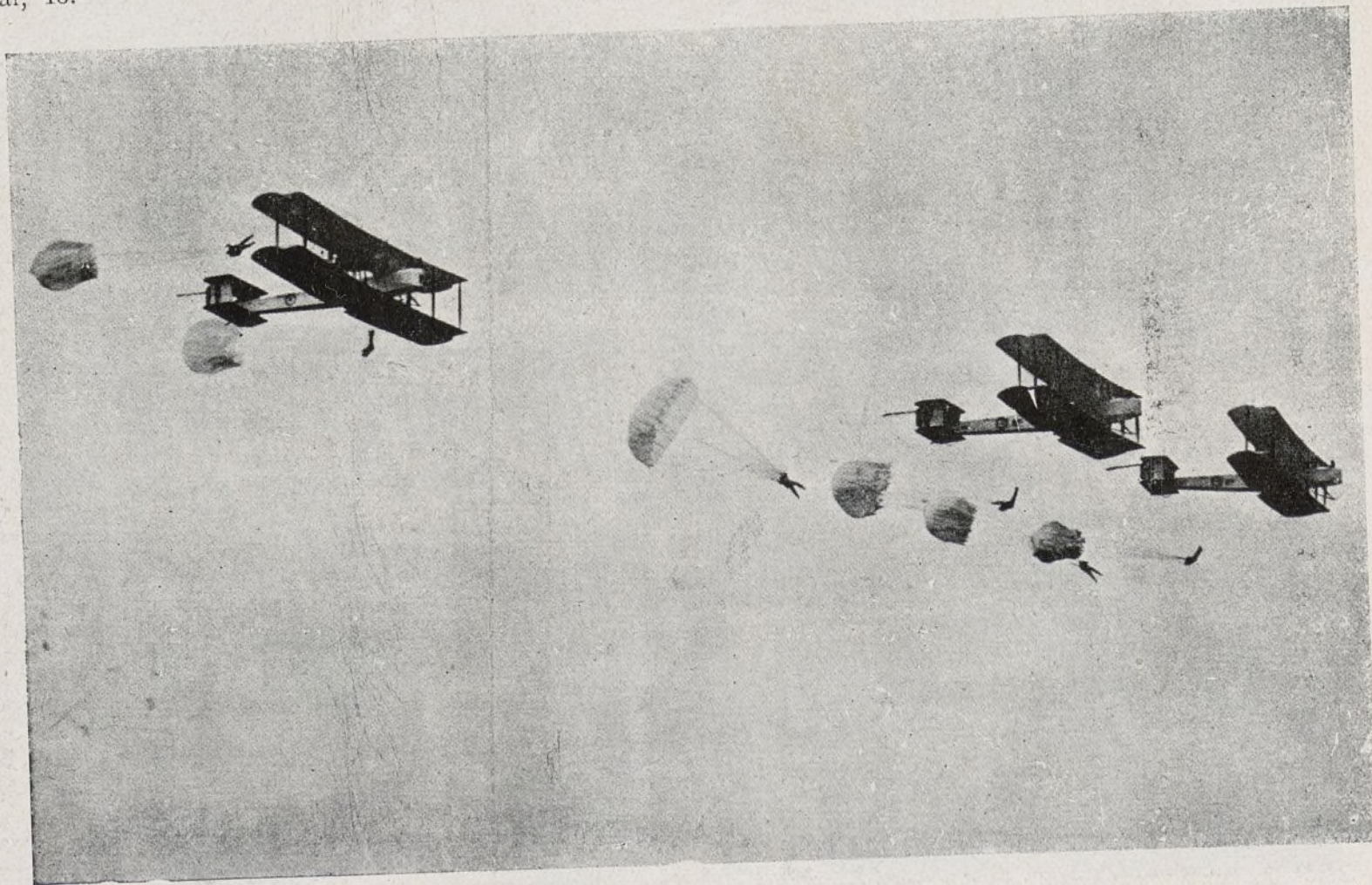
Y los 30 buques proyectados son:

Cruceros, cinco; buques portaaviones, uno; contratorpederos, 15; submarinos, seis; buques diversos, tres. Total, 30.

Tal es la potencialidad marítimomilitar japonesa, cuyo importante lugar es la preocupación constante de los norteamericanos, que quieren ver en ella un peligro futuro.

En la actual situación del desarme, parece ser uno de los factores esta nación, que hábilmente, como Inglaterra, procura, si no entorpecer, dilatar la solución de problema de tanta importancia para la paz universal.

El Japón, con su callada actividad, plena de misterios raciales, parece despertar a un desenvolvimiento privilegiado.



En Hendon (Inglaterra) ha tenido lugar un grandioso festival de aviación, con asistencia de los reyes y de un público de más de cien mil almas. La presente fotografía nos muestra el emocionante momento de lanzarse al espacio, provistos de salvavidas, seis intrépidos aviadores, desde los tres aparatos que evolucionaron para este objeto

Ayuntamiento de Madrid

LA REDUCCION DE ARMAMENTOS

El fracaso de la Conferencia del Desarme

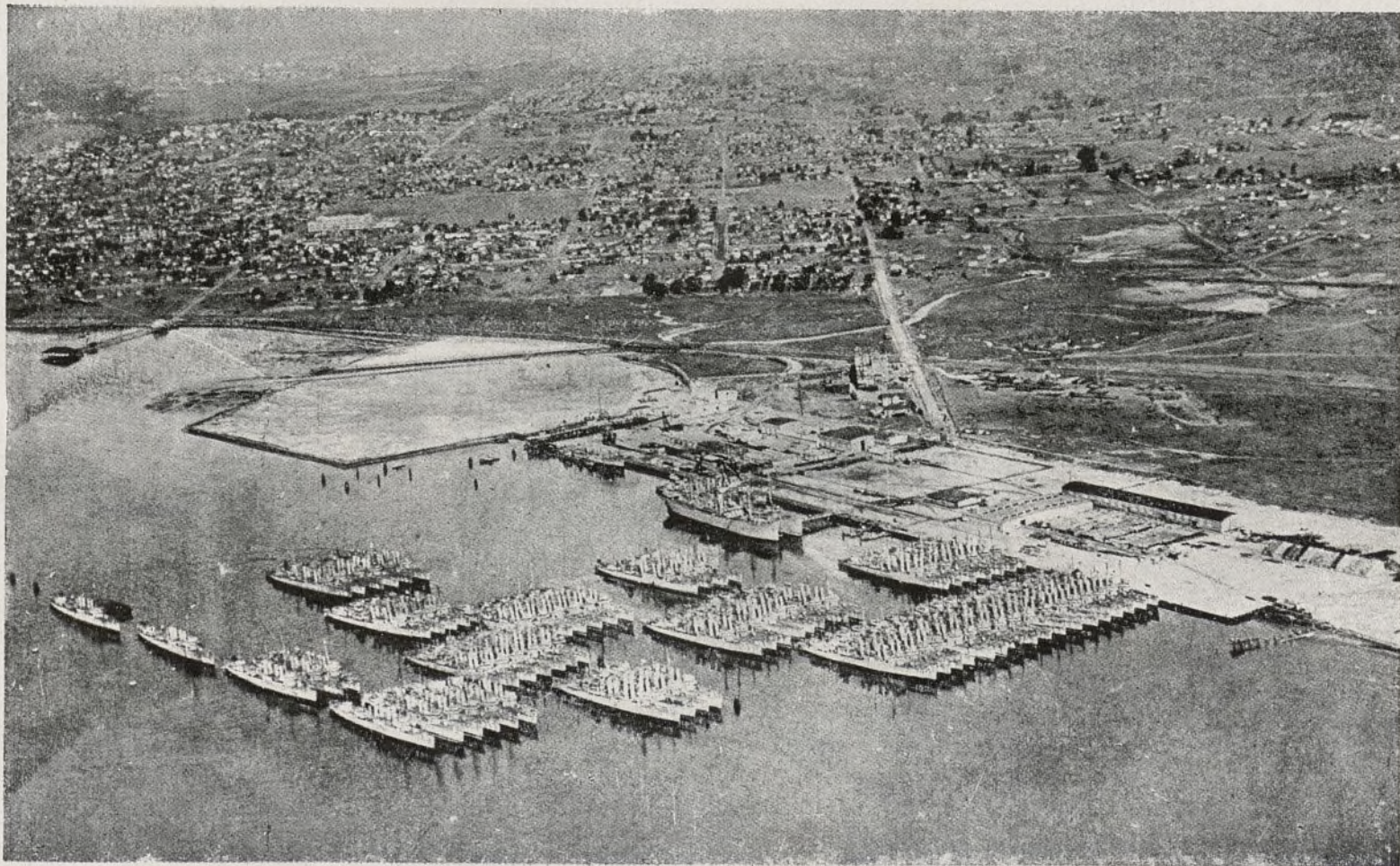
En estos momentos en que está planteado el problema de la reducción de armamentos, es de gran actualidad la presente fotografía en que nos muestra unas escuadrillas de cañoneros americanos en su base naval de San Diego.

Nunca apareció la rivalidad en este asunto, como en la actualidad en que las grandes potencias se muestran intransigentes para la so-

Bretaña no consentirá, de momento, ningún acuerdo que pudiera poner su poderío naval en condiciones de inferioridad para el futuro. El Japón, por otra parte, rivaliza con los Estados Unidos, a fin de conseguir un nivelamiento de sus respectivas escuadras.

* * *

En el palacio de la Sociedad de Naciones es



Curiosa fotografía en que nos muestra a vista de pájaro la base naval de San Diego, de los Estados Unidos, con las escuadrillas de destroyers

lución de tal problema. Estados Unidos, Inglaterra y el Japón, cada una expone con habilidad más o menos encubierta, la necesidad de tomar decisiones que afecten en lo más mínimo su poder naval.

Y mientras se discute la necesidad del desarme, de reducción de las flotas, los astilleros siguen trabajando y lanzando nuevos modelos que acrecientan el poderío naval de dichas potencias.

Estados Unidos y el Japón se muestran escépticos, respecto a las proposiciones inglesas en la Conferencia de Ginebra, relativa a la reducción de cruceros.

Los técnicos y expertos declaran que la Gran

muy popular la siguiente anécdota, rigurosamente histórica: "Unos forasteros visitaban el palacio de la Sociedad de Naciones. Una dama norteamericana que figuraba entre los visitantes le rogó al guía que le enseñase la sala "en donde las naciones deponen sus armas". El guía la llevó al salón de la Conferencia del desarme. Pero la señora sufrió una gran decepción. Esperaba encontrarse en el salón con un panorama de cañones y ametralladoras que simbolizasen de un modo sensible el desarme de las naciones. "¿Es este realmente el salón del desarme?", preguntó. Y como el guía le contestase afirmativamente, la dama se fué desconsolada."

Esta anécdota se ha recordado con motivo del

fracaso de la Conferencia del desarme naval, a la que habían acudido Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón "para deponer sus armas".

La Conferencia se había reunido principalmente a instancias de los Estados Unidos que creían fácil repetir en Ginebra el juego que tan bien les había salido en Wáshington. En su optimismo supusieron que bastaba una indicación suya para que los ingleses depusiesen algunos miles de toneladas de barcos de segundo orden.

El juego no ha podido repetirse. Inglaterra ha aducido con gran copia de datos y consideraciones las necesidades de la defensa de su imperio, y ha rechazado la propuesta yanqui. En general, aquí se tiene la impresión de que Inglaterra venía a la Conferencia mejor preparada que Norteamérica. Una vez más los ingleses han hecho honor a su tradición de estar bien documentados en cuestiones navales.

Esto no quiere decir que Inglaterra tuviera razón. Lo único que significa es que estaba mejor informada.

En cuanto al fracaso de la Conferencia, se cree que no dañará en nada al crédito de la Sociedad de Naciones, ya que esta institución para nada intervino en ella. En los medios de la Sociedad de Naciones se insiste en la necesidad de que la Prensa de todos los países explique claramente a la opinión las cosas para evitar confusiones y haga ver que la Conferencia del desarme nada tiene que ver con la institución ginebrina. Por lo demás, se estima que la situación producida por el fracaso de la Conferencia es grave, y se espera que convencido el mundo de esta gravedad, acudirá a la Sociedad de Naciones como la única institución capaz de abordar y resolver el problema del desarme en toda su amplitud.

Entre esposos.

—¡Aun dirás que me quieres! Has oído al médico que en los baños perderé peso y no quieres llevarme.

—De ningún modo; te quiero tanto, que sólo a la fuerza me resignaré a perder un solo gramo de tus preciosas carnes.

* * *

—¿Es verdad que reñiste con tu novio el médico?

—Sí.

—¿Y se conformó?

—Me mandó una cuenta de setenta y tres visitas.

* * *

—Sí, señor; son varios los animales útiles.

—Ninguno como la gallina.

—¡Hombre!

—¡Claro!; se la puede comer antes de que nazca y después de muerta.

* * *

El novelista Petri está concluyendo su último libro, y para que no se le olvide una idea interesante, va escribiendo en el tranvía.

Se le aproxima un admirador estúpido.

—¡Admirado Petri! ¿Us-
ted escribe siempre en el tranvía?



Su Alteza el Infante don Fernando, que ha ascendido recientemente a General de División

—Sí — dice Petri, que no tiene gana de diálogo.

—¿Y cómo se las arregla usted cuando cambia el *trolley* y se apaga la luz?

Petri, rápidamente y sin dejar de escribir:

—Le enciendo el pelo al primer admirador que viene a molestarme.

* * *

La conciencia es el primer libro de moral que poseemos y es el que más debemos consultar.

El amor es la locura del corazón.

La mujer tiene una sonrisa para todas las alegrías, una lágrima para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias, una excusa para todas las faltas, una súplica para todos los infortunios y una esperanza para todos los corazones.

La mujer es un grato misterio en el que todo el mundo tiene fe sin descifrarlo.

Un grande objeto aleja las pequeñas miras y los cortos medios; cuanto más se engrandece el círculo de los nobles sentimientos, tanto más el de las pasiones se estrecha.

UN PROYECTO DE ACTUALIDAD

La línea aerotrasatlántica Sevilla-Buenos Aires

Un Real decreto, aparecido en la *Gaceta* a mediados del pasado febrero, autoriza a la Sociedad Colón Transaérea Española para implantar una línea de dirigibles entre Sevilla y Buenos Aires, con aeronaves de una capacidad mínima de 40 pasajeros y 10 toneladas de carga general, con la obligación de establecer servicio, por lo menos semanal, entre Sevilla y Canarias, con dirigibles para 16 pasajeros y una tonelada de carga, concediéndole la exclusiva del servicio aéreo entre España y la República Argentina, durante un período de cuarenta años, prorrogable de diez en diez.

La Compañía concesionaria construirá por su cuenta, en el plazo de cuatro años, un puerto aéreo completo, con hangares, fábricas de hidrógeno u otro gas adecuado, talleres, almacenes, estaciones radiotelegráficas y meteorológicas; elementos de aterrizaje, dependencias auxiliares, etcétera, en Sevilla, sujetándose a proyecto aprobado por el ministro de Trabajo.

La línea aérea Sevilla-Buenos Aires deberá inaugurarse en un plazo que no excederá de cuatro años, a contar de la aprobación del proyecto. Por cada viaje realizado con éxito abonará el Estado a la Compañía concesionaria pesetas 500.000, sin que dicho abono pueda nunca exceder de 6.000.000 de pesetas en un año. Cuando las cantidades percibidas por la Compañía alcancen la cifra de 30 millones, el Estado quedará exento de nuevos pagos y propietario de los terrenos, instalaciones y construcciones efectuadas en Sevilla por la Compañía, que quedarán arrendadas a la misma hasta el término de la concesión, mediante el pago de un canon cada año.

La concesión otorgada se supedita a la condición de que los concesionarios obtengan la correlativa del gobierno Argentino y siempre sujeta a las normas que de común acuerdo convengan ese gobierno y el español para regular el nuevo servicio en su aspecto internacional, reservándose el Estado el derecho de rescate de la línea en cualquier momento, previa la in-

demnización que se determine por ambos países.

Todo ello se encaminará a la realización de un proyecto admirablemente concebido por el ingeniero militar D. Emilio Herrera, gloria de la Aeronáutica Española, quien recibió hace ya ocho años próximamente, encargo de S. M. el Rey de estudiar el mejor medio posible de establecer la comunicación aérea entre España y sus hijos los países hispano-americanos, con

objeto de acortar las distancias entre unos y otros y fomentar el engrandecimiento de los trozos del mundo en que se habla el idioma español.

Los interesantes estudios que por aquel entonces llevó a efecto el Sr. Herrera y la solución a que condujeron, fueron dados a conocer en diversas conferencias y varios escritos, en que el ilustre Ingeniero desarrolló cumplidamente el tema desde los puntos de vista técnico y de estrechamiento de los lazos hispano-americanos. Varias revistas y gran parte de la Prensa diaria, nacional y extranjera, se han ocupado del asunto en distintas ocasiones, pero la atención despertada no ha llegado a corresponder debidamente a la magnitud y perfección del esfuerzo realizado, hasta el momento presente, en que parece que, por fin, el proyecto Herrera va a con-

tar con la ayuda material a que, desde un principio, supo hacerse acreedor.

Una simple ojeada sobre el mapa mundial muestra que, de las dos estaciones terminales que la comunicación aéreo-trasatlántica requiere ineludiblemente, una encuentra su más apropiado emplazamiento en España y la otra en Sud-américa, próximo al Plata, si han de llenar lo más cumplidamente posible las condiciones, que salta a la vista son precisas, de estar próximas, ser punto unidos por rápida comunicación ferroviaria con grandes centros comerciales e industriales de los viejo y nuevo continentes, y satisfacer a determinadas condiciones geográficas y orográficas.

La distancia a salvar, próximamente 10.000 kilómetros, supera al radio de acción de los mayores



El Ingeniero militar don Emilio Herrera, autor del proyecto de línea aerotrasatlántica

aviones hoy posibles de fabricar, circunstancia que unida a otras muchas de orden técnico y económico, largamente debatidas en multitud de ocasiones, aconseja la adopción del dirigible como aeronave a emplear.

Y teniendo presente que la lluvia, nieve, huracanes y niebla, son los fenómenos meteorológicos que más pueden estorbar las maniobras del dirigible (partida, recalada, aterrizaje, etcétera); y que el mapa meteorológico acusa bien claramente que en las partes central y occidental andaluzas la niebla se presenta con frecuencia inferior al 5 por 100 de los días, el huracán al 0,5 por 100 y la lluvia no alcanza 600 milímetros al año, aparece Córdoba como punto ideal de emplazamiento de la estación terminal española. Iguales razones conducen a la inclusión de que la otra Córdoba sería también punto adecuado para final de línea en la Argentina.

Pero las condiciones orográficas y comerciales obligan a la elección de otros puntos, dentro de las zonas favorables por sus condiciones climatológicas y comerciales, siendo Sevilla y Buenos Aires los lugares que por su altitud y actividades, indiscutiblemente están llamados a ejercer de extremos de la importante línea aérea Española Argentina.

Un concienzudo estudio meteorológico de las zonas que precisa atravesar a las aeronaves para cumplir su cometido, ha permitido al Sr. Herrera augurar que el recorrido no ofrece dificultad alguna para los dirigibles, sino más bien ventaja, pues la acción de los alisios del N. E. (vientos regulares que soplan de Canarias al Ecuador) favorecen la marcha del aeróstato, aumentando su velocidad, a la ida, pudiendo ser fácilmente evitados a la vuelta, bastando para ello elevar la altura de navegación hasta entrar en la zona de los contra-alisios (vientos de dirección opuesta a los anteriores). Los alisios del S. E. (normales a la dirección del trayecto), sobre no influir mucho en la velocidad del globo, constituirán un auxiliar favorable en casos de averías de motores u órganos de mando, por soplar hacia tierra. La climatología no es desfavorable en ninguna parte del trayecto.

Para el comienzo de funcionamiento de la línea, precisa el establecimiento de las estaciones terminales, Sevilla y Buenos Aires, dotadas de hangares, talleres, gasómetros, oficinas, viviendas, dependencias auxiliares y campos de aterrizaje, y de otra en Canarias con menos riqueza de elementos, para servir de escala eventual o para la línea secundaria.

En términos generales, el aéreo puerto sevillano contendrá tres cobertizos de $300 \times 90 \times 50$ metros para estación, de $360 \times 50 \times 50$ para astillero, y de $150 \times 50 \times 50$ para dirigible escuela, pudiendo este último ser prolongado en el momento conveniente, para alojar un dirigible trasatlántico. La regularidad de vientos de la región, permite que los cobertizos sean fijos, lo que no sucede en Buenos Aires, donde, a causa de la variabilidad de dirección de los mismos

y de su violencia, está indicado construir un cobertizo giratorio de $280 \times 50 \times 50$, o uno circular de 350 metros de diámetro con 16 puertas.

El dirigible propuesto es el tipo "Zeppelin", de armazón metálico y rígido. En su interior lleva una serie de globos independientes, no sometidos a presiones internas ni a contingencias exteriores. Para montar el servicio serán necesarios tres trasatlánticos, de 135.000 metros cúbicos, 250 metros de longitud y 38,8 de diámetro máximo, llevando cada uno de ellos nueve motores de 400 HP en otras tantas barquillas independientes, y siendo aptos para la conducción de 40 pasajeros y 11 toneladas de carga y correspondencia, además de la tripulación y carga propia de la aeronave. La velocidad media que pueden desarrollar es de 110 kilómetros por hora, si bien puede ser forzada en ciertos casos hasta alcanzar a 132.

Para la línea secundaria de Canarias basta con un dirigible escuela, de 30.000 metros cúbicos, 144 metros de longitud y 21,1 de diámetro máximo, portador de tres motores y capaz de transportar, además de la tripulación y su peso propio y elementos, 16 pasajeros, 16 alumnos y tonelada y media de carga útil.

Los accidentes acaecidos a aeronaves de esta naturaleza han motivado siempre temor y desconfianza, causas principales de la escasa evolución experimentada hasta la presente por las líneas aéreas comerciales. Por ello en el caso presente, ha sido este asunto objeto de minucioso estudio, que ha determinado la adopción de un sinnúmero de precauciones que garantizan la imposibilidad de que pueda sobrevenir una catástrofe.

No es de temer se presente ésta por defecto de pilotaje, pues la casa Zeppelin cuenta con pilotos experimentados y con práctica de millares de viajes que serían los maestros de los futuros pilotos españoles, que viajarán en cada aparato en número de seis y un jefe, con objeto de hacer gradual la sustitución de personal. Roturas y averías no son de temer ya en las naves que fabrica la casa Zeppelin, y las *pannes* de motor pueden ser reparadas a bordo, donde se cuenta con elementos útiles y personal apropiados. Además, el máximo de motores en funcionamiento simultáneo nunca pasará de siete, pudiendo, pues, contarse en el caso más desfavorable con dos motores de reserva.

No es de temer el mal tiempo en el trayecto, pero medios tiene el dirigible de arrostrarle, pues aun las tempestades eléctricas ofrecen poco peligro ya, merced a un sistema empleado para hacer conductora toda la masa, que le permite navegar en plena tempestad y rodeado de descargas eléctricas. Tampoco los huracanes ocasionan reacción temible sobre el globo; pero ésta y otras perturbaciones atmosféricas, que en general ocasionan retardo en la marcha, pueden ser salvadas por un rodeo, cuyo diámetro no suele llegar a 350 kilómetros, y que no supone un

grave retraso, dada la cuantía de la distancia total a salvar.

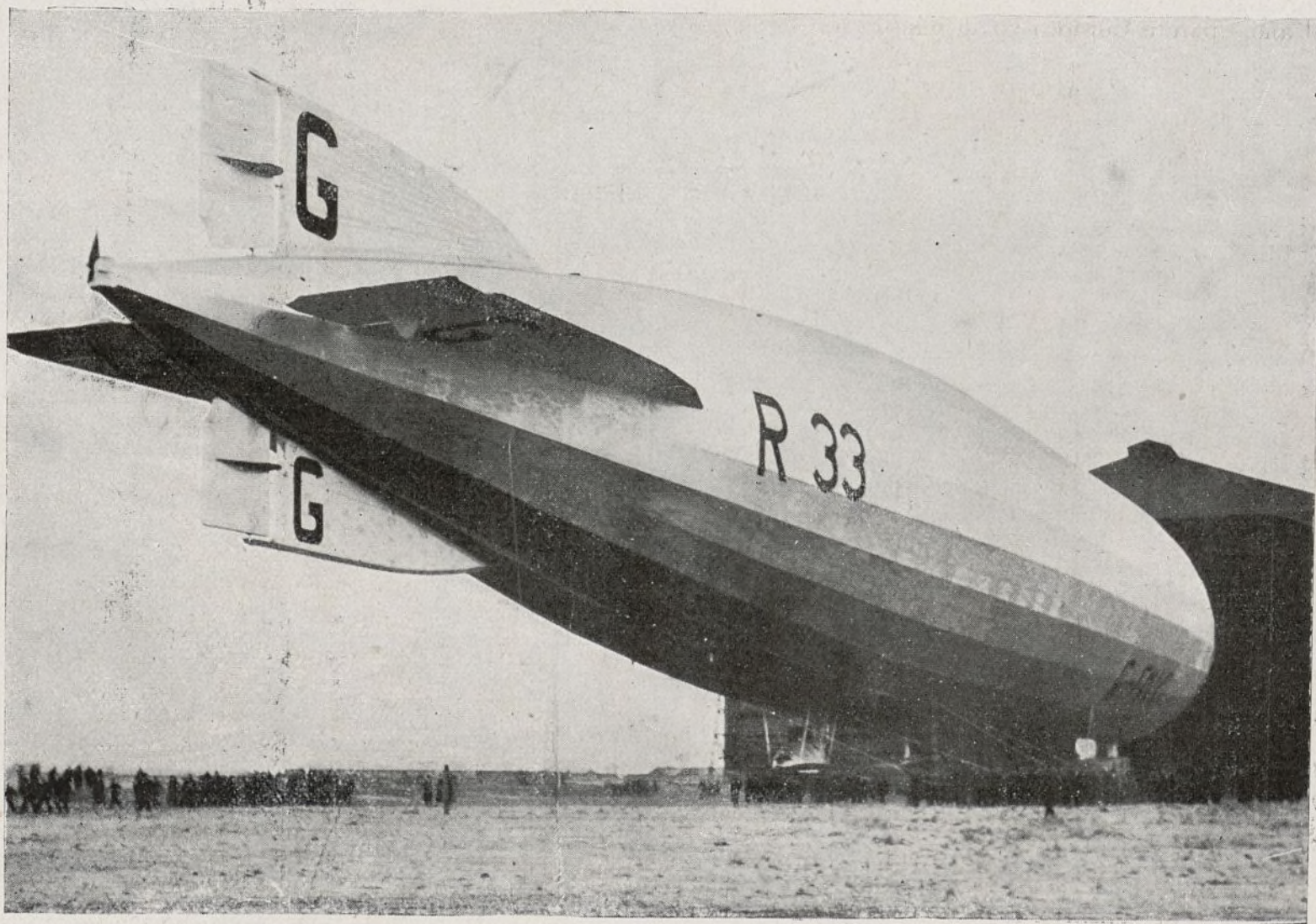
Ciertas precauciones para evitar los incendios completan la seguridad que estas aeronaves pueden ofrecer al viajero, no mucho menor que la que le pueden prestar los modernos vapores trasatlánticos.

Calcúlase actualmente que el precio del pasaje será de unas 6.000 pesetas, y el franqueo de una carta sólo ascenderá a 2,25. Ya se aprecia que no resultará muy caro el transporte, si se compara con lo que en la actualidad cuesta efectuarlo por vía marítima.

do entre los españoles la aparición del Real decreto antes aludido.

Pero si todo ello no pudiera bastar para que en estos momentos se vieran amados el interés y voluntad de todos nuestros compatriotas, debiera determinar el hecho de que ahora intenten reunir ciertas ideas de marcada tendencia que, a buen seguro, no lograrán desfigurar las cosas, ni desviarlas de su cause normal.

Pretender hallar la solución del problema de que se trata en el establecimiento de una línea servida por



Un dirigible rígido del tipo a que pertenecen los que harán la travesía trasatlántica.

Las inmensas ventajas que el establecimiento de esta línea ha de reportar a España y al resto de Europa, por encauzar a través del territorio español toda la corriente comercial europea-sudamericana; la importancia que podrá tener como elemento de defensa nacional, llegado caso; la posibilidad de complemento de esta línea con otras auxiliares (Sevilla-Génova, Pernambuco-Buenos Aires, Buenos Aires-Chile, América Central, Cuba y otras), que enlazarían nuestra España a todas sus antiguas colonias, en las que su nombre suena hoy como el de madre ausente, nunca como de antigua dueña; y, en fin, las consecuencias favorabilísimas que ha de tener por lo que afecta al levantamiento de nuestro decaído espíritu, en otro tiempo tan emprendedor de grandes obras, justifican sobradamente la expectación que ha causa-

aviones, dividiendo el trayecto en 15 ó 17 parciales y efectuando la travesía trasatlántica en vapor, duplicando así la duración del recorrido y precios del transporte con relación a los que resultan del proyecto antes expuesto, y centuplicando las molestias del pasajero, a cambio de disminuir notoriamente las garantías de éxito en su viaje, es algo que no puede convencer a nadie en estos tiempos y que, desde luego, no es posible llamar *aéreo*, sino de modo muy relativo y convencional.

Creemos, pues, que ello es inútil, tanto como intentar discutir a España las ventajas que en esta ocasión le reporta su situación geográfica, que, por desgracia para quien intenta mermárselas, no puede modificar la mano del hombre.

GAVO

CURIOSIDADES

Navegación aérea y marítima combinadas

Un ingeniero ucraniano, M. Georges de Gazenko ha hecho sobre el Rodano y Mediterráneo la prueba de un nuevo aparato, el "océanoplano" o "pulga del mar", intermedio entre el navío y el hidropiano.

Este inventor ha podido establecer tres "records" para hidrodesslizadores con su modelo de estudio: 1.º, "record" de distancia sobre el mar (200 kilómetros); 2.º, "record" de duración en el mar (siete horas); 3.º, "record" de velocidad, cubriendo la distancia Marsella-Cette, en 2,45 en lugar de 5,30 en buque, y 4,25 en el tren más rápido.

Se propone ir a Dakar primero, luego de Dakar a Pernambuco y Río de Janeiro, solo y sobre ese débil aparato de una sola tonelada de desplazamiento.

El principal inconveniente que le encuentran los especialistas es la incapacidad en que este aparato se encuentra de mantenerse en el mar en caso de "panne". Mas a pesar de una rotura de hélice en alta mar, y a pesar de la tempestad, la "pulga de mar" de M. Gazenko, ha podido alcanzar la costa sin dificultad.

La "pulga de mar" es una embarcación de fondo plano que puede despegar de la superficie del agua sobre la cual se desliza al comenzar la marcha, y, apoyándose sobre los tres estabilizadores, dispuestos en triángulo isósceles, cuyo vértice es la cola del aparato, lanzarse a una velocidad de 80 a 140 kilómetros hora por encima del agua.

Los primeros constructores de máquinas voladoras tomaron a los pájaros por modelos; M. de Gazenko ha tratado de imitar la progresión de la pulga.

Su aparato avanza, en efecto, por saltos sucesivos, utilizando las patas como estabilizadores.

He aquí una breve descripción del aparato: la quilla es de madera, de una longitud total de un metro 68 centímetros. Tiene un motor de una potencia de 180 c. v., y su línea de flotación, en reposo, es de 8 centímetros. La proa está provista de un espón rompe olas. El castillo de pilotaje, donde están agrupados todos los mandos del aparato, permite gobernarlo de pie y mirar hacia atrás.

En la parte posterior del castillo se encuentran: la cabina de los pasajeros, un cuarto de aseo y la cocina y, en fin, el motor que acciona una hélice aérea.

Sobre el plano superior hay dos alas.

Lateralmente hay dos estabilizadores equilibradores y uno en la cola, como ya hemos dicho. Estos estabilizadores equilibradores, blindados, contienen caucho trabajado en "nido de abejas" e hidrógeno, o—si ello es posible—de helio. Uno de estos gases puede ser incluso inyectado en los equilibradores desde el propio castillo de mando, para aumentar, si ello es preciso, su capacidad de flotación.

De todas maneras, antes del arranque los equilibradores están dispuestos según el peso total del aparato, de suerte que puedan sostenerlo.

Los brazos que lo soportan están articulados en su sección, mediante rótula.

El aparato tiene alumbrado eléctrico, y los principales contactos, como el del proyector, se instalan delante del piloto. Un aparato de T. S. H. asegura a la "pulga de mar" su comunicación con la tierra.

Si se pone el motor en marcha, el "océanoplano" arranca a una velocidad de 12 kilómetros por hora, aproximadamente; velocidad que aumenta progresivamente. Cuando es suficiente, el piloto, como en un avión, acciona las aletas y les hace tomar la inclinación necesaria.

El aparato se eleva, los estabilizadores se aproximan, continúa su movimiento a una altura de 80 centímetros por encima del agua, conservando sobre la masa líquida los tres puntos de apoyo de sus equilibradores.

De esta suerte evita el contacto directo del agua y queda preservado de los choques.

Cuando se corta el gas del motor, la progresión del aparato se contiene. La presión del aire debajo de la quilla plana disminuye. Entonces el peso del conjunto aumenta. En estas condiciones, los estabilizadores se separan y la quilla del "océanoplano" toma contacto con el agua. El piloto acciona entonces, simultáneamente, un freno aéreo y un freno marino, para que el aparato se inmovilice instantáneamente.

Las ventajas del "océanoplano" de Gazenko parecen ser notables. Su construcción es poco costosa. Su estabilidad es completa. En fin, su manera de avanzar rozando a penas el agua con una parte de los estabilizadores evita toda resistencia, como el oleaje, inevitable para otro cualquier aparato. La velocidad que puede alcanzar llega a 140 kilómetros por hora.

La tentativa que M. Gazenko proyecta realizar no es más que un ensayo. Su aparato actual no está destinado ni a la explotación comercial, ni a hazañas deportivas. No ha sido establecido más que con una finalidad de estudio y de perfeccionamiento de las condiciones de transporte por aeronavegación.

Si llega al término de su viaje habrá sido el primer navegante que haya cubierto en plena mar de 10.000 kilómetros en una embarcación de tan poco volumen.

Desde luego, las experiencias del ingeniero Gazenko abren nuevas perspectivas a la navegación, y aunque comercialmente no pueda parecer, por el momento, al menos, excesivamente práctico el inventor, es evidente que, desde un punto de vista deportivo, el nuevo aparato tendrá un gran porvenir. La posibilidad de ir navegando a saltos en la original forma que se ha descrito tiene que procurar emociones que no se logran en la navegación aérea o marítima. Después de todo, la práctica es la que dirá la última palabra respecto a este y otros inventos maravillosos



PASOS SOBRE LA NIEVE

NOVELA CORTA POR
HENRI DUVERNOIS

I

—¿El señor comisario?

—Vendrá en seguida, caballero. ¿Se trata de algo urgente?

—Muy urgente.

—Vaya usted a buscarle, Renompré.

El recién llegado sacudió su pesado capote, sobre el que blanqueaba la nieve; tomó asiento cerca de la estufa; resopló con fuerza y golpeó, impaciente, el suelo, con sus gruesos zapatos.

Los dos guardias le miraban con el rabillo del ojo. Era desconocido en el país. ¿Qué motivo podía llevarle a molestar a las ocho de la mañana al señor comisario de Policía, encargado de la seguridad de Garleville, pequeña población de paz octaviana?

Sentían verdaderos deseos de interrogarle, acuciados por una doble curiosidad: pueblerina y policíaca; pero el ciudadano no tenía aspecto de hombre expansivo. Oprimía con sus manos el grueso bastón de espino, y en su rostro congestionado—sembrado de erizados pelos—se leía un terror extraño.

Un ruido de sillas movidas violentamente anunció la entrada del comisario en su despacho.

Había sido interrumpido en sus abluciones matinales y llegaba abrochándose la bata.

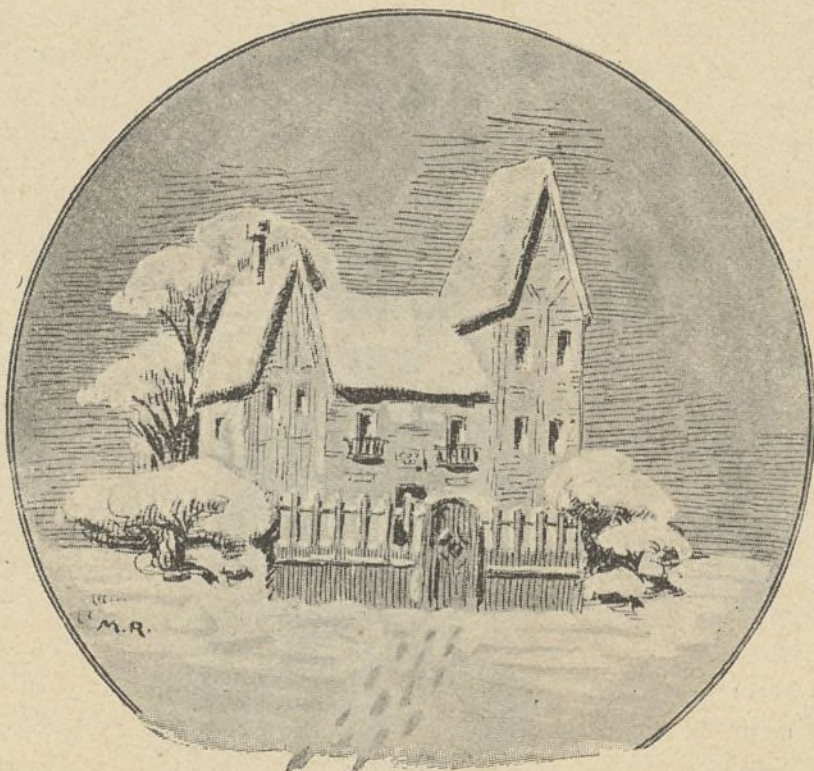
—¿De qué se trata, caballero?—interrogó con brusquedad al recién llegado, cuando lo tuvo frente a su mesa.

El hombre desconocido, sin contestar, tomó una silla.

—¿Me permite usted? Me llamo Carlos Ledrú, soy propietario de una villa situada en Garleville, cerca de Rempart. La villa "Mi Elena". Usted no me conoce. Esto nada tiene de particular, porque sólo hace ocho días que estoy en el pueblo. Compré la villa "Mi Elena" a su antiguo propietario, Hipólito Besnier, hace próximamente dos años. Esperaba descansar en ella. Los negocios lo dispusieron de otro modo. Al día siguiente de convertirme en propietario de esa villa, un cable de Buenos Aires me comunicaba que una sucursal de mi casa se hundía por la impericia y la deslealtad de mi socio...

—No veo...

—Permanecí en Buenos Aires dos años, el tiempo necesario para rehacer el negocio y traspasarlo. Durante mi ausencia me limité a cerrar la villa, confiando las llaves a un buen vecino, el viejo Broc. Como sabe usted, la villa "Mi Elena" es la más hermosa del país. La casa es pequeña; pero tiene un gran parque, un bello jardín y unas siete hectáreas aproximadamente de terreno excelente. Yo conozco poco mi propiedad, porque sólo llevo en ella una semana. He traído conmigo un criado. El antiguo guarda de la villa había muerto poco antes de ser comprada por mí.



Compré la villa "Mi Elena"...

Unos seres misteriosos entran en la casa

Carlos Ledrú hizo una pausa. Luego siguió:

—Pues bien, señor comisario: desde ocho días, sin que yo haya podido averiguar por dónde vienen ni por dónde se van, entran gentes en mi casa.

—¿Le han robado a usted?

—No, señor.

—El antiguo propietario, Hipólito Besnier, ¿le indicó algún ruido sospechoso, alguna particularidad?

—Nada. Vivió en la villa, con su mujer, cerca de cuarenta años. El señor Besnier es un profesor, hombre de costumbres pacíficas. No hubiera permanecido en una casa sospechosa. Además, no es eso sólo. Visitan la casa seres misteriosos.

—¿No ha desaparecido nada del jardín?

—Nada.

—¿Entonces?...

—Entonces, tengo miedo; aumentado porque ni las investigaciones más minuciosas han dado ningún resultado.

—¿Qué indicios le permiten suponer que entran fraudulentamente en su casa?

—No lo supongo; estoy seguro de ello. El domingo último me sorprendió el silencio de mi perro, un dogo feroz que se llama "Thor".

La voz del señor Ledrú se debilitaba por momentos.

—"Thor", al que han hecho beber o comer alguna cosa, ha caído en un sopor de embrutecimiento. Acoge con pequeños suspiros ahogados, moviendo la cola y lamiéndoles las manos, a los vendedores y las gentes de blusa, a las que ladraba antes furiosamente, cuando no las mordía. Además, parece enfermo.

—¿Eso es todo?

—El jueves último—continuó el señor Lledrú—no podía conciliar el sueño. Fumaba una pipa, mirando las estrellas, “cuando oí voces bajo mi ventana... Voces...” Y yo no soy un loco ni un alucinado... Míreme usted: no tengo aspecto de ser una mujercita. Desperté a mi criado, bajamos con la escopeta y lo miramos todo, hasta el último rincón... ¡Nada! Y yo juraría haber oído voces. Al día siguiente dispuse que veláramos. Hacia las once de la noche percibimos un ruido ligero, levísimo... Yo no creo en los fantasmas, señor comisario, y me parece que con una buena escopeta se tiene a raya a los aparecidos...; pero aquellos pasos los oíamos muy cerca de nosotros: mi criado es testigo de ello. De nuevo buscamos, aunque inútilmente. Me decidí a no hablar de este asunto, cuando esta mañana ha ocurrido una cosa grave. A eso de las seis ha entrado en mi habitación el criado, despertándome con sus voces. “Señor—me ha dicho—: no sigo ni una hora más aquí. Estoy seguro de que vamos a ser asesinados.” Yo le he sacudido, diciéndole: “¡Despierta! Estás soñando. ¿Qué ocurre?” Y me ha contestado: “Hay pasos sobre la nieve.” En el acto me levanto, le sigo y me enseña, sobre la nieve, lisa como una alfombra, la huella clara y precisa de cuatro pies humanos. Estas huellas partían de unos arbustos, tras de los cuales se arroja todo lo inservible e inútil de la casa—he de advertir que no existe puerta ninguna en aquel sitio y que el muro está defendido por vidrios—, llegaban hasta el edificio y volvían otra vez paralelamente.

—Es extraordinario. ¿Y en el interior de la casa, no se observa nada sospechoso?

—Nada. La puerta estaba cerrada con doble vuelta de llave y no he podido comprobar el menor vestigio de forzamiento.

—¡Diablo, diablo!—murmuró el comisario—. He aquí un asunto complicadísimo. Permítame un momento para ponerme un abrigo y las botas y voy con usted. Tengo un guardia muy hábil que nos acompañará. ¡Renompré!

Apareció un hombre de bonachona cabeza y bigote blanco, bajo el kepis galoneado.

—Va usted a acompañarnos. Un momento, caballero.

—El tiempo urge—exclamó impaciente el Sr. Lledrú—. Piense usted en que el sol brilla y que la nieve se deshace con rapidez. Abajo espera mi coche.

El comisario estuvo ausente diez minutos, al cabo de los cuales volvió enfundado en su gabán y cubierto con un sombrero blando. Debajo del brazo llevaba una cartera. Salieron.



El Sr. Lledrú guiaba su vigoroso caballo normando, con enérgico puño.

Conforme avanzaban se notaba en él un miedo progresivo, que no era bastante a contener la presencia del pacífico comisario y del paternal guardia.

Este rompió al fin el silencio, declarando:

—Lo bueno que tiene es que aquí no hay apaches. Sólo teníamos un vagabundo: el hijo de la vieja; pero heredó setenta y dos mil francos su madre y le compró una frutería en el país vasco. Sólo suponiendo que haya vuelto...

El Sr. Lledrú se encogió de hombros. Habían llegado.

Sobre la verja se veían estas palabras, pintadas con letras azules sobre fondo rosa: “Mi Elena”, que difícilmente se leían, medio borradas por la lluvia y el sol.

Los tres hombres atravesaron una especie de parque a la inglesa, hundiéndose en el fango espeso.

—Los señores han tardado demasiado. La nieve se ha deshecho. Ya no podrán ver las huellas—dijo el criado, que salió a recibirles.

—¿No ha pensado usted en medirlas?—interrogó el dueño.

—No, señor.

—¿Es usted un idiota!; ¿me entiende? Un bruto.

Intervino el comisario:

—El tiempo sigue de nieve. De modo que si vuelven...

—¿Y si me asesinaran?

—Le dejaré a usted a Renompré toda la noche.

Se descubre un indicio.

En seguida empezaron sus minuciosas investigaciones.

Al terminar éstas, el comisario, que marchaba delante, se agachó, se levantó y se volvió pálido de emoción.

—¡Ya tenemos algo!

Y mostraba un trozo de encaje negro que estaba enganchado en una rama.

—Esto—agregó—ha pertenecido a una mujer. Uno de nuestros dos incógnitos es del sexo femenino. Es un dato. Renompré: usted vigilará toda la noche, y mañana temprano vendré por noticias.

El comisario se despidió. En el rostro del agente se reflejó una sonrisa.

—Va a tomar su café con leche. Cuando no toma su café, se pone enfermo. No está acostumbrado a moverse. ¡Es tan tranquilo Garleville! ¡Una población tan feliz! ¡Sólo teníamos aquel golfo: el hijo de la viuda!...

El Sr. Lledrú no pudo aguantar más; subió a su despacho, donde de ordinario fumaba innumerables pipas, con los pies cómodamente apoyados en unos infolios; pero este día la pipa le pareció detestable. El Sr. Lledrú no era cobarde; pero el misterio le espantaba. Capaz de hacerse respetar de media docena de malandrines, temía a la no-

che, fértil en pesadillas, con su ruido de pasos y de voces, y en la que veía, negras sobre la blanca nieve, las huellas de seres que llegaban a matarle.

A eso de las seis de la tarde comenzaron a caer los copos, con más fuerza que la víspera. Juan, el criado, se apostó en el piso bajo; el agente Renompré, en el primero. En cuanto a Ledrú, muy a disgusto, había dado orden de que le avisasen si se descubría algo sospechoso, echándose en un diván.

A las once, unos pasos que sonaron en la escalera le sobresaltaron, obligándole a gritar:

—¿Quién va?

—¡No tire usted, por el amor de Dios! Soy Juan, su criado... Acabo de oír voces... Murmuraban como la otra noche.

Bajaron a preguntar al agente, quien confesó que no había oído el menor rumor. Pero los tres hombres temblaban. Decidieron permanecer juntos en el piso bajo: abrieron muy despacito la ventana y la persiana y se refugiaron en lo más profundo de la oscura habitación.

Era una de esas noches claras y frías que hacen brillar la nieve bajo el resplandor de las estrellas. Ni un ruido. Los hombres esperaban, conmovidos hasta el fondo del alma por la magia de aquel cielo y por el virginal esplendor de la nieve.

Un árbol temblaba herido por los rayos de la luna, y sus grandes ramas, cargadas de nieve, fingían, en la luz, un gesto desesperado.

Sonaron las doce de la noche, o, mejor dicho, la hora gimió lejana, dulce y, apagada, como un lamento infantil, algo sollozó en la extraordinaria calma.

—¡Ah! ¡Ah!—musitó el agente con voz ahogada.

Era el perro. Le abrieron la puerta.

—Para lo que nos sirve—dijo el Sr. Ledrú—, es inútil que le dejemos helándose fuera.

Thor agitó la cola, azotando los muebles y lanzando pequeños ladridos de alegría. Parecía feliz. El Sr. Ledrú, indignado, le dió un puntapié. El perro se tumbó, y pronto roncaba como si fuese una persona.

Las horas transcurrieron. Amaneció. De repente se hizo una claridad tal, que se hubiese uno creído en los primeros tiempos del mundo, al despertar de la primera aída sobre la tierra virgen.

El parque se dibujó con sin par belleza, con su vestido de desposada muerta, y las estrellas desaparecieron en la palidez del cielo.

Los tres hombres, extenuados, se quedaron dormidos.

De repente los sobresaltó despertándoles, un campanillazo.

Juan corrió a abrir, y el agente Renompré recibió a su jefe en el vestíbulo.

—Sin novedad, señor comisario—dijo, conforme a la ordenanza, mientras se restregaba los ojos.

Llegó también el Sr. Ledrú.

—¿Sin novedad?—se extrañó el comisario—. Miren ustedes. "Aún están las huellas de los pasos sobre la nieve..." Son las mismas huellas de ayer... Pero no vuelven..., de donde resulta que todavía están aquí los individuos... Unas de estas huellas corresponden a pies de hombre; las otras a los de una mujer. Una mujer calzada con zapatos Luis XV...; la misma que dejó en los arbustos el trozo de encaje negro. Busquemos.

Pero las investigaciones fueron inútiles. Los hombres entraron en el piso bajo. El comisario opinó que debían esperar, y esperaron reflexionando, en un silencio que hacía mayor la nieve.

De pronto oyeron, como salidas de las profundidades de la tierra, cristalinas y apagadas a la vez, las notas de una vieja canción. "¡Tocaban el piano!"...

Los cuatro hombres se miraron, creyéndose, cada uno para sí, ser víctimas de una alucinación. El piano calló. Después volvía a sonar débil, casi imperceptible; pero el silencio lo hacía resonar, y aquella canción apagada, de una tristeza vencida, parecía llenar la campiña.

—Esto viene de aquí—murmuró el comisario—. Visitemos la casa. ¿Dónde tiene usted el piano?

—¿El piano?—dijo el Sr. Ledrú pensativo—. Espere usted. Sí, sí... Un antiguo piano roto... En una habitación abandonada.

—Vamos allá—propuso el comisario.

Con el corazón palpitante atravesaron el corredor. El comisario abrió la puerta. Al principio nada pudieron distinguir; pero pronto se oyó un grito de triunfo.

—¡Ya los tenemos!

Una voz débil respondió:

—¡Nos entregamos, señores! ¡No nos hagan daño!

Se descubre a los culpables.

Juan se apresuró a abrir las ventanas. Y los cuatro hombres vieron un espectáculo que los dejó estupefactos. Un inofensivo anciano, pulcramente vestido, con largos cabellos que encuadraban un rostro austero y lleno de sufrimientos, protegía a su compañera, una pobre vieje-



cita vestida con traje de encaje negro, que procuraba ocultar su rostro.

—¡Espere!... ¿Cómo?—exclamó el Sr. Ledrú—. ¡Yo conozco a usted!... Usted es...

La vieja señora sollozó.

—¿Qué gentes son éstas? ¿Qué nos quieren?

—Elena—dijo el viejo, ayudando a su compañera a levantarse—; con qué delicada precaución, con cuánta ternura!—, Elena; estos señores no nos quieren mal.

Pero ella continuaba gimiendo.

—¡Oh, estas gentes! ¡Estas gentes en nuestra casa!

—Yo te explicaré... ahora. Espéranos un momento en la otra habitación. Tengo que decir dos palabras a estos señores.

¡Con qué indescriptible ademán de cariño cogió a su viejecita compañera por el talle, empujándola con infinitas precauciones!

—¡Ve sin cuidado, querida mía!

Los hombres se miraron conmovidos. Y el anciano volvió a entrar solo.

—El Sr. Ledrú me ha reconocido—dijo sencillamente—. Yo soy Hipólito Besnier, profesor y antiguo propietario de esta villa. Ustedes no pueden imaginarse, señores, lo que ha sido esta casa para nosotros. La edificamos cuando aún éramos novios, y la di el nombre de "Mi Elena", que es el de mi mujer. Luego, cuando fué preciso venderla, cuando tuvimos que abandonar estas paredes, entre las cuales habíamos vivido cuarenta años de felicidad, señores, ¡qué dolor!...

Elena perdió la razón, dulcemente, como una luz que se apaga. Ha olvidado nuestra ruina; ha querido volver aquí, "a nuestra casa"—decía ella—; ¡a nuestra casa, señores!... ¡Esto me destrozaba el corazón! Y vinimos, empujamos una puertecilla que sólo nosotros conocíamos, y entramos en "nuestra casa"... Usted estaba ausente, señor Ledrú. Yo hacía esta comedia temblando; ¡pero era tan feliz mi Elena!

Ella tocaba en nuestro piano, que ahora es de usted, todas las canciones antiguas; yo lloraba. Bien merecía esta dicha el riesgo de recibir un tiro como un malhechor... Su perro no nos ha hecho daño ninguno, Sr. Ledrú; se hubiera dicho que comprendía que estábamos en "nuestra casa"; nos lamía las manos... Ahora nos han descubierto. ¿Va usted a enviarnos a la cárcel?

El comisario se quitó el sombrero.

—Caballero—dijo con voz tenebrosa—: es usted libre El anciano saludó.

—Se lo agradezco infinito, señores.

Luego entró en la habitación próxima, donde se le oyó decir:

—Vamos a marcharnos. El médico dice que no te conviene el campo en invierno. Hace mucho frío... Vámonos... Demasiado frío...

Y a los pocos instantes, los cuatro hombres veían cómo se alejaba, lentamente, la anciana pareja por el gran parque que cubría el blanco sudario de la nieve...

TESOROS

OCULTOS

No es sólo en el fondo de los mares donde hay probabilidad de hallar grandes tesoros, ni tampoco todos los que hay escondidos en tierra lo han sido por piratas románticos o bandidos legendarios. Muchos palacios y castillos ocultan entre sus cimientos grandes riquezas, allí depositadas por personajes históricos, de cuya autenticidad no es posible dudar, y que no ha sido posible encontrar de nuevo.

Se calcula que sólo en el castillo de los papas de Aviñón hay escondidos cien millones de pesetas; pero no hay nadie capaz de adivinar la situación precisa del escondite. Lo único que se sabe es que, en una noche de pánico horrible en el castillo, en 1367, el papa Inocente VII hizo esconder a toda prisa gran parte de sus riquezas. Supónese generalmente que fué en un patio; pero Mr. Brandenburg, escritor yanki, que recientemente se ha ocupado del asunto, cree que el tesoro debió ser cuidadosamente enterrado en un bosquecillo al Sur de la gran torre cuadrada del castillo, a menos de un tiro de arco de la misma.

De mayor misterio, y también de mayor interés dramático, está revestido el tesoro oculto en las ruinas de la antigua abadía de San Bavón, en Gante. Las autoridades eclesiásticas tienen prohibida toda investigación, y hasta procuran hacer desaparecer todas las tradiciones referentes al asunto. Sin embargo, acerca del tesoro en cuestión se sabe lo siguiente:

En 1758, un judío francés llamado Brisel huyó de

Guadalupe a Amsterdam, llevando consigo un gran tesoro adquirido en alguna colonia holandesa de la América del Sur. Sin duda la adquisición no fué muy legal, pues las autoridades le seguían la pista, lo cual bastó para que huyese también de Amsterdam y se fuese a Gante, en compañía de su criado, un negro de estatura casi colosal. Apenas llegó la noche, entre los dos cogieron un enorme saco de diamantes y otras riquezas, entraron en las ruinas de San Bavón, y mientras el negro estaba de centinela junto a la puerta, el judío enterró su tesoro. Al día siguiente, Boissel era detenido y se le condenaba a destierro. El negrazo se quedó en Amsterdam, donde fué recogido por un comerciante que se propuso obligar a Boissel a tomarle a su servicio otra vez. No pudo, sin embargo, conseguirlo, pues los marinos del barco que conducía al preso, enterados de que éste era judío, le maltrataron de tal manera, que a los pocos días murió.

Entonces habló el negro a su protector del tesoro escondido en San Bavón; pero habiéndosele conducido a las ruinas, no supo encontrar el sitio donde estaba. La operación de esconderlo se había hecho en una noche oscura, y hallándose el pobre negro apartado de su amo y preocupado por un miedo invencible, de modo que le era imposible recordar nada de lo que Boissel hizo allí.

JUEGOS FLORALES ~ ~ LEMA PAX

Con gran brillantez tuvo lugar en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, los juegos florales organizado por el Casino de Clases del Ejército. Fué un acto que puso de relieve la labor cultural que está realizando el patriótico sentimiento que anima a sus organizadores. Reproducimos gustosos la poesía premiada, de D. José Oliver Molina, titulada «Una Madre», cuya lectura arrancó grandes aplausos de la selecta concurrencia a tan simpática fiesta

Cortó la guerra los divinos lazos
de todos los amores
y todas las ternuras...
Quedáronse las fábricas sin brazos,
los jardines sin flores
y la humana colmena sin dulzuras...
Se olvidó la evangélica palabra
del hermano Francisco
de Asís... Abandonaron el aprisco
los corderos, en lobos transformados...
Trocóse Europa en un festín sangriento,
en una orgía horrrisona y macabra
que de Moloc, el ídolo cruento,
se ofrendó en los sacrílegos altares...
Lloraron las campanas en el viento...
El cañón en la tierra y en los mares
alzó su voz con bárbaro ardimiento...
Vistiéronse de luto los hogares...
...Y es entonces mi cuento...

Descansando en las manos sarmentosas
sus venèrables frentes arrugadas;
las bocas doloridas, silenciosas,
y turbias y llorosas
las seniles pupilas apagadas,
un viejo matrimonio, dulcemente,
viendo morir la tarde allá, a lo lejos,
su dueño evoca por el hijo ausente...
¡Qué alegre está la tarde, que sonriente,
y que tristes, que tristes los dos viejos!...

Las temblorosas manos invernales
de la mujer, del pecho dolorido
extraen un papel con las señales
de haber sido mil veces ya extraído,
un papel muy rugoso, que está ungido
con lágrimas y besos maternos.

Lo contempla un instante, cual preciosa
reliquia de sus íntimos anhelos
y reza, fervorosa,
esta oración que sube hasta los cielos:
—¡Bendita carta que de los lejanos
horizontes de España a mí viniste,
y apenas en mis manos

inundaste de luz mi vida triste!...
¡Bendito el rey de España
Alfonso XIII, por quien he sabido
que el hijo ausente, a quien lloré perdido,
vive, aunque prisionero, en tierra extraña!...
¡Sea la guerra maldita
y maldita mil veces quien concita
tal cúmulo de horrores y de duelos,
por un falso espejismo,
por una exaltación de su egoismo,
sobre los patrios suelos
que hoy semejan oscuros panteones
y que eran, hasta ayer,
un jardín aromado y florecido...
E interrumpe el marido:

—La guerra es el honor de las naciones.
No maldigas, mujer...

Transcurren en silencio unos instantes
y lo rompe la madre nuevamente
siendo sus propias frases cual sedantes
bálsamos del dolor que su alma siente.



Don José Oliver Molina, poeta premiado

La desgraciada madre otra vez grita:
—¡Sea la guerra maldita!
¡Malditos los que mi hijo me han quitado!
¡Bendito el Rey Alfonso que ha evitado
a las hispanas frentes maternas
las horas de dolor que yo he pasado!
¡Bendito el santo rey de las Españas
que me trajo el consuelo de saber
que al hijo que llevara en mis entrañas
he de volverlo a ver;
que su innata bondad hasta aquí vuela
y nos transmite nuevas, generoso,
de los hijos, del padre, del esposo,
nuestro dolor consueña
y nuestra eterna gratitud merece!...
¡Bendito veces mil Alfonso XIII!...
Que cuando haya pasado
la horrible pesadilla de la guerra

y de nuevo se escuchen en la tierra
dulces frases de amor, no el ronco trueno
del cañón, que da espanto,
sonría a quien sonría la victoria,
al rey Alfonso llamará la historia
Alfonso XIII el Bueno,
Alfonso XIII el Santo
Alfonso XIII el de la eterna gloria...

Las alas de la tarde allá, a lo lejos,
se posan... Anochece...
Se viste de oro y fuego la montaña...
En los marchitos labios de los viejos
una oración dulcísima norece:

“¡Por la salud de España!
¡Por la salud de Don Alfonso XIII!”

JOSE OLIVER MOLINA

NOTAS DE UN CURIOSO

Las viudas del congo.

En el Congo, desde que el marido muere, la viuda iza una gran bandera colorada sobre la puerta de su casa. Mientras la tela de la bandera permanezca intacta está prohibido que la mujer vuelva a casarse. Pero si el viento la desgarró en seguida, el período de la viudez ha terminado y la mujer queda relevada de seguir guardando el culto del difunto, empieza el desfile de pretendientes, cuando los hay, y puede aceptar nuevo compromiso y casarse cuando mejor le acomode.

Ningún joven enamorado se atrevería, para anticipar la realización de sus aspiraciones al matrimonio, a desgarrar durante la noche la bandera, porque se expone a serios castigos, no siendo el menos terrible el de imponer la obligación de renunciar para siempre a la mano de su Dulcinea.

La bigamia autorizada.

El caso más notable en que la bigamia ha sido no sólo autorizada, sino estimulada por medio de una ley, se encuentra en la historia de Alemania del siglo XVII.

La guerra de los treinta años (1618 a 1648), que se llevó a cabo con gran salvajismo por parte de la soldadesca empeñada en ella, redujo la población de Alemania de 20 millones a 16; algunos historiadores dicen que a 5 millones.

Comarcas enteras quedaron convertidas en desiertos.

Para ayudar a remediar tan lamentable estado de cosas, se promulgó una ley en 15 de febrero de 1650, por la cual la dieta de Francfort, reunida en Nuremberg, “permitió a cada uno que se casara con dos mujeres, teniendo en cuenta la superioridad numérica de las mujeres sobre los hombres”. (Menzel, “Historia de Alemania”).

La resistencia del hombre.

El hombre puede mantenerse con toda clase de alimentos, porque la tenacidad de la vida humana es maravillosa. Una prueba extraordinaria de resistencia fué llevada a cabo por Weston, quien en 1879 anduvo 3.650 kilómetros en mil horas. Hechos como este pueden citarse a millares. Williams Gale atravesó 7.408 kilómetros en cuatro mil períodos consecutivos de diez minutos.

El único animal que puede competir con el hombre es el camello, el cual puede vivir durante diez y aun quince días sin beber agua, haciendo jornadas a través de los áridos desiertos de Oriente.

El reno es también otro animal digno de compararse con el camello en cuanto a resistencia, porque puede transportar una carga de cien kilos con la velocidad de veinte kilómetros por hora. Cuéntase de uno que llevaba despachos de gran importancia, 320 leguas con un paso no interrumpido de seis leguas y media por hora. Este animal, al final de la jornada, murió. Se conserva su retrato en el palacio de Stokholm.

La señora Brown abrió su álbum con orgullo.

Las páginas eran de pergamino, y las que estaban firmadas por escritores ya fallecidos aparecían adornadas con pequeños moños de crespón. Los autógrafos eran innumerables.

Todo cuanto tiene un nombre en nuestra época figuraba allí. Hasta reyes habían puesto su rúbrica en el álbum. Pianistas habían escrito versos en él. Poetas habían dibujado; pintores habían enviado tres líneas de música.

En verdad, los firmantes no habían hecho grandes sacrificios, y el resultado no era famoso por las meditaciones a que se había librado un matemático, por ejemplo, que dió a luz un retruécano, o un célebre general que había dado vuelta a un epigrama galante. ¡Pero todos estaban allí!...

No; faltaba uno. Y aquel demonio de Liliana Field lo vió en seguida.

—¡Oh, Elisa!—exclamó negligentemente—. ¿Cómo no tenéis un autógrafo de Edmundo Roland?

La señora Brown casi se desmayó.

—No pude conseguirlo—balbuceó—. No conozco a nadie que tenga intimidad con él, y además es intratable. Dice que si tuviera que atender todas las solicitudes, pasaría su vida echando firmas. Sin embargo, le dirigí una petición y no fué contestada.

—Querida, debierais empeñaros seriamente en obtenerle... Edmundo Roland es el hombre del día. Es un poeta sensacional, verdaderamente, y no resistiría a una de vuestras sonrisas.

—Habría que poder intentarlo—gimió Elisa atormentada—. Sin embargo, aun no me declaro vencida: tendré su autógráfo; cueste lo que cueste, conseguiré sacárselo.

—Justamente ahora—insistió Liliana Field—veranea cerca de Guéthary. Va todos los días a Hendaya, en ferrocarril, a ver a una de sus hermanas o a una amiga suya, no sé de fijo.

—¡Ah!—hizo Elisa—. Gracias por el consejo.

Después se habló de otra cosa.

Cuando quedó sola, se arrellanó en un gran sillón y reflexionó profundamente.

Así quedó durante horas, hasta que el sol hubo desaparecido en un rayo violáceo detrás de las montañas de Sococa.

Al día siguiente, Edmundo Roland se hacía conducir a la estación de Guéthary. "Venid a buscarme a las siete."

Después cruzó la calle y entró en una salita de espera, donde un "¡Viva Roland!", acompañado de una tosca caricatura con tiza, le obligó a calarse sobre los ojos, con gesto instintivo, su ancho sombrero gris.

Lanzó un suspiro. La popularidad le molestaba en aquel país, donde tan agradable hubiera sido ser un

transeúnte anónimo que tiene el derecho a gozar del aroma de las flores sin ver surgir de un matorral un aficionado a instantáneas y a contemplar el mar sin sufrir el asedio de algún "repórter".

El tren llegó. Roland se instaló en un departamento cuya puerta estaba por cerrar, cuando sintió que alguien se oponía a ello.

Insistió. El intruso, o mejor dicho, la intrusa quedó victoriosa. Masculló algunas palabras de excusa y se puso en un rincón, desde donde examinó el paisaje, con el terror de que la vaga forma femenina, que adivinaba en la otra extremidad del banco, se pronunciara y entablara conversación con una de estas frases admirativas que lo enervaban ahora, después de haber lisonjeado durante tanto tiempo su vanidad.

Por otra parte, la mujer lo miraba de hito en hito; estaba seguro de ello; sentía cómo su mirada pesaba sobre él.

Pero el silencio fué completo.

Hastiándose y molestado por el sol, el poeta cerró la cortinilla y echó un vistazo sobre su vecina. Esta era encantadora.

Se ocupaba en las pequeñas menudencias divertidas de las mujeres que se instalan para un cuarto de hora como para un día entero. Se quitó el velo y la toca e hizo revolotear unos adorables cabellos rubios que parecían espuma de champaña; después apoyó la cabeza en las dos manos, como quien va a entregarse a algún sueño melancólico.

Roland, con ganas locas de fumar, sacó su petaca.

—¿La incomoda el humo, señora?

La señora tuvo un gesto negativo; el escritor quedó sorprendido. Por la manera con que lo había mi-



rado un momento antes, esperaba una explosión de: "¡Querido maestro! ¡Pero mi querido maestro..., qué honor! ¡Maestro querido...!", y toda la retahíla de los sosos cumplimientos con que lo agobiaban. ¡Pero no! Nada de eso.

Y Roland se sorprendió con un matiz de despecho. Mientras fumaba, miraba de soslayo la cabeza inclinada de su vecina, su cuello de un garbo adorable.

De repente ella se levantó y trató de bajar el cristal. Roland tuvo que precipitarse y hacerle aquel pequeño servicio, por el cual ella le dió las gracias con leve movimiento de cabeza, triste y gracioso.

—Por lo menos—pensó—he aquí una que no es charlatana. Acaso no sepa quién soy yo. ¡Sin embargo, esa mirada...!

Y él, que detestaba que un extraño le dirigiese la palabra, llegó a desear que su compañera de viaje le hablase. Tiró el cigarrillo.

—Estoy seguro de que el humo le es desagradable, señora—dijo—. Este tabaco rubio contiene tanto opio...

La desconocida meneó otra vez la cabeza y sonrió; y no hubo más. Cada vez más intrigado por la contradicción de este silencio, el poeta exclamó:

—¿No teme usted las corrientes de aire, señora? Podría cerrar la puertecilla.

Entonces ocurrió algo extraño: la hermosa rubia sacó de su bolsita un bloque de apuntes y escribió, con letra grande y clara: "Señor, soy muda. Gracias; la corriente de aire no me molesta".

De tal manera se sintió Roland emocionado por

aquella desgracia, que con un gesto lleno de lástima se quitó el sombrero. Después hizo una seña a la desdichada para que le confiase el librito, en que escribió: "Os doy la seguridad, señora, de mi más profunda y respetuosa simpatía". Y firmó.

La muda se apoderó del papel como de una presa, y lo hizo desaparecer en su bolsita.

En este momento llegaron a la estación de Hendaya. La viajera, apresuradamente, volvió a colocarse el velo y la toca, y saltó del vagón, no sin lanzar a su compañero una última mirada de gratitud.

* * *

Tres días más tarde se jugaba al "tenis" en el jardín de Elisa Brown. Esta riñó a Liliana Field:

—Juegue usted bien, querido.

—No sé..., no puedo.

—Se puede lo que se quiere.

—No siempre. ¿Quiere usted un ejemplo? El autógrafo de Edmundo Roland.

—¿Sí? Eso es poca cosa; lo tengo.

Arrojó la raqueta, corrió a la quinta y volvió triunfante, con su álbum abierto. En una página, orlada de un dibujo alegórico, en que el señor Brown multiplicó los ecos de la fama, se leían estas palabras: "Os doy la seguridad, señora, de mi más profunda y respetuosa simpatía.—Edmundo Roland".

Todos se admiraron.

—¡Es sorprendente! ¿Pero cómo lo ha obtenido usted tan pronto?

—Ese—repuso Elisa, riendo—, ése, hijos, es mi secreto.

Strobeck, la ciudad del Ajedrez

Los aficionados al noble juego que estudió magistralmente el rey don Alfonso el Sabio, y que ha dado fama universal a campeones como Ruy López, Murphy y Capablanca, acaso no conocen un interesante vivir de ajedrecistas, único en el mundo: un pueblo en el cual todos los vecinos, desde los chicos en la escuela hasta los ancianos en el rincón del hogar, dedican la mayor parte de sus ocios al cultivo del juego del ajedrez. Ese pueblo es Strobeck, situado cerca de Halberstand (Sajonia).

De Strobeck puede decirse, sin incurrir en exageración, que es el mayor casino ajedrecista que ha existido y existe en el orbe.

La devoción al juego del ajedrez reviste en este pueblo-casino caracteres verdaderamente originales.

En tiempos muy remotos, un príncipe de los vénedos, oriundo de Sarmacia, cayó prisionero de las huestes de Strobeck, que lo pusieron a buen recaudo

en el histórico castillo que aun gallardea en la citada localidad sajona.

El cautivo, para distraerse en las interminables horas de soledad y de reclusión, convirtiéndose en maestro de ajedrez de sus carceleros, que se aficionaron con apasionado entusiasmo al disfrute de las emociones del gambito y del jaque doble. La afición de los guardianes del príncipe contagiase intensa y rápidamente a los demás habitantes de Strobeck, transmitiéndose a sus descendientes, que, respetuosos con la tradición, siguen rindiendo culto a ese juego y elevándolo a la categoría de verdadera institución local.

En Strobeck se registra el caso curiosísimo de que la enseñanza del juego del ajedrez figura con carácter obligatorio en los programas de las escuelas primarias de niños y de niñas. Y los alumnos acuden a las escuelas provistos de tableros, peones, reyes, torres, alfiles y caballos.

El escritor, por el solo hecho de serlo, hácese profeso de la religión de lo bello; en ella ha de tener cabida cuanto signifique justicia y nobleza: he ahí por qué considerándome uno de los más insignificantes cofrades de la sin par andulencia de las letras, quiero suplir, mejor dicho, compensar mi sequedad haciendo algo que grande parezca: ello va a ser divulgar lo que a los iniciadores de la copiosa literatura militar española debemos, haciendo que la divulgación, en este caso, sea sinónimo de homenaje.

Recorriendo nombres de los que honraron nuestras letras, a partir del término de la primera guerra carlista, en cuya fecha puede decirse que comienzan surgir los escritores militares modernos, uno de los primeros es *Serafín Estébanez Calderón*, hombre de armas y letras, que hizo prácticamente buena hermandad por Cervantes creada en su famoso e inolvidable, por el llamado discurso.

Allá por el año 1840, cuando, por fin, pudo considerarse terminada la fratricida lucha, que pareció y debió concluir con el convenio de Vergara, ultimado el 31 de agosto de 1839, la oficialidad del Ejército, libre del sobresalto que la vida de campaña produce, pudo dirigir sus iniciativas hacia rumbos de ilustración y cultura.

Algo que los intelectuales expusieran antes de la guerra, lo practicado durante ésta, ofrecían ancho campo a las discusiones técnicas; siguiendo la reacción del progreso, que en todos los órdenes sociales comenzó a verificarse, apareció en el estadio de la Prensa, con más arrestos de los que a su poca edad correspondía, la *Revista Militar*, fundada y dirigida por el general San Miguel, a cuyos restos pudimos rendir pleitesía la generación de hoy, acudiendo a su traslado desde la Sacramental, en que reposaban, al cementerio de la Almudena, hace cuatro años.

Como un solo hombre, acudieron a llenar las páginas de la Revista cuantos habían hermanado el sentir lo bello con el pelear, convirtiendo esta última acción en lid noble y gallarda; de cuantos contribuyeron a ilustrar a la opinión en materia bélica, todos ellos de benemérita memoria, uno de los que merecen especial mención, cual homenaje de agradecimiento por las enseñanzas de él recibidas, es el auditor *Serafín Estébanez Calderón*.

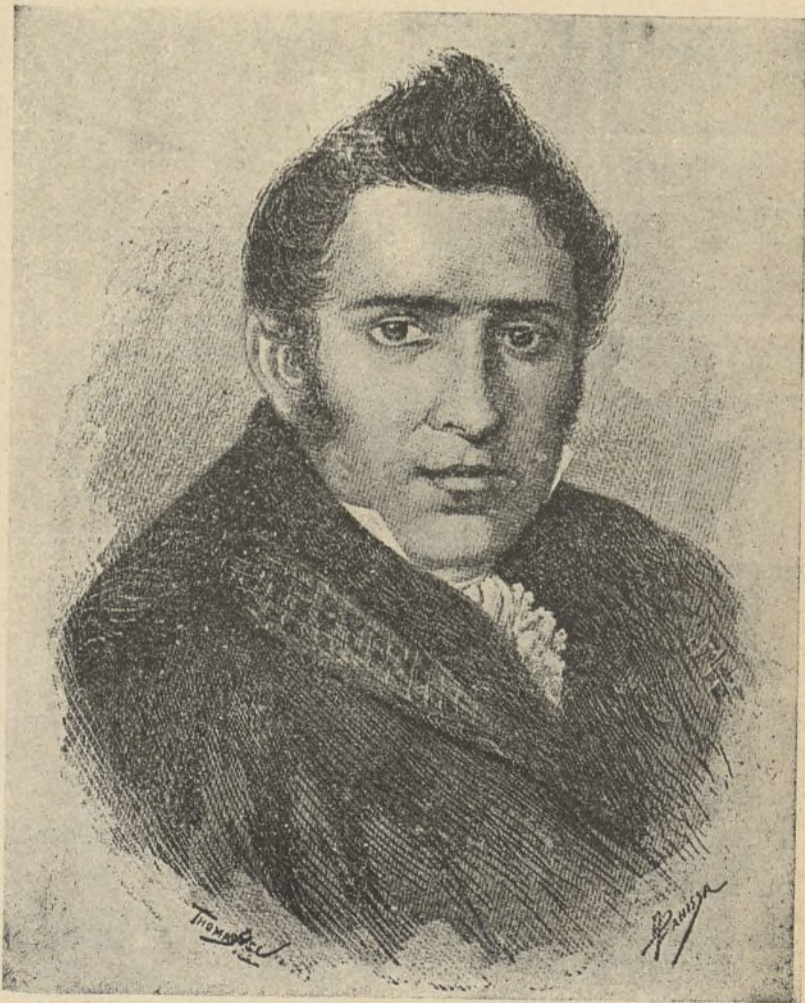
Oriundo de las costas de Andalucía y nacido en las últimas horas del siglo XVIII (Diciembre de 1799), cursó en la Universidad de Granada la carrera de Derecho, en cuyo ejercicio siguió hasta los treinta años, a cuya edad, nobles ambiciones le trajeron a Madrid, dándose a conocer en seguida como excelente escritor, especializado, desde el primer momento en la monótona tarea de reconstituir luchas que fue-

ron, revolviendo en archivos y Museos cuantos datos hallaba.

En 1834, el general Zarco del Valle que, como redactor de la *Revista Militar*, conocía las dotes excelentes de su camarada de pluma Estébanez, le nombró Auditor general del Ejército que en el Norte luchaba contra la facción; el hombre de leyes supo adaptarse de tal modo a la vida de soldado, que tuvo el honor de colocar sobre su pecho la cruz de San Fernando.

Evidenciando lo que su talento podía dar de sí, sin descuidar la complicada tarea de asesorar, en una guerra civil en que ambos adversarios eran fuertes, mientras permaneció en campaña, que fué hasta fines de 1836, supo aprovechar una rara oportunidad y aprendió el árabe, con la perfección que lo hacen todo los hombres de cerebro privilegiado.

Semejante distracción de los ocios de la guerra le permitió ser útil a sus camaradas; llegado a la edad madura, hizo un viaje a los países africanos, y durante él, el idioma aprendido y sus condiciones de historiador le impulsaron a escribir un *Manual de Oficial en Marruecos*, que aun hoy puede servir como texto de consulta; son más de uno los pensamientos allí expresados que, con otra vestidura literaria,



SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON
(De un grabado de la época.)

aparecieron en distintas obras, sobre todo, en una extranjera, que fué considerada como la última palabra en el arte de guerrear en el Mogreb.

Queriendo, sin duda, poner sus aptitudes al servicio de algo indiscutiblemente grande, ideó redactar la *Historia de la Infantería Española*, cuyo trabajo hubo de suspender al ser destinado, como Auditor, al Ejército que en 1849 envió España a Italia, reanudándola a su regreso.

Sin embargo, obra de tal importancia, cuya realización le fué encomendada en 1847 por Real orden, no llegó a ver la pública luz, notándose algo de confusión en lo que sobre el asunto dicen los escritores de aquella época y algunos que con posterioridad se ocuparon de tal intento.

Es unánime la creencia de que la obra aludida hubiese sido un *modelo de arte y de copiosa y segura erudición*; lo afirman, entre varios, Cánovas del Castillo y Barado, autoridades indiscutibles. ¿Cuál fué la causa de que no exista en nuestras bibliotecas lo que pudo ser un monumento de la Infantería española?

Según frases del primero de los escritores nombrados, "ni aun entonces pudo Estébanez resignarse a trabajar continua, ordenada y metódicamente". Lo que hizo fué acumular materiales inmensos, con el concurso de la comisión puesta a sus órdenes, y es-

coger, en el ínterin, cierto número de episodios militares los que más lisonjaban a su gusto, para redactarlos inmediatamente, fuera cual fuera la época a que correspondiesen...; en nuestro Estébanez historiador supera siempre el arte a la minuciosa investigación, o la crítica recelosa y escéptica de que hacen gala los autores modernos."

Es lo cierto, que algún tiempo después de entregar original para dos tomos, pidió que se le continuaran facilitando los auxilios que primero se le dieron obteniendo, como resultado, una negativa. No falta quien relaciona el misterio con la publicación, en 1850, de la obra del conde de Clonard sobre tema parecido. Hay igualmente quien comenta el que los encargados de proporcionar data a Estébanez publicasen trabajos de índole análoga.

Sea de ello lo que fuere, el nombre del ilustre auditor merece ser conocido por quienes a las armas y a las letras dedicamos todo un vivir: rindamos pues el homenaje del recuerdo a quien, a más de lo nombrado, escribió numerosos artículos sobre asuntos históricos en la Revista militar y en la del Ateneo de Madrid, sobresaliendo de modo notable, los que reunidos, constituyeran el libro "Conquista y pérdida de Portugal, editado en 1884, en la Colección de escritores castellanos.

PARA PASAR EL RATO

En la escuela.

El maestro.—Viaje, ¿se escribe con b pequeña o grande?

—Un alumno precoz.—Si el viaje es largo, parece natural que se escriba con la grande, y si es corto, con la pequeña.

—¿En qué se diferencian un soltero y un casado?

—En que el casado hizo una majadería más que el otro.

CORRECCION

En la peluquería.

—¡El número uno!—grita el maestro.

—Servidor—y volviéndose a los que esperan— ¿alguno de ustedes está antes que el uno?

Junto a la puerta de un cine, ve don Lesmes a unos cuantos muchachitos con cara muy triste, sin duda porque no tienen para la entrada; le hace señas de que pasen y dice al portero:

—Hágame el favor de contar esos chicos.

El portero, sonriente por la buena acción, cuenta benévolo y dice:

—Catorce, caballero.

—Ya decía yo que no me había equivocado—dice don Lesmes, siguiendo su camino.

En la visita del médico.

—¿Cenó usted anoche en casa?

—Sí, señor.

—¿Le haría daño algún plato?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El del postre que me tiró mi mujer a la cabeza.

LA MUJER MODERNA

En un colegio de niñas.

El profesor.—El avestruz es muy corto de vista; apenas ve; en cambio, lo digiere todo fácilmente.

Rosita, a la compañera que tiene junto a sí.

—¡Qué marido más ideal!

Galantería.

Adolfito, precioso niño, va en el tranvía sentado sobre las rodillas de su padre.

Entra una señorita muy guapa, y como no hay sitio, Adolfito corre a ella y la dice:

—Ocupe usted mi asiento, señorita.

Así me decía, hace algunos años, el alguacil de un pueblo inmediato a una guarnición de importancia, siempre que por él me veía.

El aludido lugar habitado, lo tomé gran número de veces, no sólo por mis tremebundas y elevadas concepciones estratego-táctico-logísticas, sino por haberse dispuesto que aquél no eclipsara a Sagunto ni a Numancia.

Y lo que son las cosas de la vida; casi tantas veces como lo *ataqué y tomé*, fui encargado de su defensa, sin que ninguna de ellas me fuese permitido el lujo de rechazar al invasor.

El alguacil de marras se nos sabía de memoria a defensores y atacantes y más de una vez intervino en el bélico simulacro, diciendo al defensor: "¡Verá usted como vienen por allí!", sin que jamás fallara su profecía.

Aunque otra cosa crean quienes no asistieron a suposiciones de las llamadas maniobras, en ellas, quitando el peligro de la cocota, que sólo remotamente existe, las fatigas y privaciones se parecen bastante a las de campaña.

Por si hiciera falta no estará de más decir, aunque resulte digresión, que quien afirmó lo anterior estuvo en unas y otra y en otra y unas.

En el orden moral, como decía un querido compañero que ya no es, se pasan bastantes berrinches: eso de que copas a uno—decía el pobre—y tengas tú que retirarte dándote por vencido...

En cierta ocasión constituía episodio entorpecer el paso de una carretera, en un desfiladero largo y profundo: encargado de ello mi amigo, en un papel que puso en el centro sobre una piedra, dejó descrita una destrucción, como para un batallón de Zapadores.

Calculando con toda lógica que eran precisas sus cuatro o cinco horas para arreglar aquello, en la salida del desfiladero, a la sombra de unos álamos, se dispuso a tomar un pisolabis, pensando que en cuatro horas que llevaba a caballo se lo había ganado.

Apenas arremetió con la tortilla, vióse sorprendido por un oficial *enemigo* que en cinco minutos arregló el desperfecto y tuvo la pretensión de invitarle a darse por prisionero.

Mi amigo, si dejar de comer, le miró de modo tan ex-

presivo, que el bizarro y poderoso desfacedor de entuertos en los desfiladeros desapareció en la angostura del que rápidamente acababa de arreglar.

* * *

Aun siendo muchos las lances, parecidos al descrito, que en las maniobras ocurren y ocurrirán siempre, hay otros, que sin tener carácter técnico, digámoslo así, tienen gracia, si bien, para encontrársela, es preciso ponerse en el caso: fuera de él resultaría, probablemente, una patosidad.

Recuerdo yo que durante unos ejercicios que tuvieron verdadera importancia, en país completamente desconocido para mí, se me encargó un reconocimiento bastante extenso e intenso.

Siguiendo las máximas que me inculcaran mis profesores me abstuve de decir que no sabía por dónde empezar; no fué todo virtud, pues alguien, a mí subordinado, a preguntas mías, contestó que había en la sección dos o tres navarros, lo cual quiere decir, como seguramente ha comprendido el culto lector, que estábamos en Navarra.



Fuerzas de Caballería en maniobras atravesando el Ebro.

Libre de testigos, a solas con mi fuerza, dije tonante: "¡a ver esos navarros!"

Quedé satisfecho al ver que se acercaban a mí, con brío y soltura, tres auténticos bigardos.

—Vamos a ver—dije, encarándome con el que me pareció más despejado—, ¿por dónde llegaremos antes a...?

—No lo sé, mi teniente—repuso el muchacho algo cortado.

—Pero, hombre—interrumpí airado—, eres de aquí y no conoces el país...

—No, señor; no soy de aquí; soy Navarro de apellido.

En la cara conocí a los otros dos que se hallaban en el mismo caso: sintiéndome grande, dirigí una mirada olímpica a quien me había informado, y a campo traviesa, me dirigí hacia un pueblecillo que a lo lejos se divisaba.

¡Cuántas veces pensé que debía haber empezado por ahí!

* * *

Chistes sucedidos, de carácter general, por intervenir dos o más armas, también se representan muchos.

Una vez, en unos ejercicios realizados durante el verano, sin duda para entrenar a las tropas en discusiones con el sol, aprovechaban un descanso varios oficiales y

ARMAS Y LETRAS

a la sombra de un hermoso nogal, discutían, lo discutible y lo que no lo era.

Después de recorrer casi todo el campo filosófico militar, concretose el punto, viniendo a ser éste la comodidad e higiene de las prendas cubrecabezas.

Analizado el ros, entonces aún no los había de pega, se convino en que no era feo, pero, a más de descansar todo su peso sobre la frente, para el calor, venía a resultar una especie de acumulador.

No pudo convencer a quienes así pensaban un médico ingenuo que habló de cómo la funda blanca rechazaba los rayos solares y la cogotera hacía las veces de abanico.

Aunque sin perder la corrección fué abucheado el técnico, adoptándose, por aclamación, el principio de que el ros, en invierno y en verano, lo mejor era dejarlo en casa.

Para hacerse más fuerte el acuerdo apareció un bravo cazador a caballo, que con el chacó en la mano, enseñaba el surco cárdeno que aquél trazó en su frente sudorosa.

Preguntado el médico, dijo que allí no podía aplicarse ningún principio científico que no fuera una ofensa grave para el inventor, desistiéndose de ello en vista de que ni estaba presente ni se sabía quién fué.

Como unas palabras traen otras, alguien nombró el casco de los lanceros, haciendo que los circunstantes se estremecieran cual si se hubiesen sumergido en una ola de terror, como decimos hoy.

—Hasta ahí sí que no llego—dijo el médico interviniendo con aspecto y ademán muy serio—. Si ustedes no saben que las superficies pulimentadas rechazan el calor por completo, yo no tengo la culpa.

Exclamaciones, risas, hasta imprecaciones, acogieron aquella conferencia exprimida sobre la reflexión del calor.

Entre los inconvenientes de la prenda que se creyó mucho tiempo invento alemán, salió a relucir la circunstancia de que, según dejaron, todos los que la llevaban mucho tiempo de lanceros estaban calvos, afirmación que nadie discutió siendo acogida con el silencio espasmódico que suelen acogerse las grandes revelaciones.

—Yo les aseguro a ustedes—siguió el médico que había bebido muchos años agua del Ebro—que si ponemos un termómetro en la cabeza de cualquiera de nosotros y en

la de uno que lleve casco, nosotros tendremos algunos grados más.

Lo dijo con tal aplomo que más de uno dirigió su vista hacia el campo, por ver si se divisaba algún Cap de ferro, como en tiempos llamaban los carlistas catalanes a los lanceros de la Reina.

Era cosa de preguntar a algún interesado, pues, pensándolo bien, el que no tuvieran los sesos hechos agua constituía ya un indicio probatorio de los que ningún juez rechaza.

La Providencia, que tantos quites hace a los humanos, actuó una vez más, haciendo que apareciese dentro de la zona eficaz un apuesto lancero que, calado el casco y arrastrando el sable, que aún no llevaba el caballo, avanzó hacia el grupo.

En cuanto se puso a distancia de alza abatida, por aquel entonces bastante menor que ahora, el médico sonrió, creyendo todos que lo hacía por haber encontrado una prueba de sus argumentos.

En cuanto estuvo en el grupo el providencial varilarguero, luego de ofrecerle y darle de lo que había, se le expuso la cuestión, invitándole a opinar sobre ella.

—No me he fijado nunca—dijo el hombre—, pero pueden ustedes comprobarlo—añadió quitándose el casco y ofreciéndolo a los que le escuchaban.

Mientras se comprobó que el armatoste férreo estaba casi fresco, acentuó el médico su sonrisa y dijo:

—Fíjense ustedes señores: ¿cuánto tiempo lleva usted en lanceros?

—Treinta años día por día.

—¿Y tiene?

—Cincuenta cumpliré el mes que viene.

—Observarán—dijo el galeno riendo ya francamente—que más pelo, no siendo los osos del Polo norte.

—Sí—dijo el aludido entre las risas de los demás—, como que dice el Coronel que el día menos pensado me hace esquilar.

Y la algazara llegó al colmo, sin que pudieran interrumpirla los alegres y expresivos sonos del toque de llamada que junto al árbol del Cuartel general sonó.

CAMILO



EL BACILO ROBADO

POR H. G. WELLS

—Esto—dijo el bacteriólogo deslizando una laminilla de vidrio debajo del microscopio—es una preparación del célebre bacilo del cólera...

El hombre de la cara pálida aplicó el ojo al microscopio. Era evidente que no estaba acostumbrado a tales cosas, porque se puso la mano—una mano blanca y escuálida—sobre el otro ojo, diciendo:

—Veo mal.

—Mueva ese tornillo—le indicó el bacteriólogo—; acaso el microscopio esté mal enfocado para usted. Varía tanto la vista... Hágalo girar un poquito...

—¡Ah! Ahora veo bien—exclamó el visitante—, aunque no hay mucho que ver, al fin y al cabo. Rayitas y tiritas coloradas; nada más. Y, sin embargo, estas partículas diminutas, estos simples átomos pueden multiplicarse y devorar a una ciudad. ¡Es asombroso!

Se irguió, y sacando la laminilla de vidrio la levantó con dos dedos y se puso a mirarla a la luz, cerca de la ventana.

—No se ven casi—dijo acercándola más a los ojos; y vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Están... vivos? ¿Son peligrosos todavía?

—No—declaró el bacteriólogo—; éstos han sido te-

ñidos y están muertos. ¡Ojalá pudiéramos teñir y matar a todos los que existen en el mundo!

—¡Supongo—observó el hombre pálido con una sonrisa—que ustedes no se interesarán mucho en tener cerca estas cosas en estado animado... sino...

—Por el contrario—repuso el bacteriólogo—, necesitamos tenerlos. Aquí, por ejemplo...

Atravesó el laboratorio para ir a tomar uno, entre varios tubos sellados.

—Aquí tenemos un microbio mío. Este es un cultivo de bacteria infecciosa, viva y activa...—y agregó después de una ligera pausa:

—Cólera embotellada, por decirlo así.

Un relámpago de alegría iluminó por un instante el rostro del hombre pálido:

—Es una cosa temible lo que tiene usted entre las manos—dijo devorando el tubo con los ojos.

El bacteriólogo observaba con cierta satisfacción orgullosa el placer mórbido que animaba la fisonomía de su visitante. Desde el primer momento le había sido simpático este desconocido visitante que llegó aquella tarde con una carta de presentación de un amigo.

Sus cabellos negros y lacios, sus ojos grises y profundos, su expresión azorada y sus maneras nerviosas, así como el interés caprichoso, pero vivo, que demostraba por todas aquellas cuestiones, eran para él una cosa muy distinta al semblante austero y a las reflexiones sabias de los hombres de ciencia con quienes se trataba casi exclusivamente.

Con un oyente así tan manifestamente sensible a la naturaleza del tema, era natural que el bacteriólogo tratara de presentarlo bajo su aspecto más impresionante. De modo que, levantando el tubo, adoptó una represión abstraída y murmuró:

—Sí, aquí está encarcelada la temible epidemia. Basta romper este tubito dentro de un poco de agua corriente y decir a estas dominantes partículas: "Anad, creced y multiplicaos; poblad el agua"... para que la muerte, la muerte misteriosa, insospechada, la muerte rápida, indigna y dolorosa, caiga sobre esta ciudad y corra de aquí para allá cazando víctimas... Se meterá en las cañerías y recorrerá calles, eligiendo y flagelando una caza aquí y otra allá; arrebatando hoy un marido a su mujer; mañana un hijo a su madre, luego un funcionario a los deberes de su cargo, más tarde a un obrero... Se introducirá en los surtidores de aguas minerales, se asentará en la verdura, se dormirá en el hielo... Acechará los caballos en los abrevaderos y a los niños en las fuentes públicas...

Para todo esto bastaría con echar la muerte que tengo entre mis dedos dentro de ese pozo de agua corriente.



—Pero aquí—agregó—la playa está segura, completamente segura.

El hombre de la cara pálida hizo un ademán afirmativo con la cabeza; sus ojos brillaban. Aclaró la voz:

—¡Esos anarquistas—dijo—son unos locos, locos de remate! Emplean hombres cuando tienen estos al alcance de sus manos. Me parece...

Un golpe suave, un golpe dado apenas con las uñas se oyó en la puerta. El bacteriólogo fué a abrir.

—Un momento, querido—dijo una voz de mujer.

Cuando volvió al laboratorio encontró a su visitante con el reloj en la mano.

—No sospechaba—dijo éste—que le había hecho perder una hora. Son las cuatro menos doce. Debía haberme marchado a las tres y media; pero sus cosas son realmente interesantes... Sin embargo, no puedo detenerme ni un momento. Tengo una cita a las cuatro.

Y salió, expresando una vez más su agradecimiento al bacteriólogo. Este le acompañó hasta la puerta y volvió pensativo a su laboratorio. Iba tratando de estudiar el extraño visitante. Evidentemente no era —a juzgar por su tipo—ni sajón ni latino.

Mucho me temo que sea un producto mórbido —pensaba el sabio—. ¡Cómo miraba al cultivo de bacilos infecciosos!

De pronto le asaltó una idea inquietante. Entró en el laboratorio y buscó algo sobre la mesa de trabajo... En seguida se palpó nerviosamente los bolsillos, y, recorriendo con la mirada todo el laboratorio, se precipitó a la puerta.

—Tal vez lo haya dejado en la mesa del vestíbulo—pensó. Y desde aquél empezó a llamar:

—¡María! ¡María!

—¿Qué ocurre?—preguntó una voz dulce y lejana.

—¿Tenía yo algo en la mano cuando te hablé hace un momento?

—No, querido, no tenías nada, porque recuerdo...

—¡Maldición!—gritó el bacteriólogo y abriendo la puerta violentamente se precipitó escaleras abajo.

Alarmada la mujer al oír el portazo, corrió a la ventana y pudo ver, a cierta distancia, a un hombre alto y delgado que subía a un coche. Y vió también a su marido, que, sin sombrero y en zapatillas, corría hacia el hombre del coche gesticulando como un aparecido.

—¡Ay, Dios mío; se ha vuelto loco!—exclamó la mujer—esa ciencia infame tiene la culpa.

El hombre que asomó su cabeza en la ventanilla, observando la persecución del bacteriólogo, gritó algo al cochero. Este chascó el látigo y el caballo emprendió una veloz carrera. Un instante después desaparecía el coche perseguido siempre por el bacteriólogo.

La mujer se separó de la ventanilla inspirada por una idea repentina, y tomando en el vestíbulo el

sombrero y el abrigo del sabio salió a la calle donde tomó un coche diciendo al auriga:

—Vea usted si puede alcanzar a un caballero que a cabeza descubierta y sin abrigo, se dirige en estos instantes por Wavelock Crescent.

Muy bien, señora—dijo el cochero, como si fuera para él la cosa más natural del mundo una orden de aquella naturaleza—. Sin abrigo y a pelo—y fustigó al caballo.

Al doblar la esquina pudo ver al señor indicado—sin abrigo y a pelo—encaramándose a otro coche.

—Sígale usted—gritó la señora.

Y los dos carruajes emprendieron una desesperada carrera por la ancha calle, persiguiendo al primero, que les llevaba una gran ventaja.

Entretanto, el hombre delgado y pálido, acurrucado en su coche, con los brazos cruzados y las manos fuertemente apretadas contra el pecho, como si tratara de defender el mortífero tubo que tenía entre sus crispados dedos, pasaba por una extraña crisis nerviosa, mezcla de temor y de alegría.

Temblaba de pensar que le pudieran detener antes de que diera realidad a sus propósitos. A este temor se agregaba otro, no tan vivo pero más intenso; el que le inspiraba el horrendo crimen que iba a cometer.

Pero con sus grandes temores, era mayor la alegría. Ningún anarquista concibió nunca su idea genial. Ni remotamente se les había ocurrido.

Ravachol, Vaillant...; todos quedarían obsecrados por su gloria.

La carta, primer ardid puesto en juego, le valió la posesión del valioso germen destructor.

¡Ah, si se pudieses librar de su perseguidor! Iba a decirle al mundo quién era él. ¡Cómo se arrepentirían los que despreciándole le abandonaron!

Asomó la cabeza por la ventanilla y vió al bacteriólogo en otro coche, con todo el cuerpo fuera de él, dándole gritos.

Se ocultó rápidamente, y sacando de su bolsillo media libra esterlina se la ofreció al cochero, diciéndole:

—Tentrás mayor cantidad si despistas al que nos sigue.

El cochero recogió la moneda, sonó su látigo y el coche dió un tumbo violento. El anarquista, perdido el equilibrio, apoyó bruscamente las manos en la portezuela y el tubo se hizo añicos entre sus dedos.

El hombre soltó una maldición y se dejó caer en el asiento mirándose la palma de la mano. Estaba ensangrentada y húmeda. Las gotas de sangre brotaban al lado de las partículas del vidrio. Se estremeció, pensando:

—¿Seré la primera víctima?—pero al momento se dijo en voz alta:

—¡Bah! Seré un mártir, por lo menos, y eso ya es algo.

Se limpió la mano en el paño del asiento, y cediendo a una idea repentina buscó a tientas algo en el piso

del coche, entre sus pies. Alcanzó un trozo del tubo y vió que en él había quedado una gota del cultivo. Se la echó a la boca:

—Con esto puedo estar seguro—se dijo.

Inmediatamente pensó que no tenía necesidad de huir del bacteriólogo, y mandando parar descendió del carruaje.

Despidió al cochero con un ademán despreciativo, y cruzándose de brazos en medio de la calle esperó a su perseguidor. Y con una sonrisa irónica en los labios:

—Llega usted tarde: el cólera está aquí—dijo, abriendo los brazos y girando sobre sus talones para indicar el espacio.

—¡Se lo ha bebido!—gritó consternado el sabio sin bajar del coche—. ¡Un anarquista!—y le miró con curiosidad a través de sus anteojos... Pero, al instante, una sonrisa dilató sus labios. Fué a decir algo, pero se contuvo. El anarquista, al ver que el sabio descendía del coche, echó hacia atrás el busto levantando cuanto pudo la cabeza, extendió su brazo y con la mano hizo un trágico ademán de despedida. Seguidamente, dió media vuelta, y adoptando una expresión altiva y un paso majestuoso, se dirigió al puente de Wartelóo.

Absorto en la contemplación de aquella extravagante figura que se perdía entre el gestío, el bacteriólogo no se sorprendió ni poco ni mucho al ver llegar a su mujer con su abrigo, sus botas y hasta sus botines.

—Mejor estarás ahí dentro—le dijo, señalándole el coche sin dejar de mirar al anarquista.

Convencida de que su marido había perdido la razón, le hizo sentarse a su lado y dió las señas al cochero. El sabio quedó pensativo un momento, pero al instante soltó una carcajada.

—Es realmente muy curioso—dijo.

—Mejor será que te pongas el abrigo y las botas—contestó, severamente, su esposa, que ya se había encargado de ponerle el sombrero.



—Te advierto—le dijo el bacteriólogo, sin atender la orden—que ese hombre es un anarquista... No, no vayas a desmayarte, porque entonces no te podré contar lo ocurrido. Pues bien; como ignoraba sus ideas, quise impresionarle, y, mostrándole un cultivo de esa nueva bacteria de que he hablado, bacteria que, en mi opinión, es la que provoca esas manchas azules que se observan en ciertas especies de monos, le dije que era un cultivo del cólera asiático. Y él se apoderó del tubo, ¡Dios sabe con qué siniestras intenciones!... Pero, según parece, no ha hecho más que beberse el contenido... ¡Já, já, já!... Por supuesto, yo no sé lo que va a suceder, pero ya recordarás que ese bacilo fué el que puso todo azul al gato y a los tres perritos y también al gorrión... Lo malo es que ahora voy a perder tiempo y dinero en preparar otro cultivo.

COBARDIA

Amado Nervo.

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...

Pasó con su madre. Volvió la cabeza.
¡Me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis...

Con gentil premura.

"Síguela" gritaron cuerpo y alma al par.

...Pero tuve miedo de amar con locura;
de abrir mis heridas que saben sangrar.
¡Y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos la dejé pasar!





SECCION DE PASATIEMPOS

POR RAMON MARAVER



Número 1.—Charada.

Cayó por estar beodo
y en la cárcel dice el tío
que sintió al hacer el todo
prima-segunda-tres-frío.

En una fonda.

—¡Camarero! Una ración de sal-
monete y un par de chuletas.

El parroquiano tenía un olfato
muy delicado; así es que cuando
tuvo delante de sí lo que había
pedido, exclamó:

—¿Tienen mucho días estas chu-
letas y estos salmonetes?

—Yo no se lo podré decir, por-
que sólo hace tres meses que sir-
vo en esta fonda.

Pregutóle a un sordo Aurora
con mucho interés y hainco:

—¿Está buena tu señora?

Y él, no oyendo más que el "ora"
dijo muy serio:

—Las cinco.

—¿Cuál es el ave más simpática
para los empleados del Estado?

—El "habe-litado".

—¿Y cuál es la que al mismo
tiempo de ser ave es perro?

—El "ave-chucho".

La chiquitina grita que se las
pela en una alameda del Retiro,
porque la niñera la deja sola paia
hablar con un militar.

—Si no te callas—le dice la cria-

Número 2.—Inquieto.



da a la niña—, este soldado, que
es muy malo, te va a llevar.

—¿Es muy malo?—contestó la
chiquilla—. Entonces, si es tan ma-
lo, ¿por qué le abrazas?

Flora, tu boca pequeña
no tiene falta ninguna;
es decir, sí; tiene una:
la de ser tan pedigüeña.

Cuando voy a casa
de mi María,
se me hace cuesta abajo
la cuesta arriba;
y cuando salgo,
se me hace cuesta arriba
la cuesta abajo.

Pidióle a Narciso un día
el mentecato Gaspar
un libro donde encontrar
reglas para la poesía.

—Ya está cumplido su intento
—dijo al dárselo Narciso—.
Mas lo que ahora es preciso
es que busque usted talento.

Un galán se hallaba con muchos
camaradas y poco dinero en No-
chebuena.

Preguntáronle qué iba a hacer,
y dijo él:

—Pues pienso comprar un tam-
bor, como los chiquillos, e ir "dan-
do" con los palillos de puerta en
puerta.

—Mejor sería—dijo otro—que fue-
ses pidiendo de puerta en puerta.

La hija de don Gonzalo
se burló de Federico,
que, blasonando de rico,
llevaba un paraguas malo.

Se amostazó muy en breve
el fatuo, y dijo, confuso:

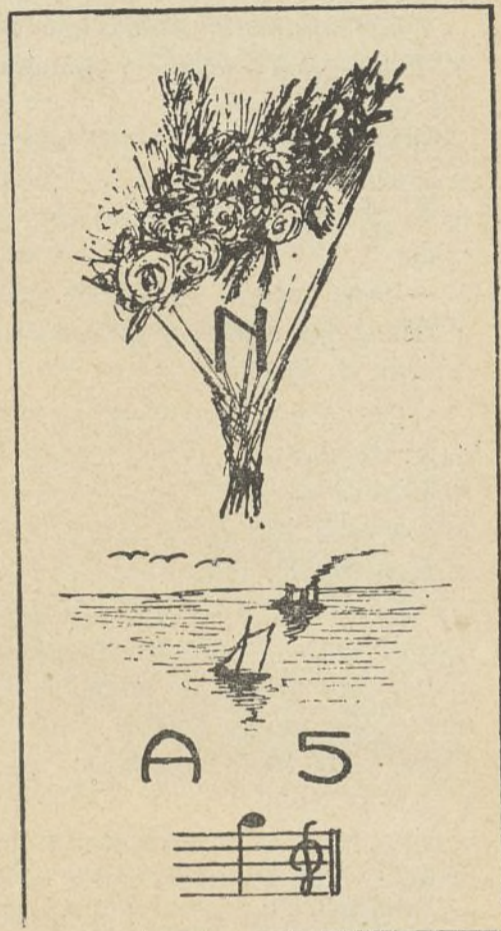
—Este paraguas no lo uso
más que los días que llueve.

Un sacerdote comenta los Evan-
gelios, y dice a sus oyentes:

—No olvidéis nunca lo que dijo
nuestro Divino Maestro: "Si os
dan una bofetada en la mejilla iz-
quierda, tended en seguida la de-
recha".

Una linda neófita, que se prepa-
ra a comulgar, pregunta:

Número 3.—Servidor de ustedes.



—Padre, ¿y si es un beso lo que
se nos da?

—Juanito—dice la mamá al nene
en el momento de sentarse a la me-
sa para almorzar—, ¿te lavaste la
cara esta mañana?

—No, mamá; pero hace un mo-
mento lloré un poco y la tengo
limpia.

—Tengo un dolor de muelas ho-
rrible. Voy a la farmacia para que
me den algún medicamento que
me lo quite.

—No tienes necesidad. Ayer te-
nia yo también un fuerte dolor de
muelas; fuí a casa; mi mujer, con
gran cariño, me besó, y el dolor
desapareció al momento. ¿Por qué
no haces tú lo mismo?

—Hombre, sí. ¿Estará tu mujer
en casa?

Número 4.—Charada.

Cuando *todo* falleció
ir al entierro pensó
la esposa de don Andrés
y éste dijo: *una, dos, tres*
porque te lo digo yo.

MAH-JONGG

JUEGO NOVEDAD

Precio del ejemplar, 60 céntimos. — Certificado, 90 céntimos.

LOS PEDIDOS A LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA

REGLAMENTO Y CONTABILIDAD

por RAMON MARAVER

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR

La mejor y más conveniente.

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11

MADRID

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

Bibliographia Medica-Chirurgica

Revista quincenal

Redacción y talleres:

Calvo Asensio, 3.-MADRID

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889 A

Teléfono 35-15 M

Bordadores efectivos de la Real Casa. Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascós, gorras, corrajes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Estandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandas, fajines, medallas, bastones de mando, borlas, etcétera, etcétera

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -

— — Roses — — CHACOTS Y KALPATS — —

Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-urinaricos.

PHARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para
señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competen-
cia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de
Gracia, 2 al 6 (esquina a Montera), MADRID.

Teléfono 39-50 M.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

MELODIA S. A

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras
interpretadas por los mejores artistas
del piano

Barniz charol blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy
puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene gran-
des ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso
para la salud). Por su fácil aplica-
ción y rapidez en secar permite
obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO



MARCA REGISTRADA

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITE N

PARA CORREAJS DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO

TOLEDO, 90

MADRID

TALLERES DE IMPRENTA
Y ENCUADERNACION

PRENSA NUEVA

EDITORIA DE LIBROS Y REVISTAS

Obras, libros y folletos.

Impresos de todas clases.

ESPECIALIDAD EN

REVISTAS Y PERIODICOS

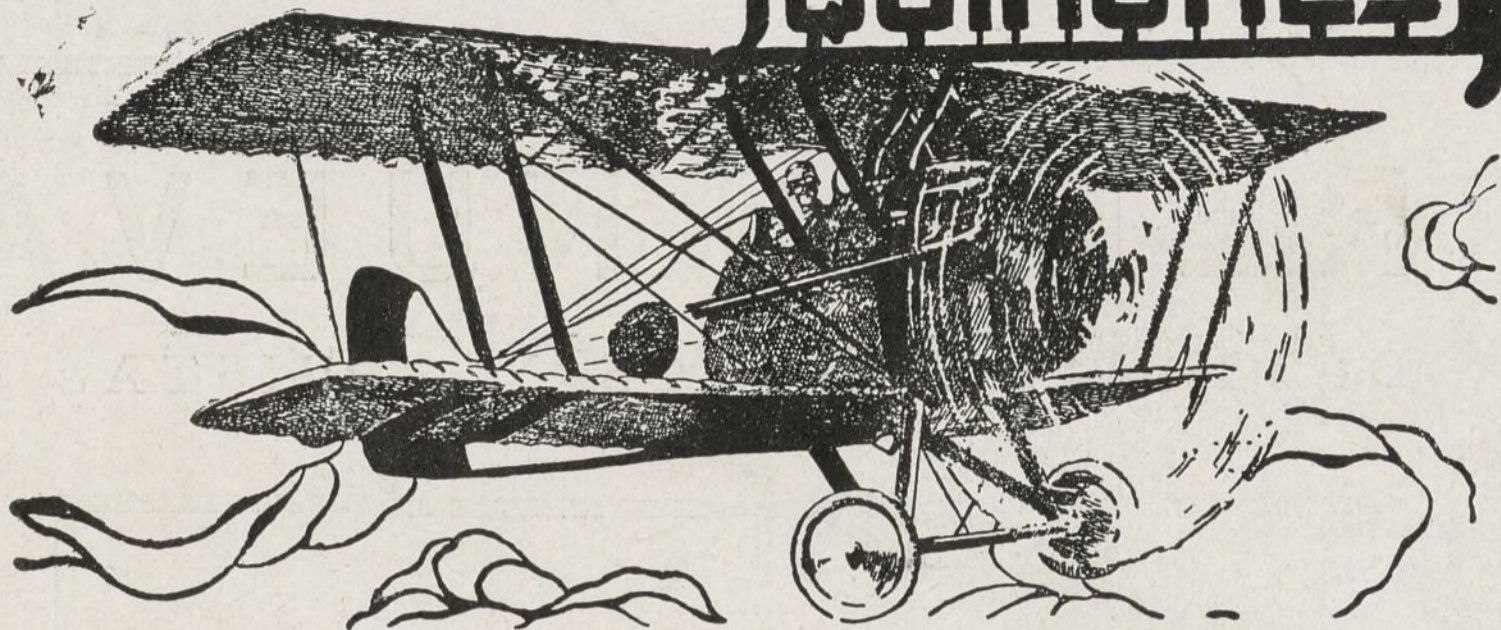
Confección esmerada.

Pontitud, economía.

Calvo Asensio, 3. --- Teléfono 32171

M A D R I D

SA TIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

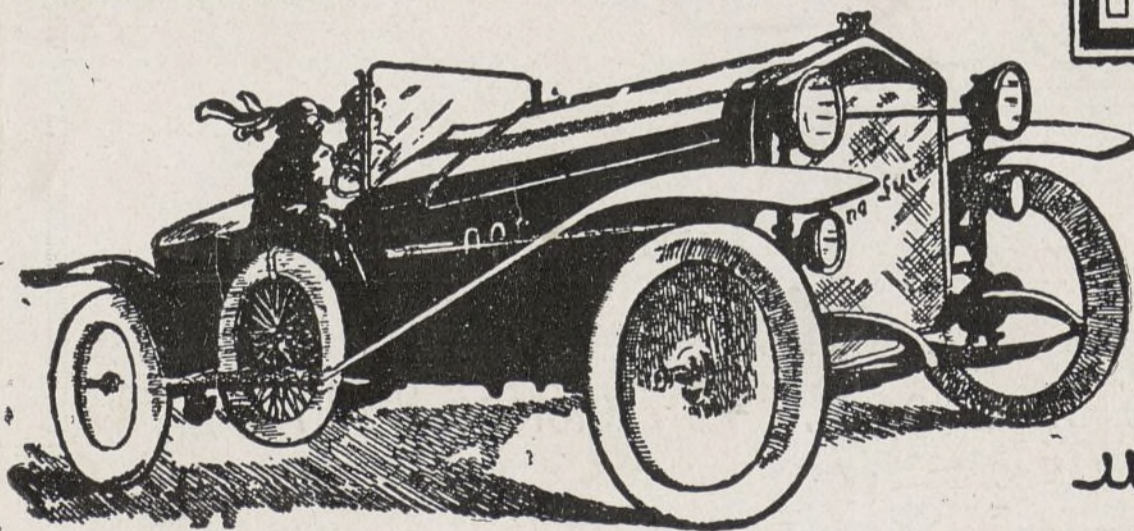
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon